



# Ríndete mi amor

*amor en cadena II*

Lorraine Cocó

**Ríndete mi amor**

**AMOR EN CADENA II**

**Lorraine Cocó**

©2013, Ríndete mi amor © 2013 Lorena Rodríguez Rubio

1ª Edición, Septiembre 2013

Edición y corrección: Lorena R.R.

Diseño portada y contraportada: Álvaro Rodríguez Rubio.

Imágenes originales de Fotolia

Web de la autora: [www.lorrainecoco.com](http://www.lorrainecoco.com)

Web diseñador: [info@consinergia.net](mailto:info@consinergia.net)

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de la misma sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Esta obra está registrada en el Registro de la propiedad intelectual, y Safe Creative con el código: 1308305664347

A mis padres; Liliana, y Javier. Por apoyarme, creer en mí, y convertirme  
en la persona que soy.

Gracias a mi hermano Bado, por su talento, por su tiempo, y su genialidad.  
Y a Bruno, por ayudarme con sus consejos, por leerme, por su infinito amor, y su aún mayor infinita paciencia.

## **Contenido**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)



## Capítulo 1

—¿Srta. Brooks?

—¡Mm...!

—Srta. Brooks, disculpe. Estamos entrando en una zona de turbulencias. Tiene que abrocharse el cinturón— le dijo la voz cada vez más cercana de la azafata.

—Gracias Anne—consiguió decir ella despertando abruptamente de su profundo sueño.

Andy se abrochó el cinturón y giró en el asiento para mirar por la ventanilla. No había mucho que ver. De noche, apenas algunas lucecitas de color anaranjado se divisaban bajo el avión. Observó su reloj. Hacía tres horas que había salido de Tejas con destino Nueva York. Estaba agotada y deseando llegar a casa, recoger a Brook y darse un largo baño. Resopló y volvió a mirar por la ventanilla, aún le quedaban unos cuarenta minutos para llegar. Decidida a hacer algo productivo con su tiempo, se agachó bajo su asiento y sacó su maletín con el ordenador. No le gustaba la sensación de sentirse desocupada, así que decidió repasar el informe que había estado realizando los últimos quince días. Pero cuando llevaba un rato con él, los

números comenzaron a bailar frente a los ojos obligándola a sujetarse el puente de la nariz con dos dedos, para intentar mitigar esa desagradable sensación.

—¿Se encuentra bien?— preguntó la azafata.

—Sí, gracias. Sólo un poco cansada— contestó con una sonrisa.

Debido a su trabajo como directiva ejecutiva, para la Cadena Hotelera y de Turismo Cox, Andy tenía que viajar muy a menudo. Su empresa tenía un contrato con aquella compañía aérea para realizar todos los vuelos de sus empleados, y aquella circunstancia, le había permitido conocer durante los últimos dos años, a un gran número de auxiliares de vuelo con las que solía coincidir.

—¿Desea tomar algo?

—No sé, ¿cuánto queda para aterrizar?

—Unos veinte minutos.

—Perfecto, tomaré un zumo de piña, por favor— le pidió Andy. Había pasado casi todo el vuelo dormida, no había tomado nada y estaba sedienta.

Bebió su zumo intentando relajarse, recordando los acontecimientos de los últimos días. Su viaje a Tejas, el reencuentro con Natalie, su mejor amiga, y haberla acompañado al altar el día más importante de su vida. Aquellos dulces recuerdos hicieron que el último tramo de aquel viaje pasase volando, y unos minutos después, estaban avisando el aterrizaje.

Al salir del aeropuerto de La Guardia, el aire cálido y húmedo la impregnó haciéndola sentir incómoda y sucia. Impaciente por llegar a casa, tomó el primer taxi que encontró frente a la puerta de salida.

Estaba en Queens y tenía casi media hora de trayecto hasta llegar a Manhattan, y otros quince más, concretamente a la zona del Village, donde se había mudado hacía casi seis años, durante la universidad. ¡Le encantaba vivir allí! Era Nueva York, pero sin el ajetreo frenético del centro de Manhattan. “Refugio de bohemios y escritores”, recordó que había leído en un papel del tablón de anuncios de la Universidad, y estaba en lo cierto. Se trataba de un barrio hermoso y pintoresco, de edificios bajos, zonas ajardinadas, galerías de arte, y cafés de música alternativa y en directo.

Cuando se mudó, lo hizo con otras dos compañeras, una de ellas, fue Natalie. Habían compartido piso mientras fueron estudiantes. Una vez

terminada la carrera, cada una tomó su camino, pero ella no había querido marcharse. Se quedó en el piso, lo repintó y remodeló para quitarle aquel aspecto alocado de piso estudiantil, y desde entonces, se había convertido en su hogar. Hacía un año que Julia, su hermana pequeña, se había mudado con ella, pero como sus horarios eran muy distintos, y Julia compaginaba sus estudios con su trabajo como canguro, coincidían muy poco en la casa. Por lo que ambas disponían de toda la intimidad que precisaban.

—¿La dejo aquí? — le preguntó el taxista cuando hubieron llegado.

—Sí, gracias.

Pagó, y mientras el taxista sacaba su equipaje del maletero, se dio cuenta de que Pierce había puesto flores nuevas en los maceteros de su ventana. Éstas, de un precioso blanco nacarado, contrastaban con la fachada de ladrillo rojo y rejas color chocolate del edificio. Daban un aspecto mucho más alegre y hogareño. Apuntó mentalmente que no debía olvidar alabarle el gusto a su casero. Cogió las maletas y subió la pequeña escalinata que llevaba a la puerta. Estaba buscando las llaves en el interior de su bolso, cuando la ventana que había junto a la puerta se abrió.

—¡Andy querida! Espera un segundo que voy a ayudarte con el equipaje — le dijo Pierce.

Pierce, además de ser uno de sus mejores amigos, era su casero. Andy lo adoraba, era entrañable y protector como una madre.

—Trae, dame la maleta grande — le dijo éste abriendo la puerta y agarrando el bulto que señalaba —. No me cansaré de decírtelo querida, vas demasiado cargada; la ropa, la bolsa de aseo, la bolsa de mano y para colmo el ordenador y el maletín de trabajo— le recriminó mientras dejaban todo en el recibidor de Andy —. Al menos viajas con un juego de maletas divino. ¡Tienes un gusto exquisito! —Continuó acompañando aquel último comentario con grandes aspavientos de sus manos y un pícaro guiño de ojos.

El juego de maletas, había sido un regalo de Pierce y Paul, su pareja, para su último cumpleaños, y si algo le gustaba a su casero-madre-amigo era recrearse en el enorme gusto que tenía para la moda.

—Lo sé, lo sé. Me gusta viajar con clase, ya sabes — le dijo devolviéndole el guiño— . He tenido que utilizar todas mis maletas para

poder dar envidia al resto del pasaje del avión. Parecía una auténtica diva. Además, esta vez eran muchos días de viaje, necesitaba todas estas cosas. Así que deja de reñirme por ir tan cargada y dame un abrazo.

—Sabes de sobra que lo digo por tu bien. Para ir de vacaciones no hace falta llevarse las cosas del trabajo— la rodeó con su brazo —. Vamos a dejar todo esto aquí, ven a tomarte un té y cuéntame esa boda tejana tan maravillosa.

—¿Estás solo?

—Sí, Paul toca esta noche en el club.

Paul, pareja de Pierce, era uno de los mejores músicos que había escuchado jamás. Un virtuoso del saxo con una intuición y sensibilidad increíbles, se ganaba la vida tocando en clubs nocturnos, y a menudo Pierce, Julia y ella iban a verlo tocar mientras tomaban algún coctel sin alcohol.

—Me quedo, pero sólo un rato. Estoy agotada y mañana tengo un día movidito.

—¿Tenemos nuevo jefe en la oficina? — Le preguntó Pierce entrando en su casa.

—Sí, finalmente el nieto del señor Cox tomará posesión mañana de la empresa.

—Bueno, en las revistas lo ponen como el soltero de oro de la ciudad, y no puedes negar que es ¡verdaderamente atractivo! — Comentó su amigo con picardía.

—Pierce, también dicen que es un mujeriego empedernido y de sobra sabes que esa no es precisamente la característica que más valoro en un hombre. De cualquier manera, eso en nada tiene que importarme a mí, a fin de cuentas, aunque es mi jefe, nuestro trato va a ser mínimo.

—¿Por qué lo dices?

—Hasta ahora siempre ha sido así, el señor Cox y yo, me refiero al abuelo— Aclaró Andy quitándose los tacones, y sentándose en el sofá—, sólo nos veíamos a la hora de encargarme un proyecto y poco más, y nuestra relación era estupenda, no tiene porque ser diferente con su nieto... Y cambiando de tema, que ya sé por donde van tus tiros... ¿Dónde está Brook?

—¡Niña, eres una aburrida, no me dejas divertirme! Llevo todo el día

solo en casa, contándole mis delirios al pobre de Brook, y cuando tengo la oportunidad de hablar con alguien que puede contestarme, me aguan la fiesta— contestó Pierce con una mueca burlona—. Ven, está en el jardín trasero comiéndose mis rosales.

Pierce abrió la puerta trasera y un precioso lasha de pelo corto entró corriendo hacia Andy.

—¡Hola Brook! ¿Me has echado de menos precioso? ¿Te ha torturado mucho el malo de Pierce con sus historias?— Preguntó al perro cogiéndolo en brazos y abrazándolo. De reojo vio como su amigo miraba hacía otro lado haciéndose el ofendido. Mientras, Brook le lamía la cara agradecido por la atención—. ¡Vaya! Parece que sí me has añorado, yo a ti también bonito — le dijo ella en respuesta.

—¿Qué tal la boda de Nati?— le preguntó Pierce interrumpiendo sus juegos con Brook. Andy dio un gran suspiro.

—¡Estaba maravillosa, y tan feliz!

—Radiante, ¿como una novia debe estar el día de su boda?

—Sí, la verdad es que sí. Intuyo que van a ser muy felices. —Contestó ella distraída. Recordó a su Natalie en el altar junto a Tucker, mirándose enamorados. Tenía que reconocer que en algún momento había tenido envidia de su amiga, feliz, casada y futura madre. Ella sin embargo, a sus veintiocho años, había renunciado a los hombres. Siempre la habían buscado para una cosa, y era algo que ella no estaba dispuesta a dar si no era unida al verdadero amor. ¿Y quién podía estar segura en estos tiempos, de que los halagos y atenciones de un hombre no fuesen encaminados mas allá que a conseguir meterla en su cama?

—¿Te ocurre algo, cariño? — preguntó Pierce preocupado.

—No, que va. Sólo estoy un poco cansada, será mejor que nos vayamos a casa. Quiero darme un baño antes de acostarme— dijo levantándose con Brook en brazos —. ¿Te parece bien que comamos mañana juntos y te lo cuento todo?

—Me parece perfecto. Espero que hayas sacado muchísimas fotos, sino no tendré nada que criticar— dijo entre risas.

—¡Eres incorregible! Pero te quiero. Por cierto, las flores de la ventana son maravillosas. Muchas gracias— le dijo dándole un beso.

—No lo son ni la mitad que tú. Descansa, hasta mañana cariño.

Andy entró en casa y fue directa a prepararse el baño. Abrió el grifo de agua caliente y luego un poco el del agua fría. El verano era realmente caluroso en Nueva York y no le apetecía escaldarse. Dejó el agua corriendo mientras deshacía las maletas y ponía de comer a Brook. Notaba el cuerpo dolorido por las horas de viaje y añadió al agua una bola de sales y aceite esencial de coco. El baño caliente sería la mejor ayuda para tener un sueño reparador. Comprobó que aún no se había llenado del todo la bañera y fue a su dormitorio a por ropa limpia.

Momentos después, estaba en el agua y a su lado en la alfombrilla, Brook, mirándola atento. Quizá se preguntase que encontraría ella de divertido en aquel ritual.

—¡Hola pequeño! ¿Quieres jugar?— le preguntó enseñándole un pequeño pato de goma.

Al instante su amigo se levantó y empezó a mover la cola contento. Andy le tiró el juguete y él salió disparado al pasillo para cogerlo. Le encantaban los perros. En casa siempre habían tenido, así que cuando terminó la universidad y se quedó en el apartamento ella sola, decidió comprarse uno. En realidad ella prefería las razas grandes, los pequeños siempre le habían parecido muy histéricos, pero los lasha, eran una raza especialmente tranquila y apropiada para un pequeño apartamento. El dueño de la tienda le contó que era un perro tibetano. Los monjes budistas los tenían en los conventos y según se decía proporcionan tranquilidad. Cuando escuchó aquello pensó que era justo lo que ella necesitaba y después de verlo, se enamoró de él. Tenía un pelo precioso, que ella le cortaba una vez al año. Ahora lo llevaba un poco más largo, por lo que parecía el pompón de una animadora, que se arrastraba por el suelo de madera de su apartamento.

En ese momento regresó Brook con el pato. Estuvieron jugando un poco más y luego terminó su baño tranquilamente. Al rato se sentía mucho mejor. Se puso unas braguitas culotte blancas con una camiseta de tirantes. Se recogió la larga y rizada melena en una coleta y se fue a comprobar los mensajes del contestador. Solo tenía dos mensajes; el primero de su hermano cuatro años mayor, Robert, para ver cómo estaba. Y el segundo de su madre, diciéndole que la esperaba el domingo para comer, y recordándole que llamara a su hermana. Julia tenía veintitrés años y hacía uno que se había mudado desde New Jersey, donde vivía su madre, hasta su

apartamento en el village, junto a la universidad. Pero hacía tres semanas que se había ido a hacer un curso becado de verano a Paris para perfeccionar su francés.

Julia, Robert, y ella, eran muy parecidos. Fuertes e independientes, pero a las vez con un gran sentido de la familia. Suponía que debido a que sólo se habían tenido los unos a los otros, desde hacía dieciocho años, cuando su padre los abandonó, dejando a su madre con la responsabilidad y carga de criar a sus tres hijos.

No le gustaron los recuerdos, por lo que decidió distraerse, y no dejar para el día siguiente las llamadas sus hermanos. Pero se encontró con el contestador, en ambos casos. Julia, seguro que se había quedado sin batería, solía pasarle. Y Robert, estaría trabajando. Era detective de homicidios, y sus turnos, hacían imposible saber cuándo contactar con él. Les dejó sendos mensajes grabados, informándoles de su llegada, y de que los volvería a llamar al día siguiente. Después, agotada, se fue a la cama.

Deslizarse entre las sábanas de su cama, fue la sensación mas reconfortante de las últimas semanas. Le gustaba viajar, le encantaba, era lo que había soñado hacer desde niña, pero el hecho de hacerlo tan frecuentemente, le hacía valorar el hogar de manera diferente. Pasaba de ser tu casa a convertirse en tu refugio.

Al acostarse escuchó la música que provenía del local más cercano, al otro lado de la calle. Se trataba de un saxo. Seguramente sería Paul el que tocaba. Dejó la ventana entreabierta para disfrutar del aire fresco de la noche y la música, y con aquella sensual melodía se durmió.

—¡Son las siete de la mañana! ¡Buenos días Nueva York ...!— oyó Andy que decía el radio-despertador de su mesilla de noche.

Había tenido un sueño dulce y profundo, no recordaba con exactitud que era lo que había soñado, pero estaba lleno de sensualidad y romanticismo, algo bastante extraño. Decidió levantarse. Fue directa al baño, se aseó y se vistió con uno de sus serios trajes de trabajo, aunque como estaban a principios de agosto, se tomaba una pequeña licencia en el color, sustituyendo los tonos oscuros por colores más claros. Para aquel día, se decantó por uno en crudo que resaltaba con el aceitunado color de su piel. Se recogió la melena en un moño apretado, y se pintó los labios con algo de brillo. No necesitó rubor, pues los días bajo el caluroso sol tejano, ya le

habían teñido las mejillas. Unos tacones en beige, a juego con su maletín, completaron el conjunto.

—¡Hola Brook! ¿Quieres tu desayuno?— preguntó al perro mientras se dirigía a la cocina, con él siguiéndole los talones.

Ambos desayunaron escuchando la radio, tras lo cual, cogió su maletín y se marchó. Algo más tarde sería Pierce el que lo sacase a pasear. Le encantaba hacerlo y a ella le ahorraba mucho tiempo.

Andy cogió el metro, otra de las ventajas de vivir allí, es que no residía demasiado alejada del trabajo, aún así, tardaba unos treinta minutos entre los recorridos en metro y dos tramos andando hasta el distrito financiero, donde se encontraba el enorme rascacielos propiedad de los Cox.

—¡Buenos días Andy! — la saludó la recepcionista de la empresa al entrar.

—¡Buenos días Sally! — contestó ella con una sonrisa al pasar por su lado.

Sally no acostumbraba a dar demasiadas confianzas a la gente, pero ellas habían comenzado una bonita amistad hacía un año y medio cuando se quedaron encerradas en el ascensor durante cinco horas.

—¿Qué tal el viaje?

—¡Muy bien! ¡Me encanta Tejas! Y la boda fue preciosa. ¿Habéis tenido mucho jaleo por aquí?

—No mucho, pero hoy promete ser movidito.

—Cruzaremos los dedos, nos vemos luego— se despidió con la mano.

Cogió el ascensor para subir al piso treinta y dos, donde se encontraba su despacho.

—¡Hola Carla!—saludó a su secretaria con una sonrisa, y dejó un paquetito sobre su mesa— ¿Me has echado mucho de menos?— le preguntó mientras la observaba nerviosa abrir el paquete.

Carla era su secretaria desde que la ascendieron hacía dos años, y desde entonces, siempre le llevaba un recuerdo de todos los sitios a los que viajaba. Se maravillaba de la cara de niña pequeña que ponía al abrir los paquetes. Su secretaría era como la pequeña campanilla de Peter Pan. Menuda, con muy buen cuerpo, el cabello corto en un castaño oscuro le enmarcaba el rostro pequeño y perfecto, presidido por unos enormes ojos azules que parecían interrogarte continuamente. Era dulce, alegre, pizpireta

y muy eficiente. De cualquier otra manera, no habría seguido trabajando con ella, que era tachada de muy exigente y rígida con el trabajo.

—Te he echado muchísimo de menos, sobre todo a tu dotes con la cerrajería. El último cajón de tu archivador se ha vuelto a atascar y no puedo sacar nada de él, estaba esperando impaciente que volvieses para abrirlo.

—¡Qué gratificante es volver al trabajo para que te valoren de esta manera!— contestó teatralmente.

—No te burles. Eres la única que sabe hacerlo. Los de mantenimiento querían reventar el cajón, y tengo testigos de que yo llevo intentándolo días — le dijo siguiéndola hacia su despacho.

Andy abrió la puerta y dejó el maletín sobre su escritorio.

—¿Y esas flores?— preguntó señalando el ramo de rosas que había sobre la mesa.

—Son de Kevin. Parece que no desiste en salir a cenar contigo — contestó Carla con pesar.

Andy hacía tiempo que había advertido que Carla se sentía atraída por el hermano del nuevo jefe y por eso le contestó:

—No te preocupes Carla, no tengo el menor interés en Kevin, te lo aseguro. Además, si su interés fuese sincero, cosa que dudo, se habría enterado de que no son precisamente las flores que más me gustan.

De reojo vio como su secretaria se ponía colorada

—Será mejor que saques de aquí ese ramo. Quedarán mucho mejor decorando la recepción de la planta. ¿Cómo es que hace tanto calor aquí? ¿No está puesto el aire acondicionado?— se abanicó con ganas mientras revisaba el contenido de su correo, ordenadamente clasificado sobre su escritorio.

—Lo están reparando.

—Bueno, tal y como me acaba de decir Sally, ¡este promete ser un día muy largo!— dijo quitándose la chaqueta y quedándose con la fina blusa sin mangas en color blanco que se había puesto bajo el traje.

—Bien, abramos ese maldito cajón y pongámonos a trabajar. ¿Tienes alguna horquilla? Preguntó a su secretaria mientras se arrodillaba sobre la moqueta del despacho.

—No, lo siento, pero desde que me corté el pelo, ya no me sirven para

nada— le contestó mostrándole su cortísima cabellera.

—Entonces también yo pondré las herramientas.

Andy se echó las manos a la cabeza y se quitó unas horquillas del pelo dejando que le cayera la larga melena hasta el final de la espalda. Y resopló al agacharse, para acceder mejor al cajón.

La puerta del despacho se abrió en ese momento.

—¡Srta. Brooks!— escuchó que la llamaba una bonita voz masculina. Al girarse vio la cara de su secretaria blanca como el papel, y al mirar a la puerta entendió el porqué de su reacción.

—¡Sr. Cox!— dijo Andy avergonzada de que la encontrase en aquella situación. En ese momento la escrutaba con la mirada de arriba abajo, y aquello no le gustó. Hubiera preferido que la mirara con censura, pero lo hacía de otra forma; deseo y curiosidad. Sabía que provocaba ese tipo de reacción en los hombres, pero no estaba cómoda con ellas.

—No esperaba encontrarla de esta...manera — dijo él con expresión seria.

—No lo hubiera hecho si hubiese llamado antes a la puerta— respondió ella con el mismo tono recriminatorio, mientras se fijaba por primera vez en él. Los halagos que Pierce le dedicó el día anterior, le parecieron insuficientes. Para empezar resultaba abrumadoramente sexy. Debía medir al menos metro noventa. Su despacho, que no llamaba la atención por su amplio tamaño, se le antojaba pequeño en exceso para los dos. Parecía llenarlo todo con su presencia.

—Srta... — dijo dirigiéndose a su secretaria, esperando que le dijese su nombre.

—Carla, Señor. Me llamo Carla.

—Carla — repitió él — , será mejor que nos deje solos.

—Sí, Señor — contestó ella como un marine obediente, y salió apresuradamente del despacho.

—Cierre la puerta — agregó antes de que saliese.

¿Pero quién diablos se pensaba aquel hombre que era? Además del dueño de la empresa, claro. Pensó Andy. Papel que según parecía tenía totalmente asumido. No le iba a costar nada adaptarse al cargo. Era todo poder y dominio, como un señor feudal tomando posesión de su reino.

—¿Qué desea?— le preguntó Andy de mala gana mientras se recogía el pelo nuevamente en un moño. Lo miró a los ojos y comprobó que él volvía a mirarla de aquella manera, en esta ocasión fijándose en su pecho que se elevaba con aquel movimiento.

A su mente vino en ese momento el antiquísimo derecho de pernada. Sintió como se excitaba y la recorría un turbador calor en el vientre, algo primitivo, animal... ¿Qué le estaba ocurriendo? Se avergonzó de sus propios pensamientos. No quería sentirse de esa manera y menos con su jefe. El calor llegó hasta sus mejillas, tiñéndolas de un incomodo rubor.

—¿Señor Cox? — volvió a llamarlo ella.

—Sí, como dije antes no esperaba encontrarla así.

¿Pensaba seguir con aquello? ¿En serio? Bien, si eso era lo que quería, seguirían.

—Y como le he contestado antes, no lo habría hecho de haber llamado a la puerta. De cualquier manera, imagino que habrá venido hasta aquí, para algo más que para ver como consigo abrir los cajones de mi archivador.

Dan se sorprendió. Era la segunda vez que lo hacía en dos minutos. Nadie se atrevía a replicar sus comentarios.

—Mire Srta. Brooks, no acostumbro a entrar en los despachos sin llamar, aunque estos, estén en mi edificio. La puerta estaba abierta. Pero en fin, a lo que venía en realidad era a conocerla, y ponerla al corriente de los nuevos proyectos de la empresa, para lo cual supongo que necesitaremos algo más de tiempo. Así que la espero en mi despacho en veinte minutos.

Después de aquello se marchó dejándola totalmente confundida.

Andy se sentó tras su escritorio en cuanto él salió por la puerta. Ese hombre era el más...exasperante con el que se había cruzado en toda su vida; dominante, arrogante y... ¿Excitante? — le dijo una vocecita interior.

¡Dios! Era cierto. Se había excitado nada más verlo y lo peor es que no sabía por qué. Odiaba que los hombres la mirasen con lujuria y eso era precisamente lo que había hecho él. Era guapo, tenía que reconocer que lo era, mucho más de lo que había podido apreciar las ocasiones que lo había visto en televisión o en la prensa. No parecía para nada un alto ejecutivo. Tenía un aspecto peligroso y aventurero. Aún con aquel traje gris claro. Llevaba el pelo demasiado largo, rubio, con algunas mechas algo más claras delante como si hubiera pasado muchas horas bajo sol. Sus ojos eran

del verde más intenso que había visto en su vida. Y una mandíbula angulosa y fuerte que enmarcaba un rostro tremendamente atractivo.

—¿Te encuentras bien?— le preguntó Carla asomándose por la puerta y sacándola de su ensimismamiento.

Andy estaba a punto de decirle que no, que había perdido el juicio, pero finalmente se contuvo.

—Sí, no te preocupes. ¿Me haces el favor de fotocopiar este informe? Es el nuevo proyecto y sólo tengo una copia.

—Sí, claro. ¿Quieres alguna cosa más?

—No gracias. Tengo que ir al despacho del Sr. Cox con el informe.

—Voy corriendo a prepararlo. Enseguida vuelvo.

Cuando Carla se fue, Andy se echó las manos a la cabeza. Había sido sólo una reacción. La sorpresa, se dijo a sí misma. Ese hombre no podía excitarla; irritarla sí, pero excitarla no. Tomó aquella resolución. Tomó aire, se levantó de la silla, se puso la chaqueta y se retocó el pelo mientras salía del despacho.

## 2



## Capítulo 2

¿De dónde había salido aquella diosa? Se preguntó Dan cuando estuvo a solas en su despacho. Al decidir acercarse al suyo para conocerla y ponerla al tanto de la nueva línea que quería dar a la empresa, no esperaba encontrarse con semejante belleza.

Por las referencias que había recibido de ella y la lectura de algunos de sus impecables informes, la había imaginado como una mujer algo mayor, la típica directiva en la que su abuelo depositaba su confianza siempre. Recordó entonces que Kevin le había advertido que se sorprendería con ella, pero aún así, había pensado que se refería a su trabajo. Un pensamiento lo inquietó. ¿Estaría interesado su hermano en ella? Tenía que reconocer que si alguien de su familia merecía el título de mujeriego, que tan alegremente le habían impuesto a él, ese era su hermano. Desde luego la única forma de no fijarse en ella, era estar ciego, o no se un hombre, y aún así estaba seguro de que la envidiarían muchas mujeres.

Era realmente preciosa; alta, por lo menos medía metro setenta y cinco, de cabello largo y rizado color chocolate. Le caían como una preciosa cascada castaña hasta el final de la espalda. Había estado a punto de volvérselo a soltar, al ver como se lo recogía en un austero moño. No había podido apreciar bien el color de sus ojos, pero no podía decir lo mismo de su espectacular cuerpo. Lo primero que había visto de ella era su precioso trasero, ciñéndose a la falda de su traje. En aquel momento tuvo que tragar saliva, pero cuando se quedó realmente sin aliento, fue al incorporarse y apreciarla de cuerpo entero. Era impresionante, delgada, pero llena de provocadoras curvas. Poseía una belleza exótica terriblemente excitante, y eso, no le gustaba.

En aquel momento debía concentrarse en su trabajo, en los nuevos

proyectos que tenía para su empresa, iba a resultar un trabajo duro y no necesitaba distracciones. Por experiencia sabía que las mujeres bonitas solían complicarle las cosas, sobre todo en cuestiones de trabajo. Además, no se fiaba de ellas, muchas utilizaban sus encantos para conseguir más. ¿Sería ese el caso de la señorita Brooks? Estaría alerta, decidió. La iba a necesitar para los nuevos proyectos y no podía arriesgarse a encontrarse con sorpresas. En ese momento llamaron a la puerta

—Pase.

Andy lo encontró sentado en su escritorio. Tenía su expediente sobre la mesa. ¿Estaría pensando en despedirla por aquel ridículo incidente? La idea la puso nerviosa.

—Siéntese— le ordenó él sin mirarla concentrado en unos papeles.

Andy obedeció con desgana.

—Le traigo el último proyecto que me encargó su abuelo ...

—Puede tirarlo— le dijo él aún sin mirarla.

Andy pensó que seguramente lo había oído mal. No podía haberle dicho que tirara el informe en el que había estado trabajando durante sus vacaciones, ¿verdad?

—¿Puede repetirme eso, por favor — le preguntó ella.

—Le he dicho que lo tire. Ese proyecto no está entre los que me interesan, ni en las nuevas prioridades de la empresa.

—¡Debe estar bromeando!— le contestó ella entonces sin poder evitar elevar el tono de voz.

Aquella contestación sí consiguió que él reaccionara, levantase la cabeza de sus papeles y la mirase fijamente a los ojos.

—¿Cómo dice?— preguntó él con expresión atónita.

Andy tragó saliva y se levantó apoyando las manos en la mesa.

—Digo que he pasado los últimos quince días, por cierto de mis vacaciones, realizando este proyecto y me parece...una broma de mal gusto, que me diga ahora que lo tire.

Andy observó la tensión en la mandíbula de su nuevo jefe y se dio cuenta de que se había pasado. Aquella no era la mejor manera de comenzar una relación laboral.

—Señorita Brooks— dijo él mientras se levantaba de su asiento y

comenzaba a rodear la mesa hasta ponerse a su lado —, siento que no esté de acuerdo con la nueva política de la empresa, pero ahora soy yo, el que decide cuales son los futuros proyectos que vamos a realizar, y ese... — dijo señalando los papeles que tenía ella en su mano—, no entra dentro de mis prioridades. De hecho, desde ahora mismo y si decide seguir trabajando para nosotros, la voy a trasladar de departamento para que se centre en mi nuevo proyecto.

Andy sintió que se le doblaban las rodillas. Se volvió a sentar en la silla quedando con una perspectiva todavía más sobrecogedora de él. Por lo menos no la estaba despidiendo, le daba la oportunidad de seguir trabajando allí, pero con la condición de cambiarla de departamento, ella no podía permitirse dejar su trabajo, de manera que continuó:

—¿Y cuáles son sus prioridades?— preguntó llena de dudas.

Dan la observó. Juraría que ella pensaba que la iba a mandar al mismísimo infierno. La vio cruzar las largas y bronceadas piernas y sintió que se excitaba. Decidió volver a su asiento. Si no lograba controlarse, sería él el que iría de cabeza a consumirse entre cenizas.

—¿Significa eso que decide quedarse?— le preguntó.

—Sí— se limitó a contestar ella. Sería mejor que se controlase, al menos de momento. No es que se resignase al hecho de haber perdido el tiempo haciendo aquel informe, pero no conseguiría sino empeorar las cosas con un nuevo comentario fuera de tono.

—Si lo que le molesta en este momento es el hecho de haber perdido sus vacaciones, le aseguro que le compensaré por ello— oyó que le decía él, dejándola atónita. ¿Cómo sabía que era lo que estaba pensando? Aquello tampoco le gustaba, ¿sería tan transparente para él? Decidió llevarle la contraria.

—No es eso lo que me preocupa, pero sí la posibilidad de perder a mi secretaria.

—Por eso tampoco hay problema. Carla seguirá siendo su secretaria. El cambio se efectuará principalmente en sus proyectos. A partir de ahora trabajará codo con codo conmigo.

Aquello fue lo primero que puso nerviosa a Andy, y para que no se le notara decidió tomar notas de lo que decía y así mantenerse ocupada.

—Pretendo crear una línea nueva de viajes y actividades,

completamente diferente a lo que estamos ofreciendo actualmente— continuó él —. Ahora nos centramos en viajes, hoteles y actividades de lujo, pero mi proyecto es diferente. En los próximos meses nos centraremos en crear toda una nueva infraestructura dedicada a los deportes de riesgo. Viajes cuyo objetivo no sea el de descansar en un hotel de cinco estrellas, sino disfrutar de la naturaleza, de deportes extremos. En lugar de jugar al tenis, pretendo que la gente pueda ir a algunos de nuestros complejos y encuentre allí toda la aventura y diversión que pueda soportar, por supuesto con atención especializada, pero sin que parezca que van de excursión con el colegio, ¿me entiende?

Andy se quedó fascinada observándolo. ¡Le describía el proyecto lleno de entusiasmo! Debía ser realmente importante para él y lo entendía perfectamente, pero como él mismo había dicho momentos antes, le parecía un proyecto muy ambicioso. Una idea así, nunca hubiese entrado en los planes de Christopher Cox, su abuelo. Sin duda la llegada de Daniel Cox a la empresa, sería una gran revolución.

—¿Qué opina?— le preguntó él interrumpiendo sus pensamientos.

—Bueno, en primer lugar, yo querría saber ¿por qué me ha elegido a mí para este proyecto?

—Porqué es muy importante para mí, y usted es la mejor— dijo sin pensárselo—, y ahora dígame su opinión.

Andy se sintió halagada y agradablemente sorprendida al escuchar aquello.

—Bien...— comenzó ella — la idea general del proyecto me parece ingeniosa y novedosa. Para empezar tendríamos a nuestro favor el punto más importante; hay nicho de mercado, pero no competencia. Seríamos pioneros en este tipo de paquete vacacional. Actualmente los estudios de mercado referentes a las actividades de ocio y tiempo libre, nos muestran un incremento en los deportes de riesgo de más de un treinta y cinco por ciento. Pero la viabilidad real del proyecto hay que estudiarla de acuerdo con la zona en la que se vaya a realizar, personificando cada una, en relación a sus recursos naturales para hacerlo realmente atractivo— Andy se recogió un mechón de pelo que le caía sobre los ojos, y lo miró.

Dorados, pensó Dan. Tenía los más asombrosos ojos color ámbar que hubiese visto en su vida. No se explicaba cómo no había podido apreciar antes su color, pues eran enormes, y le proferían un aspecto salvaje y

exótico.

Al levantar la vista, Andy lo encontró mirándola analíticamente, ¿qué estaría pensando?

—¿Sr. Cox?

—Sí, disculpe...me decía que el estudio de viabilidad dependía de la zona geográfica y sus recursos naturales.

—Sí señor.

—Estoy completamente de acuerdo, por eso creo haber escogido el lugar idóneo para iniciar el proyecto. Se trata de las Islas Hawaii.

A Andy se le cayó al suelo la libreta en la que estaba apuntando las notas. ¡Islas Hawaii! ¡No podía creerlo! Había soñado secretamente que la mandasen allí desde que entró a trabajar en la compañía hacía tres años. Nadie lo sabía en el trabajo, pero su abuela paterna era nativa de Hawaii. De ella había heredado los rasgos exóticos que tanto llamaban la atención a su alrededor. Siempre había querido conocer las islas y ahora iba a poder hacerlo y con detenimiento, ya que un proyecto como aquel, conllevaba mucho tiempo, dedicación y varios viajes.

—¿Le ocurre algo?— le preguntó Dan, asomándose al otro lado del escritorio, mientras ella recogía del suelo sus notas.

—¡No!— se apresuró a contestar incorporándose tan rápido, que con el impulso se golpeó con el escritorio en la parte trasera de la cabeza.

—¿Se encuentra bien?— volvió a preguntarse él dando la vuelta al escritorio y agachándose a su altura. Le apartó las manos de la cabeza para poder observarle el golpe.

Andy sintió los dedos de Daniel acariciándole el pelo y la nuca buscándole alguna herida, y un escalofrío recorrió su cuerpo. Levantó la cabeza y sus caras se encontraron a sólo unos centímetros. Pudo apreciar el olor de su piel mezclado con el de su loción de afeitar, y la colonia. Le pareció terriblemente excitante y de repente sintió que se mareaba. Las miradas de ambos se cargaron de deseo.

—¡Hola hermanito! Vengo a invita.... ¡Hola Andy! — la saludó Kevin sorprendido. No sabía si por encontrarla allí, o por la situación en la que los había pillado.

Se le cayó el alma a los pies. Con la mentalidad calenturienta de Kevin, estaba segura de lo que estaría imaginando. Decidió levantarse y poner

todo el espacio que podía entre ella y Daniel.

—Hola Kevin, en este momento estoy ocupado... — empezó a contestar Daniel.

—Si, ya veo... Parece que por fin conoces a nuestra Andy — dijo acercándose a ella y pasándole una mano por la cintura—. ¿Te han gustado mis flores?— le preguntó en tono de fingida confianza con una sonrisa cargada de doble sentido.

Andy sintió como le ardían las mejillas de repente. ¿A qué demonios estaba jugando Kevin? Hasta aquel momento le había parecido un hombre agradable, pero nada más. Nunca le había dado pie a nada, muy al contrario, había rechazado cada una de las invitaciones e insinuaciones que venían de éste. Entonces, ¿por qué se comportaba de ese modo, como si hubiese algo entre ellos? Estaba avergonzándola delante de su nuevo jefe.

—En realidad Sr. Cox, no me gustan las rosas, me dan alergia, mintió. Se las he dado a Carla— le contestó apartándose de él.

Kevin aceptó su fría reacción, como si en realidad lo hubiese recibido con un apasionado beso, y le devolvió una lánguida sonrisa.

—Sr. Cox— dijo Andy refiriéndose a Daniel —, si tienen asuntos que tratar lo mejor será que les deje solos. Volveré más tarde— y antes de que pudiese negarse, salió de la habitación.

Andy se metió en su despacho cerrando la puerta a su espalda. En cuanto tuviera la oportunidad le iba a decir unas cuantas cosas a Kevin. No sabía qué necesidad tendría él de montar esos numeritos delante de su hermano, pero ella no tenía ninguna, de hacerlo delante de su jefe.

El resto de la mañana Andy lo pasó trabajando en su despacho. Comenzó a buscar información en internet sobre las Islas Hawaii, y se concentró en su tarea por completo hasta que llamaron a la puerta sobresaltándola.

—Voy a ir a por unos sándwiches a la cafetería de abajo, — le dijo su secretaria asomando la cabeza por la puerta—. ¿Quieres que te traiga algo?

—¿No me digas que es la hora del almuerzo?— le preguntó ella mirándose el reloj.

—Si que no te lo diga, te sirve de algo, mentiré por ti, aunque sabes que no me gusta hacerlo— le contestó Carla con una sonrisa.

—Gracias, pero no será necesario. Es que había quedado con Pierce para

almorzar, pero me he metido tanto en el trabajo, que se me ha pasado la hora sin darme cuenta. Tendré que llamarlo y disculparme.

—Entonces, ¿te traigo algo?

—Sí, un sándwich vegetal, por favor.

—En quince minutos estoy de vuelta.

Andy llamó a Pierce, mientras archivaba la información que acababa de obtener, y se disculpó por dejarlo plantado, con la promesa de compensarlo viéndose en la cena. Pero no había terminado de colgar cuando la puerta de su despacho se abrió de repente.

—¿Qué relación tienes con mi hermano?— la increpó Daniel.

Andy se quedó atónita.

—¿Cómo?— fue la única palabra que consiguió decir.

—Te he preguntado que ¿qué relación tienes con mi hermano? No me gusta que en mi empresa, sobre todo las personas con las que trabajo directamente, estén involucrados sentimentalmente los unos con los otros. Las relaciones personales enturbian el ambiente laboral.

Andy se quedó estupefacta. Por un lado ella no tenía ningún tipo de relación con Kevin, pero si la tuviese, con él o con cualquier otro, le parecía ofensivo tener que dar explicaciones sobre sus relaciones personales, sobre todo porque ella era lo suficientemente profesional, como para dejar que algo así, interfiriese en su trabajo.

—Señor Cox, realmente creo innecesario dar explicaciones de mi vida personal.

—Lo que es o no necesario en mi empresa, lo decido yo. — le dijo él con expresión furiosa, acercándose a ella tanto, que la hizo tambalearse hasta tener que apoyarse en el filo de la mesa, que había dejado a su espalda.

Andy sintió como se le doblaban las piernas y tuvo que agarrarse a la mesa con las manos para no caerse. Daniel estaba a unos centímetros de ella.

—¿Qué relación tienes con mi hermano?— volvió a tutearla él, pero esta vez le hizo la pregunta en un susurro frente a sus labios.

A Andy se le secó la boca en ese instante y se humedeció los labios con la lengua. Daniel fijó la mirada en aquel movimiento sobre los carnosos labios y soltó un pequeño gruñido, tras el cual bajó la cabeza y se apoderó

de su boca con fiera determinación.

Fue un beso duro, fuerte y posesivo. Con una carga sexual y de dominación que la dejó sin aliento y sin voluntad. Muy a su pesar, Andy sintió como se excitaba de la cabeza a los pies.

Daniel la soltó tan rápidamente como comenzó a besarla. La mirada que le dedicó entonces era difícil de descifrar. Parecía realmente furioso, como si con aquel beso quisiese castigarla por algo, pero al mismo tiempo, la turbación e incluso la sorpresa asomaron en sus ojos. Daniel se dio la vuelta entonces, y se dirigió hacia la puerta del despacho, pero cuando estaba a punto de marcharse le dijo:

—Piensa en lo que te he dicho— y salió dando un portazo.

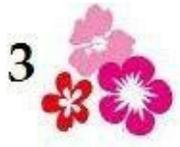
Por un momento, Andy pensó que estaba en una película surrealista. No podía haber pasado lo que creía que había pasado. ¿La había besado? ¿Le había prohibido tener relaciones personales en el trabajo y luego la había besado ferozmente? Se llevó los dedos a los labios hinchados por el arrebatador beso. Podía sentirlos incluso palpitar bajo sus yemas. La imagen del señor del reino y el derecho de pernada volvió a su mente, pero lo peor de todo es que había disfrutado con el contacto. Se había sentido viva y excitada como nunca. Se sentó en su sillón sujetándose la cabeza con las manos durante unos minutos.

—Te traigo el sándwich— dijo Carla entrando en su despacho—. Andy, ¿te encuentras bien?— le preguntó ésta preocupada acercándose a ella.

—Mmm...Sí. Me voy a casa. Si alguien pregunta por mí, dile que me he ido por asuntos personales— dijo cogiendo su bolso y sus cosas y saliendo del despacho.

—¿Eso incluye al Señor Cox?— preguntó Carla asombrada.

—Especialmente para el Señor Cox— y se marchó.



### Capítulo 3

El camino de vuelta a casa, Andy lo realizó completamente ida. No podía dejar de revivir una y otra vez la escena del despacho en su mente. Cuando llegó a casa, se quitó la ropa y se metió en la ducha con la intención de despejarse. ¿Qué iba a hacer? Estaba claro que no podía trabajar con aquel hombre. Era cerrado y dominante. La trataba como a una de sus posesiones, como si ella fuera una de las cosas de su empresa. Ella no tenía que dar explicaciones de sus relaciones personales, aunque éstas fueran nulas. El nuevo trabajo para el que él la quería, tenía como una de sus consecuencias más nocivas para ella, trabajar juntos en el proyecto. Eso supondría muchas horas juntos, por lo menos hasta que ella tuviese que ir a las islas.

¡Las islas! Había soñado toda su vida con conocer las islas y aquella era una oportunidad única. Por otro lado, no podía permitirse dejar su trabajo en ese momento, pues entre otras cosas estaba ayudando a su madre con los gastos de la reforma que habían tenido que hacer en la casa familiar, y a Julia con sus estudios. Su hermana trabajaba para poder cubrir sus gastos y clases particulares de idiomas, pero ella le pagaba la carrera. No podía dejar a ninguna de las dos en la estacada.

Se acarició los labios con los dedos y el recuerdo del apasionado besó inundó su mente, haciendo que su cuerpo la traicionara nuevamente excitándose. No podía entender el porqué de aquella reacción. Daniel era un hombre verdaderamente atractivo, pero su actitud autoritaria y posesiva le desagradaba sobremanera. ¡Por Dios! Aquel hombre era un mujeriego y ella no estaba dispuesta, a esas alturas, a convertirse en el juguete sexual de nadie.

Los recuerdos de la universidad, invadieron su mente, a pesar de creerlos desterrados para siempre. Estaba en el segundo semestre de su primer año, cuando todo sucedió. Las invitaron a Natalie y a ella, a una fiesta de hermandad. La invitación se la hizo uno de los chicos más populares del campus, y por aquel entonces, ella bebía los vientos por él, de manera que fueron encantadas. Tomaron una copa, bailaron y rieron, hasta que Tomas, el chico en cuestión, le pidió que subiese con él a una de las habitaciones tan solo para hablar. Le dijo que quería decirle algo importante, y ella le creyó. A los pocos minutos de estar allí, y de haberle dicho, que estaba loco por ella, Tomas, comenzó a besarla. Pero estaba muy bebido, sus movimientos eran torpes y bruscos, y Andy quiso marcharse. Él se lo quiso impedir, y en el forcejeo, descubrió que él había intentado grabarla con una cámara, mientras se enrollaban. Cuando salió de la habitación corriendo escaleras abajo, sus amigos reían y le gritaban si había conseguido la grabación, que ellos también la querían intentarlo. Natalie la sacó de allí avergonzada, entre lágrimas

No volvió a tener citas en los dos años siguientes, y después, cada vez que tenía alguna, y veía que el chico se le acercaba demasiado, ponía en duda las intenciones que éste tuviese con ella. Por lo que todas sus relaciones, terminaban en fiasco total. No había llegado a confiar plenamente en ningún hombre, y no creía que fuese bueno hacerlo con su jefe, el mayor mujeriego de todo Nueva York. Los hombres la veían como a un trofeo, que ella no estaba dispuesta a entregar. Por eso no podía entender, lo que había sentido al ser besada por su jefe. Lo peor era que con aquel beso, ella misma había podido descubrir los estragos que provocaba él en su cuerpo. En el momento en que la había tocado, había dejado de pensar y cuando la besó, sintió que se consumía sin remedio, porque aunque lo hubiese querido, no hubiese sido capaz de reaccionar apartándolo de ella. Estaba en peligro y la única manera de salvarse iba a ser renunciando a su empleo.

Ella era una profesional valorada en su campo, reflexionó mientras salía de la bañera y se secaba con la toalla. Cuando salió de la Universidad, le llovieron las ofertas de trabajo debido a su magnífico expediente académico, y ahora que además había demostrado que era la mejor en su campo, no tenía que costarle demasiado encontrar otro trabajo. Lo peor en aquel momento era tener que renunciar a su sueño. Justo cuando el destino le brindaba la oportunidad de cumplir con su mayor deseo, tenía que aparecer aquel abominable hombre. De hecho era él el que ponía al alcance

de su mano el poder cumplirlo, a cambio de acabar con su estabilidad mental, claro.

Limpió con la toalla el vaho del espejo hasta que se vio con claridad. Tenía los labios ligeramente inflamados. Recordó la mirada que le dedicó él después de besarla. La estaba castigando, ¡castigando! ¿Por qué dominios pensaría él que merecía un castigo? y ¿con qué derecho? Se puso furiosa.

Se vistió con una camiseta larga que le cubría hasta casi la mitad de los muslos, y se recogió el pelo en una coleta. Al día siguiente se presentaría en su despacho y se despediría. No pensaba tolerar más aquel trato vejatorio, le dijo a su reflejo, y salió del baño.

Se fue a la cocina y puso la tetera con agua a calentar para hacerse un té, mientras, planificaba mentalmente la tarde, enfocada a la búsqueda de un nuevo trabajo. Pero en ese momento llamaron a su puerta. Sería Pierce para preguntarle el motivo de su regreso tan pronto. Cogió un trapo y se fue secando las manos mientras se dirigía a la puerta y la abría.

—¿Qué...qué hace usted aquí?— Andy se quedó petrificada ante la puerta. La última persona que esperaba encontrar allí era Daniel. ¿Cómo habría dado con su dirección? ¿Se la habría dado Carla? Lo mismo daba, si no lo había hecho ella, la podía haber visto en su expediente.

—Señorita Brooks, ¿me deja pasar? Necesito hablar con usted y no me gustaría hacerlo en el rellano de la escalera— le dijo con expresión pétrea.

Después de reflexionar sobre lo que había sucedido, Daniel había vuelto a buscarla a su despacho, pero cuál había sido su sorpresa al enterarse de que se había ido a casa. La Señorita Brooks lo había estado sometiendo a una montaña rusa de sensaciones desde primera hora de la mañana, cuando la encontró en aquella postura turbadora en el suelo de su despacho. En ese momento decidió no fiarse de ella. Aunque ella no tenía forma de saber que él aparecería para poder preparar una escena de seducción, con las mujeres nunca se sabía. Después el numerito con Kevin en su despacho, ella había estado fría con su hermano pero para que él le mandara flores y tuviese esa actitud con ella, algo debía haber entre los dos. Pero el colmo fue cuando se dirigió a aclarar la situación y la escuchó hablar cariñosamente por teléfono con un tal Pierce, con el que había quedado para cenar. Definitivamente estaba jugando con su hermano. ¿Estaría buscando un ascenso manteniendo una relación con él? o ¿sería tan lista

como para aspirar más alto y embelesarlo para que se casase con ella?

Por todos era conocida la fortuna de los Cox. Él mismo había estado a punto de ser víctima de un par de caza fortunas, y no se podía negar que las cualidades físicas y mentales, las tenía todas para conseguirlo.

Se había sentido furioso, y cuando la acorraló en su despacho, no pudo evitar besarla. En un principio sólo había querido darle una lección, pero lo cierto es que se había sorprendido por la arrebatadora excitación que ella le había hecho sentir, incluso por un segundo le supo hasta ingenua. Aquella mujer era pura contradicción y eso en un momento dado podía volverlo loco.

Por otro lado, no podía renunciar a ella, no como empleada. Era la mejor en su trabajo y él necesitaba a la mejor por lo que decidió ir a su casa a hablar con ella. Y ahora la tenía frente a él, medio desnuda, con sus bronceadas y larguísimas piernas descubiertas bajo la enorme camiseta blanca. De pronto se le ocurrió que tal vez estuviese con alguien y por eso parecía pensarse demasiado si dejarlo entrar en la casa. Lo que no dudaba era que la había sorprendido. Finalmente Andy se echó a un lado para que él pasara.

—Le agradezco que me deje pasar — le dijo él.

—¿Ahora vuelve a hablarme de usted?— le preguntó ella cruzándose de brazos, lo que provocó que se le levantase el pecho, haciéndolo más visible para él, algo que ratificó cuando lo observó repasarla de arriba abajo diciéndole:

—Espero no haberla interrumpido

Andy se percató de su aspecto en aquel momento y no pudo evitar ruborizarse.

—No, no lo ha hecho. Acabo de salir de la ducha. Si me disculpa voy a vestirme.

Daniel la observó alejarse por el pasillo y adentrarse en una habitación, ¿se había ruborizado? Aquello no era propio del tipo de mujer que había imaginado que era. El pitido de una tetera lo sacó de sus pensamientos. Se acercó a la cocina y la encontró puesta el fuego. La apartó y se dirigió al salón, pero al salir por la puerta chocó con Andy que venía por el pasillo.

—He escuchado la tetera y la he quitado del fuego— dijo justificando su salida de la cocina. Mientras la agarraba por la cintura para que no se

cayera.

—Gracias, se me había olvidado que la había dejado puesta— le contestó en un susurro.

El contacto de las fuertes manos en su cintura estaba haciendo estragos en su sistema nervioso.

—¿Le apetece un té?— le preguntó para cambiar de tema mientras se apartaba de él.

—Mmm...Sí, la verdad es que sí me apetece— le contestó él mientras se apoyaba con los brazos cruzados en el marco de la puerta y la observaba moverse por la cocina.

Se había puesto un pantalón vaquero corto bajo la camiseta y por lo que podía apreciar, ahora sí llevaba sujetador.

Andy podía sentir la mirada de él observándola mientras preparaba el té. La estaba poniendo nerviosa, el espacio de la cocina pareció encoger al igual que había hecho su despacho en su presencia. Menuda situación. ¿Quién le iba a decir a ella que se iba a encontrar en su cocina con su jefe preparando té para dos? Claro que tampoco habría creído a nadie que le dijera aquella mañana que iba a ser besada por ese mismo hombre.

Agradeció mentalmente terminar rápido de preparar la bandeja y fue hacia la puerta.

—Vamos al salón, allí estaremos más cómodos.

Se dirigieron allí y Andy esperó ver donde se sentaba él para hacerlo ella lo más alejada posible.

Brook apareció entonces y se enredó en los pies de Daniel.

—Brook cariño, ven aquí— dijo Andy cogiéndolo del suelo.

—No se preocupe, me gustan los perros— le dijo él.

—Pero a él no le gusta todo el mundo. Es muy selectivo. — le contestó ella.

—Bueno, entonces, parece que he pasado la prueba— agregó Daniel acariciando al animal que le lamía la mano.

¡Traidor! Pensó Andy, observando a Brook embelesado con él. Decidió dejarlo, y se sentó.

—Bien Señor Cox, me alegra que haya venido porque tengo algo que decirle. He decidido dejar de trabajar en la empresa. Mañana por la mañana

se encontrará en su despacho mi dimisión— después de decirlo Andy suspiró. Había resultado más fácil de lo que pensó en un principio.

Daniel la miró perplejo. De nuevo lo había sorprendido. Sin duda la renuncia de su trabajo se debía a su encuentro en el despacho, pero eso no era lo que esperaba de una mujer que se dedicaba a seducir para ascender o hacerse con su fortuna. Tal vez, pensó, sólo tal vez, se había equivocado con ella. Tenía que tener una conversación con su hermano, no quería perderla como trabajadora, pero antes debía aclarar las cosas con Kevin, para estar seguro de que no estaba siendo víctima de un plan demasiado inteligente.

—Señorita Brooks, no quisiera perderla como empleada, sabe bien que la necesito, por eso le pido que reconsidere su decisión... — vio como ella iba a interrumpirlo y la detuvo—. Sólo le estoy pidiendo que lo piense esta noche— dijo levantándose del sofá—, y mañana lo hablamos. Si después, no he conseguido convencerla, aceptaré su dimisión.

Andy, que había abierto la boca para protestar, la cerró de repente. No esperaba que él quisiera convencerla. Le había dado la impresión de que ella no le gustaba en absoluto, claro que como la necesitaba era como empleada, no tenía porque gustarle ella. De cualquier manera, le pareció razonable su propuesta.

—De acuerdo Señor Cox, aunque para serle sincera, no creo que más tiempo cambie mi decisión.

Por un momento creyó ver alivio en sus ojos al aceptar su propuesta, ¿sería posible?

—Entonces, nos vemos mañana— le dijo él sin dejar de mirarla.

—Bien, le acompaño a la puerta— le contestó Andy. No había motivo para dilatar su estancia allí. Además cuando la miraba de aquella manera, la ponía muy nerviosa.

Al abrir la puerta Andy se encontró de frente con Pierce que se disponía a llamar. Éste le dedicó una mirada curiosa, al ver a Daniel tras ella.

—¡Hola Pierce!— lo saludó echándole una mirada de advertencia. Lo conocía perfectamente y sabía que estaría disfrutando de lo lindo con aquella situación y deseando hacer de las suyas.

—¡Hola Andy, cariño! Venía a verte. Estaba preocupado, has vuelto muy temprano, ¿te encuentras bien?

—Sí, tranquilo, estoy perfectamente. Señor Cox, le presentó a Pierce, mi mejor amigo y casero. Pierce, este es...

—Cielo, no hace falta que lo presentes, cualquier buen cotilla como yo conoce al Señor Cox. Encantado— le dijo a éste dándole la mano—. Y ... ¿Qué le trae por el barrio? ¿no irá a traerte trabajo a casa?

—¡Pierce! Debe perdonarlo, pero es que es muy protector. Él y Paul son como mis padres— le dijo con una tímida sonrisa.

—¿Paul? —preguntó él.

—Sí, Paul es la pareja de Pierce.

—¡Ah! Pues no se preocupe Pierce, mi intención no es la de darle más preocupaciones. Bueno, encantado de haberle conocido, pero tengo que marcharme. He dejado algunos asuntos sin resolver en el despacho. Señorita Brooks, hágame el favor de pensar en lo que le he dicho. Nos vemos mañana— dijo mientras bajaba las escaleras.

En cuanto se hubo ido, Pierce la interrogó, por supuesto.

—Y ahora cuéntame con todo lujo de detalles que hacía ese maravilloso espécimen en tu casa, ¡y tú con esa pinta!— suspiró su amigo y puso los ojos en blanco, como si ella no tuviese remedio.

—¡Eh! ¿Qué le pasa a mi ropa? Es lo primero que encontré, ¡me pilló recién salida de la ducha!

—¡Vaya, vaya, esto cada vez se pone más interesante!— le contestó Pierce.

Andy, que no se sentía de humor, para encajar los graciosos comentarios de su amigo, le dio unas cuantas excusas hasta que consiguió deshacerse de él.

El resto de la tarde y parte de la noche, las pasó meditando su dimisión. Pero lo único que consiguió fue estar todavía más segura de la decisión que había tomado. No podía seguir trabajando para aquel hombre; en primer lugar él podía tener el carácter que quisiese y llevar su empresa como mejor le conviniese, pero ella no era de su propiedad, y en unas pocas horas la había tratado como si así fuese. Además, no pensaba dar explicaciones de su vida, ni privada ni pública. Por otro lado, aquel día había podido comprobar en varias ocasiones como reaccionaba su cuerpo ante la presencia de Daniel. La excitaba sobremanera y no quería que eso sucediese. ¡Por el amor de dios, era su jefe! Y no solo eso, era un

mujeriego reconocido. Actualmente en las revistas y en televisión se le relacionaba sentimentalmente con la hija de un famoso político. Ella misma había visto las fotos de los dos juntos una semana antes, en una recepción, y aquella misma mañana la había besado a ella, y sin miramientos. No, definitivamente, no volvería a trabajar para él.

A la mañana siguiente, Andy se presentó en la empresa una hora antes. Quería recoger sus cosas y así poder marcharse después de hablar con Daniel. Estaba metiendo sus trastos en una caja cuando la puerta se abrió.

—Veo que se está dando prisa— le dijo Daniel en la puerta.

—Sí. El reflexionar esta noche no me ha servido más que para estar segura de mi decisión— le contestó ella dejando lo que estaba haciendo y mirándolo.

—Me gustaría hablar con usted en mi despacho en quince minutos. Tal vez consiga que cambie de idea. Daniel se marchó y la dejó meditando, cómo pensaba él que podía hacerla desistir.

Daniel se sentó tras su escritorio y llamó a su hermano por el interfono. Había cometido un terrible error con Andy. El día anterior después de la conversación que tuvo con ella en su casa, y de conocer a Pierce, se dirigió a la oficina. Lo primero fue hablar con Kevin, que tras decirle que Andy quería dimitir de su trabajo, tuvo que reconocer que había actuado de aquella estúpida manera por celos. Según le contó llevaba meses intentando salir con ella, pero ésta siempre lo rechazaba, y al encontrarlos tan... próximos en el despacho, pensó que su hermano había conseguido, lo que él no había podido conseguir en meses.

Daniel sabía que la decisión de Andy de marcharse de la empresa, tenía más que ver con el beso que él mismo le había dado, que con el suceso con Kevin, pero decidió no contar eso a su hermano, y centrarse en conseguir una confesión.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Pasa— dijo Daniel sentado en su sillón.

—Sí, ¿para que me querías?— preguntó su hermano entrando en su despacho.

—Andy viene para acá. La necesito para el proyecto, y quiero que te disculpes para poder convencerla.

—¿Andy? ¡Cuánta confianza! ¿No, hermanito?

—Kevin, no pienso aguantar tus niñerías ni una vez más. Esas cosas son las que nos han llevado a esta situación, y tal vez perdamos a una de nuestras mejores empleadas por tu culpa.

Kevin tragó saliva. No le gustaba nada ver a su hermano furioso, por lo que decidió callarse y asentir con la cabeza. Al instante se oyeron unos golpes en la puerta.

—¡Pase!— contestó Daniel.

Andy se sorprendió al encontrar allí a Kevin. ¿Iría Daniel a volver a interrogarla sobre su vida? ¿Era esa la manera de convencerla de que volviese al trabajo? Se limitó a entrar y esperar que fuese él, el que hablase.

—Srta. Brooks, Kevin tiene algo que decirle— le dijo Daniel indicándole con la mano un asiento.

Ella aceptó sorprendida y miró a Kevin interrogativamente.

—Bien... Andy, yo quería disculparme por mi comportamiento de ayer. Estaba celoso porque no aceptases mis atenciones. Y cuando entré ayer en el despacho y vi la química que había entre vosotros...

Al escuchar eso último Andy puso los ojos como platos, mientras a Daniel pareció darle un ataque de tos.

—Vale Kevin. Eso es suficiente

—Pero... — quiso contestar él.

—He dicho que ha sido suficiente, será mejor que ahora nos dejes solos. Kevin salió del despacho y Daniel continuó.

—Mire Srta. Brooks, con lo que le voy a contar ahora, no pretendo justificar mi reacción de ayer, pero he cometido con usted un gran error— Andy lo observó pasarse una mano por el pelo, parecía apurado—. Ayer, después de ser testigo del numerito que montó aquí mi hermano— continuó —, fui a su despacho para hablar con usted, y sin querer la escuché quedar para cenar con Pierce. Pensé, que estaba jugando con mi hermano— suspiró —. Yo mismo he sido víctima de un par de mujeres que me han buscado por mi dinero, o por un ascenso. Y tengo que reconocer que todo aquello, me llevó a juzgarla mal. Créame que lo siento. Por otro lado, le prometo que si decide quedarse, no volveré a...besarla.

Andy reconoció para sí, que aquella era una disculpa en toda regla y por

lo que ella sabía, el Señor Cox no acostumbraba a disculparse. Debía de necesitarla mucho, para reconocer todas aquellas cosas. El único punto que quedaba sin atar, era la atracción que sentía hacia él. Pero le había dejado claro, que no pensaba volver a besarla. Él no sentía lo mismo por ella. Si él mantenía su palabra y ella recordaba lo que era él, no tenía que haber ningún problema. Además a ella le encantaba su trabajo, con el añadido de que ahora, le permitiría cumplir sus sueños.

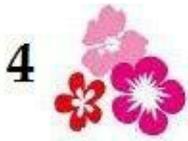
—Srta. Brooks, ¿querrá volver a trabajar para mí?

Andy lo vio ponerse en pie, y ofrecerle la mano, esperando cerrar el acuerdo. Lo dejó esperando un par de segundos, y finalmente se levantó también.

—Sí — Le contestó estrechando su mano.

Cuando sus manos, se tocaron, Andy sintió una agradable sensación de calor por todo el cuerpo. Daniel tenía los dedos largos y fuertes, pero cuando comenzó a mover el pulgar por el dorso de su mano, el corazón se le aceleró hasta dejarla casi sin respiración. Apartó entonces la mano con rapidez, y se marchó corriendo con la excusa de volver a colocar las cosas en su escritorio.

Durante el camino de vuelta a su despacho un pensamiento se apoderó de su mente: ¡Las islas no estaban suficientemente lejos del Sr. Cox!



## Capítulo 4

El resto de la semana Andy la pasó concentrada en el proyecto. Llegaba temprano al trabajo, y se marchaba tarde a casa. Tenía muchas cosas que averiguar y preparar, antes de partir a las Islas Hawaii.

Para su tranquilidad, respecto a Daniel, había pasado una semana de lo más tranquila. Se habían visto mucho, todos los días, y durante horas, pero apenas se habían dedicado algunas miradas. Aunque cuando esto sucedía, conseguía que le hirviera la sangre y parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Por suerte, aquel era el último día que lo vería. Prepararía los

últimos datos y se iría.

Iba a necesitar un guía cuando llegase allí, sobre todo que le pudiese informar de los deportes que se podían realizar y le comentase los mejores sitios para ello. Aunque ella llevase un plan y la organización de los días y las actividades, siempre era conveniente ir acompañada de un nativo o alguien experimentado, por lo que había contactado con un par de personas de allí que le facilitarían mucho el trabajo.

Terminó de coger toda la documentación que necesitaba y se despidió de su secretaria. El sábado lo pasaría haciendo la maleta y revisando su plan, y el domingo iría a comer con su madre, que le contaría las últimas novedades del viaje de Julia, y de la ajetreada vida de Robert. Y el lunes, ¡rumbo a Hawaii!

La mañana del lunes, Andy se levantó muy nerviosa. Se había pasado la noche dando vueltas en la cama, como los niños el día antes de una excursión. Suponía que se debería a la excitación de pensar en el destino. ¡Por fin!, se dijo, ¡aquel viaje era tan importante para ella! Siempre había sentido una conexión especial con las islas, tenía algo que ver con su descendencia hawaiana. Se trataba de algo fuerte y espiritual que nunca había podido terminar de entender, y sabía que le encontraría sentido cuando estuviese allí.

Decidió levantarse y ponerse en marcha. Hasta las dos del mediodía no salía su vuelo, pero tenía muchas cosas que hacer hasta entonces. Se levantó y se dirigió al cuarto de baño a darse una ducha, luego se enrolló en una gran toalla y se dirigió a la cocina. Brook salió a su encuentro saltando y moviendo la cola. Andy se agachó y lo cogió en brazos.

—¡Te voy a echar tanto de menos, pequeñín!— le dijo abrazándolo y besándolo, a lo que él contestó lamiéndole la cara.

Después se preparó el desayuno mientras repasaba mentalmente la maleta, aunque lo hiciera una y otra vez, siempre le daba la impresión de que se dejaba algo.

Después del desayuno, llamó a su madre para despedirse una vez más de ella, con la promesa de volver a llamarla cuando llegase a Honolulu. Luego llamó a Carla, y le dio las últimas instrucciones sobre algunas informaciones que necesitaba. Y finalmente se vistió para despedirse de Pierce y dejar a Brook a su cargo. En toda la mañana, no dejó de tener esa

sensación de desasosiego. Algo iba a pasar, tenía un sexto sentido para esas cosas, normalmente cuando se encontraba así de nerviosa, sucedía algo, no siempre malo, pero sí inquietante. Decidió dejar de pensar en ello, achacándolo a lo importante que era aquel viaje para ella. Recogió su maleta, su neceser, y su portátil. Salió a la calle y llamó a un taxi. Era pronto, pero por experiencia sabía que era mucho mejor llegar con tiempo de sobra para el check-in.

Dos horas después estaba ya en su asiento esperando que terminasen de embarcar los pasajeros. Guardó su bolsa de mano y dejó el ordenador bajo el asiento. Estaba deseando despegar, le quedaban casi diez horas y media de vuelo por delante. Había gente que se agobiaba mucho en los aviones durante los trayectos tan largos, pero ella no.

Recordó la primera vez que subió en avión. Fue en un viaje a Orlando. Como a ella le encantaban las emociones fuertes, sus amigos le habían dicho que disfrutaría con la impresión del despegue. Se preparó, se agarró al asiento, y cuando esperaba que empezase la emoción, avisó la azafata que ya se podían quitar el cinturón. Había sido toda una decepción en ese sentido, pero le encantó el vuelo y descubrió que disfrutaba viajando, estaba hecha para ello.

En aquel momento de ensimismamiento, mientras miraba por la ventanilla, alguien la tocó en el hombro. Estaba tan absorta en los recuerdos, que se sobresaltó.

—¡Daniel!... Quiero decir... ¡Sr. Cox!— corrigió ella al darse cuenta de que lo acababa de tutear.

—Daniel está mejor, es lo más propio entre dos personas que viajan juntas. ¿No te parece?— le dijo él con una arrebatadora sonrisa.

Andy sintió que se hundía el mundo a sus pies.

—¿Qué está haciendo aquí?— le preguntó atónita, mientras lo observaba sentarse a su lado y abrocharse el cinturón.

—¿Ir a Hawaii?— le contestó él irónico. — ¿No pensarías que te iba a dejar sola paseando por aquellas salvajes islas?

—¿Tengo que creer que lo está haciendo por mí seguridad? ¡Yo no necesito protección!

—Para empezar deberías empezar a tutearme, Andy— pronunció su nombre acercándose más a ella. Andy pudo sentir su cálido aliento

acariciándole el cuello, lo que le provocó un agradable escalofrío. ¡Dios mío! Tenía que odiarlo, sino estaba perdida —. Y lo segundo — escuchó que continuaba —, quiero estar en cada uno de los pasos de este proyecto. Ya te he comentado que es muy importante para mí. Me lo tomo como un reto personal, y no pienso descuidar ni un detalle del desarrollo del mismo. Además— suspiró —, tú necesitas un guía, y yo conozco las islas bastante bien. ¡Ah! Y practico todos los deportes que pusiste en el informe.

A Andy no le costaba nada imaginarlo realizando aquellas actividades. El primer día que lo vio, le pareció un aventurero, y por lo que veía, no se había equivocado. Pero eso no la tranquilizaba. Ella quería hacer ese viaje sola, conocer las islas y encontrarse consigo misma. De hecho él era la última persona con la que quería realizar ese viaje.

—Tenía pensado contratar un guía. ¡Yo viajo sola! Siempre lo he hecho, es la mejor manera de no tener distracciones.

—¡Vaya! No sabía que me considerases una... distracción— contestó él con una traviesa sonrisa que a ella le provocó un nudo en el estómago.

—¡Usted no me dijo en ningún momento que fuese a viajar conmigo! Todas las reservas están hechas para uno— protestó ella furiosa consigo misma por sentir todas aquellas cosas, y con él por haberla engañado.

—No te preocupes, casi todos los alojamientos son en cabaña, ya nos arreglaremos. Además, la aventura es la aventura, Andy— le dijo. Y añadió en un tono más serio: — No debes preocuparte, no te voy a molestar. A nadie le interesa más que a mí, que puedas realizar bien tu trabajo, pero necesito estar aquí, y verlo todo.

En ese momento la azafata anunció el despegue. Y unos minutos después, estaban en el aire. Ya no había marcha atrás. No le quedaba más remedio que realizar el viaje con él, empezando por diez horas y media sentados el uno junto al otro. Un dolor agudo de cabeza apareció taladrándole las sienes. Se las agarró con fuerza. ¡Iba a ser un viaje muy largo!

—¿Señorita Brooks, se encuentra bien? — le preguntó la azafata en ese momento. Andy levantó la cabeza y pudo reconocerla. La miraba con una mezcla de preocupación y curiosidad fijándose también en Daniel.

—Hola Cintia— le contestó con una sonrisa — Si eres tan amable, ¿podrías traerme un analgésico con un zumo de piña? Me está dando un dolor de cabeza terrible.

—Sí, claro, enseguida. Y el Señor, ¿desea tomar algo?

—Lo mismo que ella, pero sin analgésicos, por favor.

Cintia afirmó con la cabeza y se marchó. Mientras Daniel le dedicaba una mirada interrogativa.

—Conozco a casi todas las azafatas. Ellas van cambiando las rutas y nos encontramos— Explicó, aclarando el hecho de conocerla.

—Debes de haber viajado mucho.

—Sí, y acostumbro a hacerlo sola— añadió —. Ahora soy el cotilleo de la tripulación— dijo señalando con la cabeza hacia el final del pasillo.

Daniel miró en la dirección que ella señalaba y comprobó como un grupo de azafatas se arremolinaba señalándolos y riendo.

—Parece que sí. ¿Te molesta? — le preguntó.

—Cuanto menos, no estoy acostumbrada. No suelo dar motivos para que cotilleen de mí.

—Una mujer discreta — comentó él.

—Sí, lo soy. ¿Y a usted no le importa?— le preguntó ella.

—En realidad no. Estoy acostumbrado a que especulen sobre mi vida privada. Casi siempre me relacionan con alguien con quien en realidad no tengo nada. Además, la mayoría de las veces, lo hacen con mujeres la mitad de bellas que tú. Es agradable que me vayan subiendo el nivel.

Andy sintió como se ruborizaba, por lo que agradeció la interrupción de la azafata con las bebidas en aquel momento, así él no se daría cuenta de su sonrojo.

Daniel la observó por el rabillo del ojo, mientras ésta cogía su zumo y daba las gracias a Cintia. Juraría que se había ruborizado cuando la había halagado. Era extraño, una mujer como ella debía estar acostumbrada a ese tipo de piropos. Era realmente bella; aparte de unos preciosos y expresivos ojos, tenía los pómulos marcados y unos sensuales y carnosos labios. Era exótica y el dorado color de su piel junto con su rizada melena no hacían más que acentuar esa característica en ella.

—¿De dónde eres?— le preguntó él de repente.

Andy se sorprendió.

—De New Jersey.

—He conocido gente interesante en New Jersey, pero no recuerdo haber

visto nunca a nadie con tus facciones.

Andy suspiró. Tenía que decírselo, de todas formas no era nada como para ocultarlo.

—Bueno, es que mi abuela materna era nativa de Hawaii, más concretamente de Kauai.

—¡Vaya! ¿Y aún no has ido a conocer las islas?

—No, aunque he deseado ir toda mi vida, no me ha sido posible hasta ahora. Espero que este viaje me permita disfrutar de la unión que siento con esas tierras.

Andy miró a Daniel que parecía estar reflexionando sobre lo que le acababa de decir. Tal vez con aquello se había conformado, decidió, y se dedicó a mirar por la ventanilla.

A Daniel le había sorprendido que ella tuviese otros motivos, además de los profesionales, para querer ir a las Islas Hawaii, y que pusiese tanta pasión en ellos. No es que aquello lo molestara, pero ahora se daba cuenta de que por el beso que le había dado en el despacho, había estado a punto de renunciar a él. Aquel beso debía de haber sido algo realmente desagradable para ella, para poner en juego el cumplimiento de su sueño. Aquello le molestó, había sido algo fortuito. Él no había ido buscándolo, sin embargo tenía que reconocer que le había gustado, y mucho, el contacto con sus labios, había provocado en él una descarga de deseo como hacía años que no sentía. Llevaba días sin poder dejar de recordarlo, había intentado mantener las distancias para no asustarla. No quería que dimitiese otra vez, pero en ocasiones mientras estaban trabajando, se imaginaba a si mismo soltándole aquel remilgado moño y besándola apasionadamente. Hasta ese momento, no había podido imaginar que había sentido ella con aquel beso, pero si no fuese porque Andy deseaba realmente ir a las islas, se habría marchado. Resopló y se pasó la mano por el pelo. Sin duda aquella revelación debería bastarle para no volver a acercarse a ella.

—Espero que disfrutes de este viaje como deseas. Te prometo que no te molestaré— le dijo él de repente sorprendiéndola.

Andy lo miró abiertamente. No había esperado contestación de él. ¡Se había quedado tan callado! Y ahora le deseaba que disfrutase del viaje, pero lo más inquietante no había sido el comentario, sino la seriedad con la que se lo había dicho. ¿Estaría enfadado con ella? ¿Le habría molestado

que tuviese intereses personales en aquel viaje? De cualquier manera, ella no podía evitarlo, por lo que decidió que dejaría de pensar en ello y hacerle caso: Se relajaría y disfrutaría del viaje.

Durante el resto del viaje apenas hablaron. Lo pasaron durmiendo, viendo películas, leyendo y dando paseos al baño.

A las seis y veinticinco de la tarde, hora de las islas, estaban aterrizando en el aeropuerto internacional de Honolulu. Donde fueron recibidos además de por las azafatas, por nativas que obsequiaban a los turistas preciosas guirnaldas de flores Lei amarillas, color representativo de la isla de Oahu. El olor que brindaban aquellas maravillosas flores colocadas sobre sus hombros, el aroma de la isla: Cálido, húmedo, y afrutado, la envolvió. Cerró los ojos un segundo intentando atesorar ese momento, incrédula por estar viviéndolo por fin.

—¿Todo bien?— le preguntó Daniel frente a ella.

Abrió los ojos y lo vio observarla entre curioso y fascinado. No sabía que pensaría de ella en aquel momento, pero él jamás podría hacerse una mínima idea de lo que aquel viaje significaba para ella.

—Más que bien— le contestó con una radiante sonrisa. Pasó por su lado y se dirigió a la salida con paso decidido.

Recogieron el equipaje y se aproximaron al mostrador de la empresa de alquiler de coches. Habían decidido alquilar uno para viajar al norte de la isla. Eran los terceros en la lista, por lo que no tuvieron que esperar mucho, y media hora después, ya estaban en marcha.

Daniel se puso al volante mientras ella lo orientaba con el mapa.

—Calculo que llegaremos justo para cenar y acostarnos— le comentó ella mirando el mapa.

—Sí, hoy lo mejor es que descansemos. ¿Qué planes hay para mañana?

—Inspeccionaremos Sunset Beach y sus alrededores.

—¿Cuántos días estaremos aquí?

—En principio sólo uno. El verano es la época floja del surf, las olas están en todo su apogeo de noviembre a marzo, cuando llegan a alcanzar los diez metros de altura. El terreno y los recursos, nos permiten organizar aquí más actividades, pero este primer viaje lo voy a dedicar sobre todo a buscar localizaciones, hablar con clubs y tiendas de equipamiento de las distintas actividades y hacer algunas gestiones burocráticas sobre permisos

legales. Es la información que necesito para hacer un estudio preliminar.

Daniel soltó un largo silbido de admiración.

—¡Diez metros! ¡Vaya, eso sí son olas! — dijo Daniel con el entusiasmo de un adolescente enloquecido.

Andy se quedó perpleja mirándolo. Ella había hecho toda una disertación sobre los planes para aquellos días. Pero él no había oído más allá de los diez metros de altura de las olas. No pudo más que reírse. Era gracioso verle aquel brillo en los ojos.

—¿Por qué sonríes?— le preguntó él mirándola.

—Me ha hecho gracia el modo en que lo has dicho ¿tú surfeas?

Fue Daniel entonces el que le dedicó una traviesa sonrisa

—¿Por qué sonríes?

—¡Ya has caído a mis pies!— dijo socarrón — acabas de tutearme.

Andy tuvo que reconocer que lo había hecho.

—Está bien, pero de eso de rendirme nada, yo no me rindo ante ningún hombre — dijo riéndose con gesto altivo.

—No deberías decir eso, al menos conmigo. Me encantan los desafíos y podría tomarme este, como uno muy personal. —le contestó dedicándole una endiablada sonrisa.

Andy sintió como se ruborizaba de la cabeza a los pies.

—Bueno, contéstame, ¿surfeas?— le preguntó ella cambiando de tema.

—Sí, lo he hecho, me gusta bastante, pero nunca he probado olas de diez metros.

—Debe ser peligroso.

—Sí, muy peligroso. Hay que tener mucho dominio para atreverse a hacer algo semejante, sino es jugársela a lo tonto. Me gusta arriesgar en la vida, pero no merece la pena por una ola, por estupenda que sea.

A Andy le gustó que él pensara de aquella manera. Siempre había considerado estúpidas a las personas que arriesgaban su vida de manera innecesaria. Pero descubrió algunas cosas más. El resto del trayecto transcurrió en una agradable charla durante la que averiguó más, sobre los gustos deportivos de su nuevo jefe. Parecía ser todo un aventurero. Era lógico entonces que se hubiese decidido a desarrollar un proyecto como

aquel, en el que podía combinar su faceta como empresario, y sus gustos y pasiones. Era una buena combinación. Además los conocimientos que él tenía sobre aquellas actividad facilitaban en mucho su labor a la hora de enfocar el proyecto.

Cuando llegaron a Sunset Beach había empezado a oscurecer, y se dirigieron directamente a la zona de cabañas donde pasarían la noche.

Mientras Daniel cogía la llave y llevaba el equipaje, Andy se acercó a una tienda cercana para comprar algunos víveres, pero cuando estaba allí vio unos preciosos vestidos “*Muummuus*” y compró varios. Seguro que tendría oportunidad de llevarlos. De no ser así, le encantarían a su alocada hermana, y a su no menos alocada secretaria.

Al llegar a la cabaña, Daniel la estaba esperando

—Si que vienes cargada, deja que te ayude— le dijo cuando la vio entrar, le cogió casi todos los paquete, y los llevó tras una barra americana que separaba el salón de la cocina.

Fue entonces cuando Andy se fijó en la estancia. Era una cabaña acogedora, tenía el techo fabricado de capin, una mezcla espesa de paja y masilla. Las paredes de color mostaza y el suelo de azulejos de barro rojo. Una decoración *Tiki* que resultaba exótica y acogedora. Además disponían de todas las comodidades. Había sólo dos puertas, una daba a un completo baño con ducha y la otra al dormitorio cuyo centro lo ocupaba una enorme cama sobre la que había una mosquitera a modo de dosel. No lo pudo evitar, y soltó un pequeño suspiro.

—¿Qué ocurre?— le preguntó Daniel justo a su espalda.

—¡Me encantan las camas con dosel! ¡Son tan románticas!

Los doseles pertenecían a una de sus más ardientes fantasías de adolescente, que había mantenido con el tiempo. Y el habérselo confesado de manera tan espontánea, la hacía sentir tonta y avergonzada.

—Es sólo una tontería, será mejor que vaya a hacer la cena — dijo pasando junto a Daniel en dirección a la cocina.

—Yo te ayudaré. No te pago para que cocines para mí. Y te sorprenderás, lo hago bastante bien— le dijo él siguiéndola.

—No hace falta, me encanta cocinar— se apresuró a decir ella dándose la vuelta, con la mala fortuna, que al girar rápido se golpeó en una pierna con la mesa, y cayó en sus brazos.

Andy tardó un instante en olvidar el dolor del golpe y concentrarse en él. La rodeaba con sus fuertes brazos, abrasándola allí donde la tocaba: en la cintura y en el final de la espalda. Lo miró a los ojos y se le paró el corazón; era puro deseo, la miraba con el mismo deseo que sentía ella recorrer su cuerpo.

Daniel sabía que debía soltarla, pero le estaba costando horrores reaccionar. Andy era tan cálida, tan sensual, la deseaba y ella también lo deseaba a él, lo había visto en sus ojos. Fijó la mirada en sus labios, los tenía apenas a unos centímetros de su boca. Recordó el beso que se dieron días atrás y sintió como se endurecía. Si bajase sólo un poco, podría saborearla como había deseado hacer desde que la besara días atrás. Introduciría la lengua entre sus labios lenta y profundamente hasta invadirla por completo. Oyó que Andy soltaba un pequeño gemido y aquello lo hizo salir de su ensimismamiento.

—¿Te encuentras bien?— le preguntó incorporándola.

Andy hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Entonces— dijo separándose de ella—, será mejor que no te moleste estando por aquí en medio— dijo saliendo de la cabaña.

Después Andy necesitó sentarse unos segundos. Le temblaban las piernas. ¿Había estado a punto de besarla? Hubiese jurado que sí, y lo peor, había deseado que así fuera. ¡Ella no actuaba de aquella manera! Se recriminó, y no podía empezar a hacerlo ahora, por lo menos no con él. ¡No le convenía! Era un mujeriego. Mientras la miraba a ella de aquella forma, tenía un par de novias en Nueva York, el muy... canalla. No debía olvidar un dato tan importante. Si conseguía mantener la mente fría y recordar aquello, no volvería a tener problemas.

Media hora más tarde, había preparado la cena; un par de tortillas y algo de fruta, pero él no volvía. Y como al asomarse fuera de la cabaña no lo vio, decidió cenar sola e irse a la cama. Cuando terminó, dejó la cena de Daniel en la mesa y se marchó a su dormitorio. Le sacó unas sábanas y una almohada al salón. Él dormiría en la hamaca que había allí, decidió. Y después de eso se acostó.

A la mañana siguiente, cuando Andy se levantó, Daniel ya no estaba en la cabaña. Había cenado y dormido allí tal y como indicaban el plato vacío y limpio de la cena y las sábanas que había dejado sobre la hamaca, pero no había más rastro de él. Andy se dio una ducha, se vistió con uno de los

vestidos que compró el día anterior, y tras tomarse un zumo, se marchó con su cámara de fotos. Aquel era el primer paso en todo proyecto, tomar fotos y notas que le facilitasen la mejor ubicación de las instalaciones o actividades. Desde Nueva York llevaba ya echo un estudio de las propiedades que podían adquirir para dichas instalaciones, ahora tenía que hacer lo que ella llamaba “trabajo de campo”. Se trataba de estudiar sobre el terreno, las verdaderas posibilidades de aquellas propiedades, para ver realmente dónde les interesaba construir los complejos.

La tarea le ocupó unas cuatro horas antes de dirigirse a la playa mas cercana, ubicada próxima a la cabaña. Allí en el agua, sobre una tabla de surf, se encontró a Daniel. Andy se quedó petrificada. Llevaba un traje de neopreno corto que se ajustaba a la perfección a su no menos perfecto cuerpo. Era todo músculo; sus brazos, pecho, abdomen, piernas, trasero... En ese momento Daniel la vio y la saludó con la mano, ella repitió el gesto y se acercó con la esperanza de que él no hubiese notado su concienzudo repaso.

—¡Hola!— le dijo él con una sonrisa, mientras se acercaba a ella corriendo con la tabla —¿Has sacado muchas fotos?—, le preguntó señalando la cámara.

—Sí, creo que tengo más que suficientes, sólo me faltan algunas de la playa.

Andy se dio cuenta de que él la miraba concienzudamente.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en el pelo?— le preguntó mientras se lo tocaba. Había decidido dejárselo suelto y sujetarlo tan solo por la parte de adelante para que no le molestase al trabajar.

—No, estás preciosa. Te queda muy bien el pelo suelto y con ese vestido, parece que hayas vivido aquí toda la vida.

—En cierto modo así ha sido... en mi mente. Me voy a la cabaña, la comida estará dentro de hora y media— dijo ella dándose la vuelta con una sonrisa y marchándose de allí.

Daniel se quedó mirando el movimiento de sus caderas mientras se marchaba. Necesitaba otro baño frío, decidió. Se metió en el agua corriendo.

Durante la comida comentaron los datos que había recogido Andy. Tal y como ella había dicho, no necesitarían más tiempo allí. La tarde la dedicaría a terminar de recoger información y a la mañana siguiente

viajarían a Maui, todo según el plan, o casi todo, pensó él.



## Capítulo 5

Para viajar de isla a isla, habían decidido utilizar el avión o el helicóptero, dependiendo de las distancia entre ellas. Para aquella ocasión utilizaron el avión, por lo que en apenas treinta minutos estaban ya en Maui. Alquilaron otro coche, esta vez un todo-terreno, y se dirigieron hacia la playa donde tenían reservada otra cabaña.

—¡Esto es precioso!— comentó maravillada con el paisaje verde y más verde que se extendía ante sus ojos.

Pasaron por exuberantes zonas de bosque y preciosas cascadas, hasta llegar a una idílica playa llena de palmeras. La cálida y blanquecina arena, se extendía durante kilómetros por la costa. Tenía un aspecto mágico. Andy aspiró el aire llenando plenamente sus pulmones. Aquello era el paraíso, desde que pisó suelo hawaiano, se sentía en casa, como si se hubiese transportado a un mundo de ensueño, donde tenía la sensación de haber estado toda la vida.

—Pareces feliz— le comentó Daniel en ese momento, sacándola de sus pensamientos.

—Me siento feliz— le contestó ella con una sonrisa— Aunque creo que

sería completamente feliz si llegase a conocer Kauai— Al decir aquello, la añoranza de saber que estaría tan cerca y no podría verlo, hizo que el tono de su voz perdiese la alegría que expresaba momentos antes—. Para esa zona la verdad que tenemos actividades y recursos muy interesantes. Pero las personas con las que necesitaba contactar, no van a poder atenderme en esta ocasión. Tendré que volver en un par de meses para esas localizaciones. Sin embargo, no deja de apenarme estar tan cerca y no visitar la isla. Como te dije, es la isla de mi “*tutu*” Mi abuela. Ella nació, creció y conoció a mi abuelo allí. Estaba muy unida a esa tierra y a sus raíces. De niña nos contaba a mi hermana y a mi, historias y leyendas de las islas; como las de *Pele* y *Poliahu*, diosas del volcán y la nieve. Fueron los momentos más mágicos de mi infancia.

—Bueno, entonces no te importará que rompa tu planificación para estos días. Ayer recibí una llamada, y tengo que visitar la isla por motivos personales. Espero que no te importe que vayamos después de La Gran Isla.

Daniel no sabía por qué había dicho aquello, la verdad es que conocía bastante bien la isla. Tenía una casa allí en la que había pasado grandes temporadas de su infancia, pero no había pensado pasar por allí. Sin embargo cuando la vio ponerse triste por no conocer la isla donde nació su abuela, no lo había podido resistirse, y quiso complacerla.

Un pensamiento inquietante lo alertó: ¿qué demonios le estaba haciendo esa mujer? Primero lo obligaba a darse baños fríos cada dos por tres, luego se preocupaba por ella, ¿qué vendría después? ¿Pedirle matrimonio? ¡Uf!. Una cosa era desear a una mujer, y otra querer pasar el resto de su vida con ella. Sí señor, eran cosas muy distintas. Por suerte, sus pensamientos fueron interrumpidos por la llegada al claro, donde se encontraba la cabaña.

Había recogido la llave en el aeropuerto. Andy bajó del todo-terreno, y poniéndose una mano sobre la frente, miró alrededor. Aquello sí era un lugar de descanso; estaban rodeados por kilómetros y kilómetros de paradisíacas playas y vegetación. Estaban solos en un pequeño paraíso. Extraño porque el verano era la época de mayor afluencia de gente en las playas. Pero allí estaban, en aquella zona recóndita y solitaria. ¡Excitante! Le diría su hermana, pero para ella aquel momento era mas bien inquietante.

Bajaron las cosas del vehículo y las metieron en la cabaña. Ésta era muy parecida a la anterior, sólo que tenía dos dormitorios, noticia que sin duda, Daniel recibiría con agrado. Después de colocar sus cosas, decidió salir. Era una buena oportunidad para poner distancia con su jefe, e inspeccionar la zona. Se dirigió caminando hasta la playa, se sentó sobre la cálida arena y se quitó las deportivas para caminar descalza hasta el agua.

Daniel salió de la cabaña detrás de ella, pero permaneció en el porche observándola. Aquel día había cambiado el vestido hawaiano por un pantalón caqui corto y una camisa blanca sin mangas atada a la cintura. Le encantaba verla vestida de sport, sin aquellos serios trajes de trabajo y con el pelo suelto. En ese momento lo llevaba recogido en una coleta, pero algunos mechones se les escapaban acariciándole la sedosa piel de la nuca y el cuello. Estaba preciosa. Ahora la veía limpiarse la arena de las manos en la parte trasera de su pantalón mientras se dirigía al agua. La tela se le ajustó aún más a las redondeadas curvas de sus caderas y trasero. Tuvo que soltar un gemido y sintió como se endurecía. Lo estaba volviendo loco, y cada vez tenía menos claro por qué no podía acercarse a ella. Se repetía una y otra vez, que no quería que ella saliese huyendo, aunque eso resultara difícil de hacer encontrándose donde estaban. Luego pensó que ella no estaba interesada, y él odiaba a los hombres que acosaban a las mujeres. Pero lo cierto es que si le quedaba alguna duda de que ella lo deseaba también a él, la había disipado cuando estuvo a punto de besarla en la cabaña. Ella no sólo, no lo había apartado, sino que lo había mirado con pasión. Tal vez se lo negase a sí misma, pero estaba claro que se sentía atraída por él. Y si lo que necesitaba era un pequeño empujoncito para darse cuenta, él era el hombre indicado para dárselo. Sin dejar de mirarla ni un minuto, decidió que era el momento de intentarlo. Tal vez había llevado la situación de mala manera hasta entonces, pero tenía solución. Lo que estaba claro, era que así no podían seguir, y si de algo se vanagloriaba, era de ser un hombre que siempre ponía remedio a los problemas.

Daniel se dirigió a la playa. Allí observó a Andy metida hasta la mitad de los muslos en el agua. Parecía fascinada mirando al fondo, cuando vio que él se le acercaba, le dedicó una preciosa sonrisa y con un gesto de su mano, le indicó que no hiciese ruido. Él se acercó con máximo sigilo pero cuando llegó a su lado ésta le dijo:

—¡Los has asustado!

—¿A quiénes?— le preguntó él mirando donde ella tenía fija la vista.

—A los peces. Estaba rodeada de peces de colores brillantes. Ha sido maravilloso tenerlos tan cerca. Pero han salido todos corriendo en cuanto te has acercado — se quejó.

— Bueno, tal vez pueda compensarte por esto.

Ella lo miró suspicaz. No se fiaba de él, pensó Daniel, pero muy al contrario de ser un problema, aquello pondría más emoción a la conquista. Él no jugaba con las mujeres, cuando comenzaba una relación esperaba que durase. Pero le gustaba que le pusiesen las cosas difíciles, por eso mismo, en muchas ocasiones no llegaba a nada con las que solía conocer. La mayoría estaban interesadas en el dinero, en la posición social. Buscaban un matrimonio rápido, y a los dos días de conocerlas se empeñaban en demostrarle lo mucho que las necesitaba en su vida. Lo malo es que aunque no se relacionase con ellas, para la prensa si era así, y las personas que lo conocían, enseguida le colgaban la etiqueta de Casanova.

—¿Daniel?— le preguntó ella cruzándose de brazos.

Él fijó la vista en aquel gesto y en como se elevaban sus pechos al presionarlos con los brazos.

—¡Mmm...! Perdona, estaba pensando en una cosa. Mira, hoy ya tienes programado ese viaje en bote a Turtle Island, pero mañana si quieres te enseño a bucear en los arrecifes de coral, allí podrás ver todos los peces que quieras e incluso sacarles fotos con la cámara sumergible. Puede ser una experiencia interesante para ti, y seguro que te ayudará a planificar las actividades de buceo y snorkeling.

Daniel vio el rostro de Andy iluminarse de alegría.

—¡Oh, sí! realmente me encantaría, y tienes razón, será muy útil para mi trabajo.

—Bien, hemos hecho un trato — dijo Daniel, y se marchó.

Andy lo vio dirigirse a la cabaña. Tenía que reconocer que el viajar con él estaba resultando mejor de lo que imaginó en un principio. En aquel ambiente parecía más relajado, más a gusto. Eso, le podría resultar un problema, en aquel paraíso y realizando actividades juntos, como si estuvieran de vacaciones. Le costaba bastante recordar que era su jefe. Cuando volviese al trabajo en la oficina, le iba a costar un poco volver al tratamiento de superior.

Regresó a la cabaña. Preparó las cosas para la salida de aquel día, y se dirigieron a su recorrido en bote. Fue una tarde muy amena, charlaron sobre varias cosas, algunas sobre el proyecto, otras sobre la vida de ambos, y las horas se les pasaron volando. Daniel era un gran interlocutor. Tenía una conversación amena e ingeniosa. La hizo reír en varias ocasiones, y las horas pasaron volando. A eso de las nueve de la noche volvían a la cabaña, agotados y hambrientos. Tomaron una cena ligera a base de ensalada de patatas, quesos y fruta, y se fueron temprano a la cama.

A la mañana siguiente Andy se levantó llena de optimismo. Se puso el bikini y un vestido, y fue a la cocina a prepararse el desayuno. Estaba calentando agua para hacer café cuando Daniel salió de su habitación desperezándose y bostezando. Pero al verlo, no pudo evitar que se le cayera la cafetera llena de agua en el suelo de la cocina. Andy se agachó corriendo a recogerla, más que para limpiar el desastre, para dejar de verlo casi desnudo. Pero cuando iba a coger la bayeta para recoger el agua, él se la pasó de encima del fregadero. Andy levantó la mirada y lo volvió a ver con tan solo aquel ajustado bóxer negro que no dejaba a la imaginación absolutamente nada de su anatomía.

—¿Te ayudó?— le preguntó él con una sonrisa.

¿Se habría dado cuenta de que lo había mirado?

—No, no hace falta, pero si podrías ir a vestirte— se apresuró a contestar.

Él se agachó frente a ella dándole más carne para ver. Andy deslizó una mirada por sus anchos hombros, su musculoso torso, siguió bajando por su abdomen, firme y perfectamente cuadrado, y... la boca se le secó de repente.

—¿Me queda bien?— le preguntó él con una sonrisa pícaro.

—¿Cómo?— preguntó ella perpleja, y blanca como el papel.

—Qué si me quedan bien. Uno no sabe si acierta con la ropa interior hasta que no recibe el visto bueno de una mujer.

—Yo no estaba... — empezó a justificarse ella, pero se detuvo al darse cuenta de que no tenía mucho sentido negarlo cuando la había pillado de lleno. Encima quedaría como una tonta mojigata—. Pues la verdad es que aunque el color te favorece, el corte no tanto— le respondió con una mueca y se marchó a su dormitorio con gesto altivo.

Daniel, la vio dirigirse a su habitación. ¡Era guerrera! Eso le gustaba. Aunque tenía que reconocer que lo confundía. Pues al verlo, se había puesto colorada. Parecía que no hubiese visto muchos hombres desnudos aunque seguro que oportunidades no le habrían faltado. Pero después, en cuanto la picó un poquito, ella saltó muy digna. Aquella mujer cada vez le parecía más un misterio, un misterio que pensaba resolver.

Andy se metió en su dormitorio y comenzó a recoger las cosas que necesitaba para ese día, pero al cabo de unos minutos, se sentó en el filo de la cama. ¡Qué desfachatez! Preguntarle si le gustaban sus calzoncillos. ¡Pues claro que le gustaban! En el momento que lo había visto allí, casi desnudo, sintió que se mareaba. Lo peor es que él parecía saberlo y disfrutaba provocándola. ¡Hombre endiablado! Terminó de recoger sus cosas y salió de la habitación con la intención de fastidiarlo un poco metiéndole prisa para que se marcharan. Pero cuál fue su sorpresa, al encontrarlo sentado a la mesa, vestido, y con todas sus cosas preparadas.

—¿Te apetece un café? Hay recién hecho en la cafetera.

Andy aspiró el aroma, olía maravillosamente bien, pero no estaba dispuesta a darle ese gusto.

—En realidad prefiero té— le contestó.

—Pues entonces estás de suerte, porque también tienes en la tetera. Creí recordar que era lo que tomabas en tu casa.

Aquello si que la dejó sin habla. ¿Se estaría pasando con aquella guerra? ¡Le había preparado el té! Y ella pensando sólo en fastidiarlo. Quizás fuese mejor dejarse de niñerías. Darle las gracias y tomarse el desayuno sin rechistar. Lo único que conseguiría con aquella actitud era quedar como una cría y hacerse el día mucho más difícil.

Aun así, el desayuno transcurrió en un incómodo silencio, que aunque provocado por ella, la hacía sentir mal, pues parecía haberse perdido la camaradería del día anterior. Pero no hizo nada por solucionarlo, desayunó lo más rápido que pudo y se dirigieron a los arrecifes. El día anterior habían alquilado una lancha, colocaron el equipo y se metieron mar adentro hasta encontrar la mejor zona para bucear.

—Bien, este es un buen sitio— le dijo Daniel apagando el motor —. No está demasiado profundo, así te será más fácil.

—Perfecto — le dijo ella nerviosa.

—No te preocupes, sólo tienes que saber unas cuantas cosas. Además yo estaré contigo— le dijo él tranquilizándola. — Lo primero es proteger los corales. No los toques, ni siquiera con las aletas. El tacto más suave puede matar una colonia de corales. Hay que ser extremadamente cuidadosos.

—Entendido, ¿qué más?

—No te acerques a las aberturas de las rocas. Pueden salir morenas. Habitualmente son inofensivas, pero si se sienten amenazadas, pueden atacarte. En realidad la norma de no tocar es para todo ser vivo que encuentres. Son extremadamente delicados, cualquier cosa puede matarlos o hacerles sufrir grandes daños. Es muy tentador estirar la mano cuando se ven las maravillas que hay en esta agua, y mucha gente no es consciente de lo frágil que es este ecosistema. Hay que protegerlo.

—No te preocupes, no tocaré nada, te lo aseguro. ¿Alguna cosa más?

—Poco más. Creo que deberías usar un flotador especial, al menos para las primeras inmersiones sobre los corales. Te ayudará a mantenerte a flote y no arriesgarte a dañarlos. Cuando te sientas más cómoda con el snorkel, lo retiramos. ¿Estas de acuerdo?

—Tú mandas, yo obedezco.

—Perfecto, así debería ser siempre— le dijo él sacándole la lengua. Gesto que sorprendió mucho a Andy. Comenzó a reír sin parar. Se dio la vuelta para que no viese lo fácil que era para él alterar su estado de ánimo. Y comenzó a centrarse en la tarea de ponerse la equipación.

Daniel vio como Andy se quitaba el vestido y lo echaba a un lado sobre la cubierta. En el momento en que la vio, tuvo que sentarse. Llevaba un diminuto bikini blanco con algunas hojas en fucsia que resaltaban con el dorado de su piel. Parecía una diosa. Deslizó la mirada por sus turgentes pechos, la estrechísima cintura, y su redondeada cadera de la que suspendía el fino cordón blanco de la parte inferior del bikini,. Las piernas torneadas, parecían firmes e interminables frente a él...

—¿Te gusta?— oyó que le preguntaba Andy— Una chica no sabe si ha acertado con sus bikinis hasta que no recibe la opinión de un hombre— le dijo ella.

Juego, set y partido, pensó Daniel. Acababa de darle una lección. Pero él no podía salir huyendo como ella lo había hecho en la cabaña. Ni esconder las evidencias de lo mucho que le había gustado aquel bikini.

—No está nada mal— dijo levantándose y haciendo evidente su erección —. Y ahora, si me disculpas, necesito otro baño frío— y se tiró al agua.

Andy se quedó estupefacta mirándolo ¿le había hecho ella eso? Aquel pensamiento, muy a su pesar, le provocó un irremediable calor. Sí, no sólo se lo había provocado ella, sino que además no había tenido ningún pudor en enseñárselo. Aquello no estaba bien. Ella no podía estar disfrutando excitándolo, no a él, ¡era su jefe!, un mujeriego. Si descubría que le gustaba intentaría seducirla y llevársela a la cama, y ella tendría que dejar su trabajo. Tenía que dejar de pensar en él. Aprovechó que seguía en el agua para mojarse y ponerse el traje. Cuando subió a la lancha, ella ya estaba enfundada en el suyo, aunque aquello no tranquilizaba para nada a Daniel, que veía como se ajustaba perfectamente a las exuberantes curvas por las que minutos antes, había deslizado su vista.

Después de colocarse el equipo, ambos se sumergieron en el agua. Para Andy aquello fue como un sueño; era algo precioso. En ocasiones se había maravillado viendo reportajes de submarinismo en televisión, pero estar allí, rodeada de peces loro, corales, algas, erizos de mar y hasta aquellos maravillosos peces ballesta picasso. Los que huyeron de ella en la playa cuando Daniel los espantó. Estuvieron buceando a ratos para que ella no se agotara y al cabo de hora y media, cuando estaban a punto de subir a la lancha a recoger, algo le rozó la pierna en la única zona de su cuerpo que tenía a la vista, la pantorrilla. La descarga eléctrica que le propinó la obligó a dar un grito.

—¿Qué te ocurre?— le preguntó él que ya había subido hasta la barca. Estiró los brazos y la elevó para subirla con suma facilidad.

—¡Oh, Dios! Duele horrores. ¡Esa maldita medusa me ha abrasado la pierna!— el dolor que la atravesaba era el más intenso que hubiese sentido jamás. Como si la hubiesen quemado con un hierro para marcar reses. Sentía como se le deshacía la piel, y prefería que se le cayera a jirones a seguir sintiendo aquel horror.

—Déjame ver... Es la picadura de una carabela portuguesa. Es normal que estés así. Su picadura es una de las más dolorosas.

—¿Y qué puedo hacer? No he traído nada para las picaduras de medusa. Mi botiquín está lleno de repelente de mosquitos, lociones protectoras para el sol, un spray humificador, gasas y desinfectantes para heridas, pero

nada para estos diabólicos bichos— se quejó con una voz estridentemente aguda, que revelaba el calvario por el que estaba pasando.

Daniel sabía que era verdad, le había sorprendido y hecho gracia en la misma medida, que ella fuese a todas partes con aquel completo botiquín. Estaba muy graciosa cuando sacaba a relucir su faceta perfeccionista y previsor, que la asemejaba a una remilgada institutriz. Pero aquel no era momento para divagar sobre sus costumbres. Ciertamente era un problema que no dispusiesen de aquella loción. Sólo se le ocurría un remedio, pero no sabía si a ella le iba a gustar.

—Muy bien, lo primero es quitarte el traje— le dijo resolutivo.

Ella seguía quejándose con cada movimiento.

—¿Y ahora?— preguntó impaciente.

—Ahora tienes que orinarte encima, e intentar que la mayor cantidad de orina caiga en la herida. También puedes orinar en este bote y aplicamos la orina con gasas.

—¿Estás bromeando? ¿Me tomas el pelo?— le dijo ella atónita sin terminar de creer lo que acaba de salir de su boca.

—Es la única opción que tenemos Andy. Los nativos la usan constantemente cuando sufren las picaduras de las carabelas. Hay que reblandecer la zona y la orina alivia el dolor inmediatamente. E imagino que para ti será mucho menos incómodo que seas tú la que orine en la zona afectada, ¿Pero si quieres que te ayude también con eso?...

—¡Oh, Dios! Ni se te ocurra repetir esa horrible idea otra vez. ¡Lo haré yo sola! Pero no puedo contigo aquí delante. Tendrás que desaparecer.

—¿Quieres que baje al agua con esa horrible carabela paseando por ahí? — le dijo él fingidamente atemorizado. Cuando vio que ella se debatía en serio entre aliviar su dolor perdiendo a la vez parte de su dignidad orinando frente a él, o insistir en que se tirara al agua, decidió darle un respiro y facilitarle la situación.

—Tranquila estaba bromeando, No es un tiburón. Estoy seguro de que ya ni se encuentra por aquí. Te dejo sola, pero si me necesitas, solo tienes que gritar— le dijo saltando de nuevo al agua.

Finalmente Andy muerta de dolor, no quiso perder un minuto más y en cuanto el cayó en el agua, se apresuró a coger el bote que él le había enseñado segundos antes. Orinó en él e impregnó algunas gasas para

depositarlas en la picadura. Daniel tenía razón. El alivio fue casi inmediato.

—¿Te sientes mejor?— preguntó Daniel subiendo a la barca minutos después.

—Sí, tenías razón. Ha sido un verdadero alivio. Disculpa que te haya hablado así. El dolor era insoportable, sé que sólo querías ayudar.

—Sí, has sido mala conmigo— le dijo aparentemente molesto.

Andy se sintió culpable hasta que vio una sonrisa burlona pasearse por sus labios, le estaba tomando el pelo.

—Está bien gracioso. ¿Y ahora qué hacemos?— le dijo ella devolviéndole la sonrisa.

—Pues ahora hay que lavar abundantemente esa herida. Volveremos a la orilla y allí quitamos las gasas para poder hacerlo.

A Andy le pareció una gran idea. El snorkell había sido maravilloso hasta el ataque de aquella medusa. Y ahora su único pensamiento era el de darse una ducha.

Al regresar a la cabaña, fue directa al baño. Al salir Daniel la estaba esperando.

—¿Te apetece comer ahora?— le preguntó mostrándole unos sándwiches.

Sí, la verdad, estoy hambrienta — le contestó ella.

Cogió el plato que él le había preparado y una botella de agua y ambos salieron al porche a disfrutar de su comida. Se sumergieron en otra amena conversación de la que le costó mucho salir, para tener que ponerse otra vez a trabajar. Aunque tal vez fuese lo mejor, ya que cada vez se sentía más a gusto con él.

Daniel decidió dejarla tranquila aquella tarde. Aunque hubiese preferido que siguiesen hablando. Quería saber muchas más cosas sobre Andy. Le provocaba una tremenda curiosidad. Ella era la suma inquietante de un montón de contradicciones que estaba ansioso por entender. Pero ella había preferido trabajar, y él no quería agobiarla, por lo que se dedicó a hacer unas llamadas por teléfono a los guardeses de su casa en Kauai y a la empresa. Cuando empezó a anochecer, preparó la cena y la sirvió en la mesa que había en el porche de la cabaña. Andy agradecería encontrársela hecha.

—¡Hola!— lo saludó ella a su espalda —¿Qué es todo esto?— le preguntó subiendo los escalones y colocándose a su lado.

—Pensé que te gustaría cenar aquí fuera esta noche— le dijo él.

—Sí, es una buena idea, además tengo mucha hambre, ¡y todo esto tiene muy buena pinta!— le dijo sentándose mientras él le apartaba la silla.

Se sintió halagada y encantada con aquel gesto.

Cenaron relajadamente y cuando terminaron recogieron la mesa juntos, y dejaron las cosas en la cocina.

—No mentías al decir que sabías cocinar. Aunque no creo haber leído esa cualidad tuya, en ninguno de los artículos que salen sobre ti en las revistas— le dijo ella dejando las últimas cosas en la encimera y saliendo de la cocina.

—Aprendí a hacerlo en la universidad. Compartía piso con tres compañeros y nos repartíamos las tareas. A mí me tocaba cocinar los martes y jueves— dijo él con una arrebatadora sonrisa—. Y bueno... Hay muchas cosas que no se saben de mí, y las que cuentan tampoco suelen ser verdad. No deberías creer todo lo que sale en la prensa, Andy.

—Sí, recuerdo que en una conversación que tuvimos, comentaste algo sobre ser mal juzgado. Pero creí entender que te referías a que te relacionaban con muchas mujeres con las que no tenías nada— Andy hizo el comentario ocultando su rostro tras la copa de vino que estaba tomando, para que él no sobre su vida privada.

—Sí, es cierto. Tienes suerte de que esto no esté lleno de periodistas, sino saldrías en los periódicos de mañana— le dijo acercándose peligrosamente a ella.

—Y eso... ¿Por qué?— preguntó ella casi sin aliento. Estaban tan juntos que podía sentir el calor de su piel, compartir su aliento. Empezaba a costarle respirar, pero aún así, no encontraba las fuerzas para apartarse.

Daniel inclinó la cabeza y posó sus labios sobre los de ella. Los acarició suavemente con la lengua; sabía como una jugosa fruta. Estaba dulce, demasiado dulce, sino paraba en aquel momento se la comería toda. Se separó ligeramente de ella y la observó aún con los ojos cerrados. Estaba preciosa.

—Buenas noches Andy— le dijo aún frente a sus labios, y se marchó.

# 6



## Capítulo 6

Andy no había podido dormir bien en toda la noche. Después de que él la dejara totalmente excitada en el salón, se marchó a su dormitorio y se sentó en la cama. No podía dejar de tocarse los labios. Había sido un beso tan... sensual, tan excitante, aunque la primera vez que se besaron también lo fue, habían sido besos completamente diferentes. El primero fue fiero, arrebatador, pero éste había sido tan dulce, tan íntimo, que desde el primer momento que lo sintió, se quedó sin aliento. Podía sentir vivas cada una de las células de su cuerpo, y cuando él se apartó, fue como si la privasen del aire para respirar. Necesitó un buen rato para recomponerse.

—¿Andy?— la llamó Daniel en ese momento al otro lado de la puerta de su dormitorio

Andy se levantó de la cama y la abrió.

—Ya salgo — le dijo.

Daniel se la quedó mirando. Estaba preciosa con aquel camisón de algodón corto. Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a hablar, y dejar de mirarla.

—Sueles te levantas antes que yo...— le dijo justificando su llamada.

—No te preocupes, enseguida salgo— cerrando la puerta en sus narices. C cogió la ropa, y se cambió.

Tal vez había sido muy seca con él, pero era la determinación que había tomado después de horas sin poder dormir. Tenía que mantener las distancias. ¡Él tenía novia! ¿Se había dejado la decencia en Nueva York? Si él quería divertirse, que lo hiciese con otra, ella no había sido nunca plato de segunda mesa y no iba a empezar en ese momento.

Se vistió y salió de la habitación. Media hora más tarde estaban ya de camino. Irían en el todo-terreno hasta un punto y luego seguirían caminando.

—¿Te ocurre algo?— le preguntó él tras una hora de camino, y haber dejado el todo-terreno para comenzar a caminar. En todo el trayecto ella no había dicho ni una palabra, y se estaba preocupando.

—¿Tendría que pasarme algo?— le dijo ella con un tono furioso que no pudo evitar.

—Es evidente que sí— comentó a su espalda.

Andy se dio la vuelta furiosa.

—¿Se puede saber a qué demonios estás jugando?— le espetó ella dándose la vuelta.

Daniel se quedó sorprendido. ¿Qué se suponía que había hecho ahora para que ella estuviese así?

—No te entiendo, yo no estoy jugando.

—Seguramente tu novia no opinará lo mismo. ¿O le gusta que vayas besando a otras mujeres por ahí?

—¿Mi qué?— le preguntó él sorprendido.

—Tu novia. Te he visto en las revistas con la hija del Senador Harris. Según la prensa sois la pareja del año.

Daniel se quedó estupefacto, ¿ella ponía distancia entre los dos porque se creía lo que decían las revistas?

—¿En serio crees que te besaría como lo hice anoche si estuviese saliendo con otra?— le dijo acercándose tanto a ella que casi se tambaleó.

La fuerza con que él dijo aquellas palabras, la abrumó. Parecía sincero, pero era un mujeriego. ¿Qué palabra tenía un mujeriego en asuntos del corazón?

—Yo... no lo sé.

—Pues te lo digo yo: ¡No!— Daniel se pasó la mano por el pelo resoplando— Mira, he podido hacer muchas cosas en mi vida, pero nunca he jugado con una mujer— terminó diciendo a escasos centímetros de ella.

—Bien.

—Bien— repitió él sin dejar de mirarla.

Andy comenzó a ponerse nerviosa. De acuerdo, él no tenía novia, pero

seguía siguiendo su jefe. No podía tener nada con él porque después tendría que dejar su trabajo. Y ahora estaban allí, tan cerca... Si se inclinaba un poco, podría besarla de nuevo...

Daniel vio la duda en los ojos de ella, tal vez no lo había creído o simplemente había algo más. De cualquier manera, decidió darle algo más de tiempo para acostumbrarse a la idea.

—Ahora que hemos dejado claro este asunto, supongo que podemos seguir caminando— dijo él, y pasando por su lado, siguió adelante.

Siguieron caminando en silencio otra hora más. Caminaban por zonas de bosques, llenas de vegetación frondosa. El ambiente era caluroso y húmedo.

—¿Quieres descansar un rato?— le dijo Daniel.

—Me encuentro bien, puedo seguir caminando. Deberíamos seguir con este ritmo al menos dos horas más.

—¿Y los soportarás?— le preguntó él escéptico.

—Parece que tú tampoco sabes nada sobre mí— le contestó ella con una sonrisa.

—Esto tiene fácil solución, ¿no te parece?— le preguntó él acariciándole el labio inferior con el pulgar.

Aquel pequeño contacto estaba haciendo estragos en su sistema nervioso, pensó. Se humedeció los labios y vio como Daniel la miraba allí por donde se había pasado la lengua y se inclinaba. Andy se estaba preparando para aquel beso cuando Daniel se apartó.

—Pero no tiene que ser ahora— le dijo él.

Andy quería estrangularlo en ese momento, ¿por qué no la había besado? Y aún peor, ¿por qué estaba tan enfadada porque no lo hubiese hecho? ¡Sí ella no quería que lo hiciera! Porque no quería, ¿no? ¡No, no quería! Decidió.

Mantuvieron el ritmo dos horas más, tal como había dicho Andy, pero para sus adentros tenía que reconocer, que llevaba más de media hora soñando con sentarse. No podía más, ¡estaba agotada! Pero cuando pensaba que estaba a punto de desmayarse, creyó ver el paraíso. Frente a ellos, se abría el camino a una espectacular cascada, sobre un precioso lago, todo rodeado de vegetación. Un pequeño paraíso dentro del paraíso.

—¿Te apetece un baño?— le preguntó a Daniel tirando la mochila sobre

la hierba.

—¡Claro!

Andy no había esperado bañarse aquel día, por lo que no iba preparada para ello. Se quitó el pantalón corto y la camisa, quedando con el conjunto de ropa interior que constaba de braguita culote y una camiseta de tirantes por encima del ombligo. Le encantaba la ropa interior deportiva, era muy cómoda y también lo sería para bañarse.

En cuanto la vio Daniel con aquel conjunto rosa pálido, agradeció estar ya en el agua. Siempre le había parecido muy sexy la ropa interior deportiva, pero en ella, era devastadora. La vio tirarse al agua y la siguió buceando hasta recorrer el lago nadando. Era un lago pequeño pero muy íntimo. El lugar perfecto para un encuentro amoroso, pensó. Tenía que contenerse, quería hacer las cosas despacio con ella, pero le estaba resultando cada vez más difícil.

—¿Vamos bajo la cascada?— le dijo ella entonces, señalándola.

—Me parece una buena idea. Venga, te echo una carrera.

A Daniel no le dio tiempo a terminar la frase, cuando ella ya estaba nadando. Era rápida, y fue a por ella.

Daniel nadó a toda velocidad pero no consiguió alcanzarla hasta que llegaron bajo la cascada. La agarró por un tobillo y tiró hacia sí hasta que la tuvo frente a él.

—¡Suéltame, has hecho trampa!— protestó ella.

—No he hecho trampa, sólo soy un hombre de recursos— se defendió él riendo.

Andy forcejeó intentando soltarse mientras se reía. Daniel la subió en vilo y se quedó petrificado; a través de la fina tela de algodón de su camiseta, pudo observar sus oscuros pezones irguiéndose contra la tela. Andy siguió la dirección de su mirada, y se ruborizó.

—Suéltame— le dijo en un susurro.

—No voy a hacerlo, esta vez no— le contestó él muy serio.

—¿No?— Preguntó ella con un hilo de voz.

Daniel no contestó. Sin dejar de mirarla y aún en vilo, la deslizó por sus manos bajándola hasta dejarla a su altura, completamente pegada a él. Sus manos, al deslizarse por sus costados, quedaron bajo la camiseta, justo bajo sus pechos. Andy lo miraba jadeante, expectante a su próximo movimiento.

No se apartó, ni volvió a pedirle que él lo hiciera, por lo que se lo tomó como una invitación. La agarró con fuerza y la pegó más a él. Cada centímetro de su piel estaba unido a los suyos. Sin dejar de mirarla ni un momento a los ojos, fue levantando las manos hasta que coronó uno de sus pechos. La vio abrir los labios, y cuando acarició su pezón con el pulgar, exhaló un pequeño gemido. La suave rendición de ella provocó en Daniel una descarga de deseo. Con la otra mano, la agarró bajo el trasero, elevándola hasta su sexo. Quería que sintiese lo que le estaba haciendo. Le dio un beso en el hueco de la clavícula y después ascendió con su lengua trazando un camino hasta sus labios ante los que se detuvo.

Andy había dejado de pensar en cuanto él introdujo la mano bajo su camiseta. El deseo se apoderó de ella. Sentía como le palpitaba el sexo húmedo y caliente. Nunca en su vida había sentido una excitación igual. El mundo se desvaneció a su alrededor y sólo podía pensar en que quería que la besara, la tocara y acariciara donde no lo había hecho antes nadie. La estaba volviendo loca y no podía dejar de pedir más.

—Daniel...— dijo su nombre en un susurro mientras él ascendía por su cuello. Sentía que la abrasaba allí donde la acariciaba con la lengua.

—Dan...— le pidió ella cuando se detuvo frente a sus labios.

Daniel se acercó un poco más ellos.

—Repítelo — le dijo.

—Dan...— lo volvió a nombrar.

Daniel mordisqueó suavemente su labio inferior y luego comenzó a lamerlos. Cuando Andy pensaba que se volvería loca por la anticipación, el introdujo su lengua apoderándose de su boca. La besó, la succionó y saboreó hasta oírla jadear junto a su boca.

Andy se encontraba como en una nube. Sentía como le corría la sangre por las venas, rápido, mareándola, haciéndola sentir plenamente viva por primera vez en su vida. Quería estar más cerca de él y abriendo las piernas, las enlazó alrededor de su cintura. Entonces él sin dejar de besarla, la agarró por el trasero y Andy se arqueó contra él. Podía sentir su duro sexo clavarse en el suyo. Se sintió poderosa, era ella la que le provocaba aquellas reacciones y quiso experimentar. Quiso tocarlo y descendió una mano entre los dos, hasta que abarcó con ella aquella dura y poderosa parte de su cuerpo. Estaba caliente y la necesidad de tenerla dentro se hizo imperiosa.

—Andy, necesito hacerte el amor— le susurró él al oído.

¡Amor! Aquella palabra taladró su mente hasta llegar a su lucidez.

Andy se apartó de él de repente empujándolo.

—No puedo seguir con esto— le dijo entonces. Se fue nadando y salió del agua.

Daniel se quedó allí mirando como se iba ¿Qué demonios había pasado? Parecía que habían llegado a un entendimiento, y de repente, se alejaba dejándolo con una terrible necesidad de ella. Tal vez se había precipitado, pero juraría que la había sentido preparada.

Andy se dirigió a su ropa y se vistió precipitadamente. Había estado a punto de acostarse con su jefe. Él no la amaba. En ningún momento habían hablado de amor, apenas se conocían, y qué pensaba él que tuvieran ¿una aventura? Y luego qué, ¿verlo todos los días en el trabajo y de vez en cuando en la prensa con otra? No, definitivamente no. Había huido toda la vida de que la utilizaran para el sexo. Los hombres se le acercaban y cuando ella se negaba a hacerlo a la primera de cambio, ellos se marchaban. No había consentido que la utilizaran en toda su vida y no iba a empezar ahora, aunque estuviese enamorada de él.

¿Enamorada de él? No podía haberse enamorado de él. ¿Cuándo?... ¡Maldita sea! El cuándo no era importante, el cómo, sí. ¿Qué iba hacer? no le quedaban muchas opciones. En realidad sólo le quedaba una, una aceptable: en cuanto volvieran a Nueva York, dimitiría.

—Andy— oyó que la llamaba Daniel a su espalda.

Andy resopló. Tarde o temprano tenía que enfrentarse a él.

—¿Qué?— le contestó ella girándose.

Daniel la cogió por los hombros, y le levantó la cara por la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Andy, ¿qué ha pasado?

—Mira, yo lo siento mucho, pero no puedo seguir con esto.

—¿Sales con alguien?— le preguntó. Era algo que se había planteado estando en el agua, y aunque no le había gustado nada aquella idea, sentía la necesidad de aclararlo.

—¡No! ¿Cómo puedes imaginar que estoy saliendo con alguien después de...?

—¿Después del maravilloso encuentro que hemos tenido en el lago?—

terminó él con una sonrisa mientras se acercaba más a ella y le acariciaba la barbilla.

Andy se apartó.

—No, no me lo pongas más difícil, te he dicho que no puedo seguir con esto. Es más, en cuanto volvamos a Nueva York, dejo el proyecto y el trabajo— después de decir aquello Andy se marchó corriendo.

Daniel se quedó allí petrificado. Al cabo de unos minutos cogió su ropa, se vistió y esperó. Ella probablemente había ido a hacer sus fotos del lugar, tarde o temprano volvería y entonces tendrían que hablar. Pero cuando ella volvió tres horas después, él estaba ya tan furioso que había perdido todos los buenos propósitos que guardó en un principio.

—¿Has tardado mucho!— le espetó en cuanto la vio.

—Estaba haciendo mi trabajo— le contestó ella en el mismo tono. Según parecía no se había equivocado nada con él, era como todos los demás. En cuanto ella decía que no, perdían el interés. Bonito cuadro habría hecho entregándose a él.

—No te digo que no lo hayas hecho, de sobras sé que eres muy competente, pero has tardado demasiado, estaba preocupado.

—¿Por la comida tal vez?

—¡Demonios, mujer! ¿Por qué tienes que ser tan retorcida? Estaba preocupado por ti ¿Tan difícil de concebir te parece la idea?

Andy se avergonzó al instante de su comentario.

—Lo siento.

—No importa. Creo que hay más malentendidos entre nosotros, de los que podamos soportar, por lo menos hoy, pero ya hablaremos, no te quepa duda.

Andy tragó saliva. No quería hablar con él sobre ningún posible malentendido. No había ninguno. Y hablar con él, de algo remotamente personal, la podía poner al descubierto. Por nada del mundo quería que él descubriese que lo amaba. Lo mejor sería llevarle la corriente, ya se escabulliría del tema más adelante.

—De acuerdo, pero ahora será mejor que nos vayamos, o llegaremos muy tarde a la cabaña.

—¿Tienes prisa?— le preguntó él.

—En realidad sí. No quiero llegar demasiado tarde, estoy agotada, necesito descansar y mañana tengo un terrible día de contabilidad.

—Bien, si se trata de eso solo, pongámonos en marcha— dijo empezando a caminar—. Pero me parece una excusa muy conveniente, para no tener que hablar mañana tampoco conmigo.

—Si estás insinuando que estoy huyendo de ti...

—¿Si?— preguntó él provocador.

—He de decirte que no huiría de ti por nada del mundo. En realidad cuando se te tiene cerca, no impresionas mucho.

—Vaya, eso no es muy halagador. Y me obligas a tener que recordarte que no era eso lo que pensabas hace un rato... en el agua.

Andy sintió como le ardían las mejillas, pero finalmente se volvió y le dijo:

—Sabes, una mala tarde la tiene cualquiera— le dijo sonriendo.

—Sonríe, sonríe, nos quedan algunos días aquí todavía, y no tengo nada mejor que hacer que demostrarte lo que ha sido esta tarde una y otra vez— le contestó con una endiablada sonrisa. Lo que provocó que a Andy se le borrara la suya de la boca.

No había querido provocarlo, pero parecía que aquello era exactamente lo que había conseguido. ¡Puf! resopló. A menudo su amiga Natalie la llamaba bocazas, y hasta aquel momento no se había dado cuando de cuánto lo era.

Daniel había salido andando delante de ella cuando terminó su discurso, por lo que se apresuró a seguirlo.

El camino de vuelta lo hizo pensando que era lo que iba a hacer. Iba a ser prácticamente imposible eludir el tema, y no hablar con él. Sabía lo persistente que podía llegar a ser, sencillamente lo temía.

Caminaron todas las horas de vuelta en silencio. Andy estaba agotada y cuando llegaron al coche, no podía creerlo. Se subieron en el coche, y mientras Daniel conducía, ella se acomodó estirando las piernas y apoyando los pies sobre la ventanilla.

—¿Te duelen los pies?— le preguntó Daniel.

—Sí, bastante— confesó ella.

—Si quieres te doy un masaje cuando lleguemos— se ofreció él.

A Andy la sola idea, la hacía delirar de placer, pero no estaba dispuesta a caer en la tentación.

—No hace falta, si los pongo en alto el viaje de vuelta, cuando lleguemos estarán mejor.

Cuando llegaron a la cabaña, Andy estaba profundamente dormida. Daniel aparcó el todo-terreno frente a la puerta y se la quedó mirando. Parecía un ángel, estaba preciosa dormida. Le apartó un mechón de pelo de los ojos y rodeó el coche. Con mucho sigilo, abrió la puerta y la cogió en brazos para meterla en la casa. Ella se revolvió un poco en sus brazos, pero no se despertó, al contrario, se acurrucó contra él pasándole una mano por el pecho. Daniel contuvo la respiración. ¡Cómo le gustaría poder besarla en aquel momento! La pasó a través de la puerta y cuando fue a cerrarla, ella se despertó.

—Buenos días bella durmiente— le dijo con una sonrisa sin soltarla.

—¡Hola!— dijo ella frotándose los ojos —¿Pero qué hago...?— comenzó a preguntarle cuando al abrir los ojos, se vio en sus brazos.

—Estabas dormida y me dio pena despertarte.

—Gracias, pero ya estoy despierta. Puedes bajarme— le dijo.

—Si quieres, te llevo a la cama— le dijo él con fingida inocencia.

—No será necesario, me encuentro bien— dijo ella bajando de sus brazos, pero cuando puso los pies en el suelo, la mueca de dolor de su rostro lo expresó todo.

—Deberías aceptar mi oferta— al ver el gesto de ella, le aclaró — me refiero al masaje.

—Ya te dije que no era necesario.

—Pues yo creo que sí, y cuando te pones así de testaruda, tengo que ser yo, el que tome las decisiones.

Ella hizo un amago de protestar pero él la detuvo.

—Mira, es por tu bien. Si no te curo las heridas de los roces de las zapatillas y dejas que te de un masaje, mañana no podrás caminar.

Andy tuvo que reconocer que estaba en lo cierto.

—De acuerdo— concedió ella.



## Capítulo 7

Daniel llevó a Andy a su dormitorio y la dejó sobre la cama.

—En serio Daniel, no es necesario...— le dijo Andy muerta de miedo. Estaban en su cama, sabía el poder que tenía sobre ella. Al tocarla estaría perdida.

—¿Te encuentras bien? Te estás poniendo pálida— le dijo él que la observaba atentamente.

—Sí, no te preocupes, es sólo que... ¡Mm!— Andy no pudo evitar soltar un gemido en cuanto comenzó a masajear sus pies terriblemente doloridos —¡Oh, Dios! ¡Eres bueno!— Se admiró— debes de tener mucha práctica.

—Sí, un poco. Tengo que reconocer que estoy muy solicitado.

Andy se molestó. ¿Se dedicaría él a masajear a todas las mujeres que quería ligarse? ¿Sería ella una más en su lista?

—Sí, estoy segura de que sí... Bueno, ya estoy mucho mejor, gracias— le dijo apartando el pie de repente.

—Si tú lo dices... — dijo levantándose, y dirigiéndose a la puerta— espero que pases buena noche.

—Tú también— contestó ella.

—Yo la voy a pasar, seguro.

Andy lo miró con cautela, sabía que no debía preguntar, pero la curiosidad fue más fuerte.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porqué voy a soñar contigo— le dijo con una sonrisa, y cerró la puerta a su espalda.

Andy se echó en la cama y se tapó la cara con la almohada. ¿Por qué tenía que decirle aquellas cosas? ¿No se daba cuenta de que hacía las cosas más difíciles? Tal vez lo hiciese precisamente por eso, pensó. Decidió darse una ducha y se metió en la cama. Esperaba pasarse la noche sin dormir, pensando en Daniel, como le venía ocurriendo últimamente, pero para su sorpresa, en cuanto posó la cabeza en la almohada, entró en un profundo sueño.

Andy se despertó bien entrada la mañana. Se alegró de haber podido dormir bien después de tantos días, pero cuando miró el reloj se asustó, ¡eran casi las doce! No había dormido hasta tan tarde desde que estuviera en el instituto. Si su madre la viese en ese momento pensaría que estaba enferma, pensó sonriendo. Ella siempre le decía que debía dormir más, trabajar menos, y salir con algún buen chico. Lo que no sabía su madre, era que ya no existían los buenos chicos, al menos no se cruzaban por su camino. Decidió llamarla en cuanto terminase de desayunar. Se vistió con uno de sus vestidos hawaianos, se recogió el pelo y salió de la habitación. El comedor estaba completamente vacío. Daniel debía haber ido a dar una vuelta. Mejor, pensó, ella debía quedarse todo el día allí trabajando y tenerle cerca, cuanto menos, sería una distracción.

Desayunó, se lavó los dientes y la cara y llamó a su madre, pero ésta no estaba, seguramente habría ido a la floristería de Alice.

Alice era la mejor amiga de su madre y como una tía para sus hermanos y para ella. Cuando eran pequeños solían ir mucho a su floristería, y de adolescentes, durante los veranos, la ayudaban en el invernadero.

Como su madre no estaba, le dejó un mensaje en el contestador y se puso a trabajar. Sacó el ordenador portátil, las notas, y la cámara para descargar las fotos en el ordenador.

Estaba tan metida en su trabajo, que dos horas después, cuando Daniel entró en la cabaña, ni lo oyó. Éste se acercó por atrás y le sopló en la nuca.

— ¿Qué haces? ¡Me has dado un susto de muerte!— le reprochó ella volviéndose sobresaltada, con una mano en el pecho.

—Lo siento, no lo he podido evitar— se disculpó él con una sonrisa.

—¿Qué, asustarme?— le dijo ella enfadada.

—No, el acariciar aunque sólo fuese con mi aliento la sedosa piel de tu nuca— le dijo él pasando un dedo por allí.

Andy pasó del enfado al delirio en segundos, sintió como un escalofrío atravesaba su espalda hasta donde él la estaba tocando. Decidió apartarse.

—¿Te has divertido?— le preguntó cambiando de tema mientras se levantaba y ponía distancia de por medio.

—La verdad es que sí, he estado pescando— dijo levantando un arpón con varios pescados clavados— hoy haré yo la comida, ¿te gusta el pescado?

—Sí, me gusta mucho.

—Entonces decidido, tú pones la mesa, mientras yo hago la comida.

—Me parece justo, pero ¿necesitarás ayuda?— Daniel la miró con una orgullosa sonrisa— Cariño, estás hablando con un profesional...

Andy rió con el comentario. Tenía que reconocer que era un hombre divertido, además de guapo, encantador, arrebatadoramente sexy y... estaba enamorada de él, se dijo con pesar. Mejor dejaba de pensar en lo mucho que lo amaba y se dedicaba a poner la mesa. Se levantó y se estiró. Tenía el cuerpo agarrotado de pasar tanto tiempo sentada sin moverse. Después de realizar algunos ejercicios de estiramientos se dirigió a la cocina.

—¿Quieres que ponga la mesa en el porche?— le preguntó Andy apoyada en el marco de la puerta.

—Sí, perfecto, hace un día estupendo— le contestó sin darse la vuelta.

—Bien.

Andy cogió un trapo y salió al porche. Limpió la mesa de madera y después colocó las cosas. Hacía un precioso día, con calor, pero una agradable brisa refrescaba el ambiente. Se recostó en el banco de madera del porche, levantó el rostro al sol. Le encantaba el sol, podía pasar horas tomándolo, además su piel morena le permitía hacerlo habitualmente y difícilmente se quemaba.

Un rato después Daniel, apareció por la puerta con una fuente en las

manos.

—¡Venga dormilona, que ya está la comida!— le dijo éste riendo.

Andy lo observó con el delantal sobre el pantalón corto y la camiseta. Llevaba también un par de trapos colgados del cordón del delantal y para completar el conjunto, unas manoplas para no quemarse con la fuente de horno. Estaba muy gracioso, pero aquel aspecto no restaba un ápice el tremendo atractivo sexual que poseía. ¿Sería posible que un hombre estuviese siempre perfecto? se preguntó con el ceño fruncido.

—¿Estás cambiando tu opinión respecto al pescado?— preguntó Daniel que la veía frunciendo el ceño.

—Por supuesto que no, es que estaba pensando en otras cosas.

—Seguro que era en mí.

Andy se quedó petrificada, ¿cómo podía saber él aquello?

—¿Por qué dices eso?— logró preguntarle ella.

—Porqué parecías enfadada, y suelo causar ese efecto en ti.

—No siempre. La verdad es que tienes muchos efectos en mí— Andy se puso colorada de repente. ¡Lo había dicho en voz alta! Miró a Daniel y pudo leer la respuesta en sus ojos. ¿Cómo se le había escapado algo como aquello? ¿Se estaría volviendo loca? —. Lo que quiero decir, es que no siempre me enfadas— intentó arreglar la situación, pero la sonrisa pícaro de él, le dejó claro que por mucho que dijese, él ya había sacado sus propias conclusiones.

—No hace falta que digas nada, yo ya sé lo que sientes por mí— le dijo él sin dejar de sonreír.

Andy volvió a quedarse blanca como el papel.

—¡Lujuria! — prosiguió él.

—¡Pero mira que eres engreído!

—¿Pretendes hacerme creer que no me deseas?

Ella sabía que sería totalmente estúpido por su parte negarlo, pero no pensaba darle la satisfacción de corroborar sus sospechas.

—No he dicho que no, pero tampoco he dicho que sí.

—Es que no hace falta que lo digas, tu cuerpo cuando está junto al mío, lo dice todo.

—Bueno eso pasa ni más ni menos porque llevo mucho tiempo volcada

en mi trabajo, sin salir con ningún hombre. Pero te aseguro que es algo que pienso solucionar en cuanto volvamos a Nueva York— le dijo ella devolviéndole la misma sonrisa que minutos antes él le dedicaba.

A Daniel no le gustó escuchar aquello. Hacía días que había decidido que la quería para él ¿No se daba cuenta de que serían la pareja perfecta?

—Cuando volvamos a Nueva York no tendrás tiempo para salir, tendrás mucho en que trabajar— le dijo él esta vez sin nada de humor.

—Te recuerdo que cuando vuelva, ya no trabajaré para ti, por lo que tendré todo el tiempo del mundo para encontrar un hombre. Sin duda mi madre se alegrará con la noticia.

—¡Todavía no he aceptado tu dimisión!— le espetó él con expresión furiosa.

—Es que no tienes nada que aceptar, está decidido— le contestó ella en el mismo tono.

—¿Por qué demonios eres tan cabezota? ¿No te das cuenta de que te necesito?

Andy se quedó con la boca abierta ¡Él la necesitaba! La necesitaba como ella lo necesitaba a él.

—¿Me necesitas?— preguntó ella apenas en un susurro.

—Claro, ¿no te das cuenta de que este es el proyecto más importante de mi vida?

Andy sintió como aquellas palabras atravesaban su corazón partiéndolo en dos. ¡Sería estúpida! Se recriminó. Ella era para él, tan solo la eficiente empleada que necesitaba para su negocio, y si además podía divertirse con ella en un viaje, mejor que mejor, pero nada más. Unas tremendas ganas de llorar amenazaron con demostrar sus sentimientos ante él.

—Lo siento, pero me encuentro mal y se me han quitado las ganas de comer. Voy a echarme un rato— le dijo Andy levantándose de su asiento.

Daniel se quedó completamente sorprendido ¿Qué había dicho?

El resto de la tarde, Daniel no vio a Andy más que cuando salió de la habitación para recoger las cosas con las que estaba trabajando, para volver a meterse con ellas en el dormitorio. Fuera lo que fuera lo que le había sentado mal, estaba claro que había sido todo lo que ella necesitaba para alejarse definitivamente de él. Empezaba a conocerla y sabía que lo último que debía hacer era presionarla. Pero lo cierto era, que lo que deseaba

realmente, era tirar aquella maldita puerta y hacerle el amor apasionadamente, hasta que no le quedase fuerzas para resistirse más a él.

Rondaban las nueve de la noche, cuando Andy salió del dormitorio. Llevaba un bonito camisón corto amarillo claro. Daniel la miraba desde el sillón del salón escondido en la oscuridad. Estaba preciosa, realmente preciosa; el pelo le caía en una sedosa cascada castaña sobre la espalda, deseaba salir de su escondite y poder acariciarla. La vio entrar en la cocina y al poco volvió a atravesar el salón con una taza, probablemente de té. Entonces regresó a su dormitorio, pero antes de que entrase Daniel le dijo:

—Pareces cansada.

Andy se asustó.

—Sí, he trabajado mucho.

—Seguro que sí— farfulló.

—¿Cómo?— le preguntó ella que no había logrado oírlo.

—Nada, que buenas noches.

—Buenas noches— contestó ella y se metió en el dormitorio.

Andy se sentó en la cama con la taza de té en las manos. Levantó la vista y miró a la puerta. Seguramente él seguiría allí, sentado en el sillón. Había estado trabajando toda la tarde. Tenía la cabeza embotada de información, sin embargo las horas de trabajo no habían resultado tan productivas como de costumbre. Él la estaba afectando demasiado, y aquello era algo que a su parecer, no hacía más que ratificar que su decisión de dejar de trabajar para él, era la correcta, porque aunque ella consiguiese sobrevivir a verlo con otras mujeres, y a darse cuenta que sólo la quería para acostarse con ella, como tantos otros, sabía que no iba a poder trabajar en condiciones teniéndolo cerca. Ella no podía evitar amarlo y sin duda sufriría. Además, así se ahorraría el bochorno de enfrentarse a que la despidiera cuando su trabajo no fuese lo productivo que él necesitaba. Dejó la taza sobre la mesilla y se agarró la cabeza con las manos. Estaba a punto de estallarle, como siempre le sucedía cuando lloraba. La misma sensación de vacío volvió a apoderarse de ella. Y pensar que cuando él le había dicho que la necesitaba, por un segundo fue la mujer más feliz del mundo.

Andy se levantó y sacó de su neceser una pastilla para el dolor. Si no se tomaba algo en ese momento, sabía que no sería capaz de conciliar el

sueño. Se tomó la pastilla con el té y después de recoger de la cama toda la documentación que tenía esparcida sobre ella, se acostó. Tardó cerca de dos horas en dormirse, pero finalmente consiguió sumergirse en un profundo sueño.

A las siete de la mañana, Andy ya se encontraba en pie. Lo primero que hizo fue dirigirse al baño y darse una ducha. Cuando salió de la bañera y se miró en el espejo, agradeció que su madre no estuviese allí para verla. La metería de nuevo en la cama y le daría una de sus comidas reconstituyentes. Suspiró y se tocó el rostro. Tenía unas ojeras horrorosas, y aunque había tomado el sol recientemente, no tenía buen color. Decidió dejar de pensar en ello, a fin de cuentas no había ido allí para ligar. Se lavó los dientes y cepilló su melena aún mojada. Se quitó la toalla y se vistió. Para aquel día había decidido ponerse un vaquero corto y una camisa celeste sin mangas. Se dejó el pelo suelto hasta que se le secase y salió a desayunar.

Daniel estaba sentado en la barra de la cocina cuando Andy entró. Tenía aspecto de haber dormido poco, pero estaba preciosa.

—Buenos días— le dijo ésta al pasar por su lado.

—Buenos días— le contestó él— ¿Has dormido bien?

—Bueno, simplemente he dormido— dijo ella mientras inclinándose sobre él, intentaba alcanzar el azúcar del mostrador.

La proximidad de ella lo excitó. Pudo oler la fragancia de su pelo mojado, incluso sentir algunos mechones acariciándole el brazo, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sentarla sobre sus rodillas y comérsela a besos.

—Toma— dijo él cogiendo el azúcar y pasándoselo.

—Gracias— contestó ella.

—¿Pudiste terminar todo ayer?— le preguntó Daniel momentos después, cuando ella se sentó con su taza de té junto a él.

—Sí, lo terminé todo. Bien tarde, pero lo terminé. Pero para la próxima vez no me pasará. He pensado que cuando lleguemos a Hawaii después de alojarnos, lo primero que voy a hacer no será salir, sino recoger información, luego hacemos las salidas y para terminar hago el informe de esa parte. De todas formas cuando volvamos a Nueva York necesitaré una semana para terminar de enlazar toda la información y finalizar el informe.

—¿Y después...?

—Y después te lo daré y podrás buscar una sustituta.

Daniel resopló.

—¡Eres una cabezota incorregible!— le dijo enfadado.

—Me encanta saber que no soy la única que piensa eso del otro— le contestó ella tomando de un sorbo el contenido de su taza, y marchándose a su habitación.

Ya se había ido otra vez, siempre hacía lo mismo, pensó Daniel. Decía lo que tenía que decir, y después se marchaba dejándolo allí solo y furioso. Aquello se iba a acabar, ese no era un buen momento para dejar las cosas claras, pero cuando llegasen a Kauai haría que lo escuchara y le quitaría de la cabeza, esa estúpida idea de dejar de trabajar para él.

Daniel se acercó a la puerta de Andy y golpeó un par de veces:

—¿Sí?— le dijo ella abriéndola de repente.

—He venido a avisarte que en treinta minutos nos vamos.

—Me parece perfecto— contestó ella y fue a cerrar la puerta, pero cuando estaba a punto de hacerlo, él la detuvo. Andy lo miró sorprendida y le preguntó:

—¿Alguna cosa más?

Daniel se inclinó sobre ella y la besó rozándole ligeramente los labios.

Aquel ligero contacto supuso para Andy sentir como volvía a revivir cada célula de su cuerpo. Se excitó y necesitó agarrarse con más fuerza a la madera de la puerta, para no perder el equilibrio.

Daniel pensó que ella protestaría pero lo único que hizo fue quedarse con la boca abierta, momento que él aprovechó para dejarle claro lo que pensaba de todo aquello.

—Ni pienses que todo esto se va a quedar así— dijo contundentemente y prosiguió antes de que ella pudiera contestar —. No sé qué motivos serán los que tienes para odiarme, pero te aseguro que en cuanto lleguemos a Kauai lo vamos a aclarar. Aunque tenga que atarte a una silla, hablaremos. No aceptaré excusas ni nada por el estilo, y te aseguro que no vas a dejar de trabajar para mí.

—Tú no puedes impedírmelo ¡No eres mi dueño!— le espetó ella furiosa.

—¡Pruébame!— le dijo él con una irónica sonrisa— Hablaremos en Kauai— Y tras decir aquello se dio la vuelta — Te quedan veinte minutos. Si tienes cosas que recoger, te sugiero que te des prisa— le dijo él de espaldas y salió por la puerta de la cabaña.

Andy se quedó furiosa mirando como él se marchaba. La imagen del Señor medieval volvió a su mente como pocos días antes lo había hecho. Curiosamente en lugar de días le parecía que habían pasado meses, aunque la furia y la rabia de aquella actitud prepotente, no había cambiado ni un ápice. ¿Qué pesaba que tenía que hacer ella, acatar todas sus órdenes como si fuese su esclava? Pues estaba muy equivocado. No se había doblegado en su vida ante nadie y no iba a empezar ahora. Cuando estuviesen en Kauai, sería ella la que le dejaría claro que haría lo que le viniese en gana, y si él no lo entendía, se marcharía anticipadamente de allí. No es que pensara que él fuera capaz de mantenerla prisionera como le había dicho, pero con aquel hombre más valía prevenir que curar.



## Capítulo 8

Tres horas más tarde el avión aterrizaba en la gran isla de Hawaii. En aquella ocasión como se iban a alojar en un hotel cercano, no alquilaron un coche. En su lugar cogieron un taxi y se dirigieron al hotel al que tardaron el llegar apenas unos minutos.

Ya en la entrada del hotel, un botones se encargó de llevarles el equipaje a recepción.

—¡Hola, buenos días!— les saludó la chica de recepción con una sonrisa, y una mirada embobada dirigida a Daniel.

Perfecto, pensó Andy. Ahora tenía que ver como iba él repartiendo sus encantos de Don Juan por toda la isla. ¡Deberías alegrarte, tonta! Siguió divagando. Si él se fija en otras, dejará de fijarse en ti y te dejará tranquila, tal vez así consigas olvidarte de él. Andy era consciente de que eso no ocurriría, por lo menos en lo que concernía a ella, pero la idea de que sí sucediera con él, tampoco le hacía ninguna gracia.

—Buenos días— oyó que contestaba Daniel a la Recepcionista después de mirarla a ella interrogativamente.

—Buenos días— la saludó ella también. No era cuestión de ser desagradable. Aquella chica no tenía la culpa de sus desgracias.

—Teníamos una habitación a nombre de Andy Brooks.

—Y queríamos otra a nombre de Daniel Cox— añadió ella. Daniel le dedicó una mirada ceñuda, pero no dijo nada.

La recepcionista, que los miraba con curiosidad les contestó:

—Lo siento señores pero el hotel está completo.

—¿Y podríamos disponer de otra cama en la misma habitación?— preguntó Daniel.

—Lo siento señor, pero tampoco tenemos camas libres. Estamos en temporada alta, no hay nada libre en toda la isla. Pero la habitación que tienen reservada dispone de una amplia cama de matrimonio.

—¡Ni hablar!— dijo Andy sin cortarse.

Daniel la miró enfadado.

—Si nos disculpa señorita— le dijo Daniel a la recepcionista con una sonrisa, y agarrando a Andy por el codo, se alejaron lo suficiente del mostrador como para poder hablar con algo de intimidad.

—¡Suéltame! ¡Me estás haciendo daño!— le dijo ella en un susurro.

—Lo haré cuando dejes de comportarte como una niña— le contestó sin cambiar el tono.

—¡Yo no me estoy comportando como una niña! ¿Y cómo te atreves...?

—¡Estás dando un espectáculo!— Le dijo él. Andy miró a su alrededor y vio como algunas personas los observaban aparentemente muy interesados en su conversación.

—De acuerdo, me tranquilizaré, no me gusta dar el número, pero suéltame el brazo.

—Todavía no, te conozco y sé que saldrás corriendo en cuando lo haga.

Andy abrió la boca para protestar pero tuvo que cerrarla. Era cierto, ese era su plan. No quería enfrentarse a él en una discusión acerca de si compartirían la cama, porque sabía, que él saldría ganando, y entonces estaría perdida.

Daniel la vio cerrar la boca de repente. Cuando pensaba que no iba a protestar, y después de que su rostro adquiriera toda una gama de emociones: enfado, temor, duda y finalmente resignación, pero aún así se sorprendió al oírla.

—Está bien, compartiremos la habitación, y la cama.

Al decir esto último la vio tragar saliva. Parecía un condenado a muerte.

—¡Pero será con algunas reglas!— la oyó terminar.

—Me parece perfecto— le respondió él y comenzó a caminar hacia el mostrador de nuevo, pero a mitad de camino se detuvo y agarrándola

nuevamente por el brazo, la volvió a parar. Andy lo miró sorprendida.

—Si lo que te preocupa es que me acerque a tí durante la noche, puedes estar tranquila. Sería lo último que haría. En realidad a mí, me hace tan poca gracia como a ti compartir esa cama.

Después se marchó al mostrador.

Andy se quedó mirándolo unos momentos. Aquello le había dolido. Él no quería dormir con ella. Entonces una vocecita interior le dijo: “¿No era eso lo que buscabas?” No, tuvo que reconocerse ella. Lo que ella quería, era que la amara como lo hacía ella con él. Y no sólo no la amaba, sino que había dejado de desearla también. Tal vez hubiese encontrado ya otra con la que divertirse, tal vez incluso se tratase de aquella chica, la recepcionista. Observó como Daniel le sonreía mientras ésta le daba la llave de la habitación, y una tarjeta manuscrita. Y sintió como comenzaba a hervirle la sangre.

—¿Subimos?— le dijo él entonces a su lado. Ella asintió con la cabeza y lo siguió al ascensor. ¡Maldita sea! ¿Qué le estaba ocurriendo? Ella nunca había sido celosa, claro que nunca había estado enamorada. Aquello era un suplicio. Nunca hubiese pensado que lo diría, pero estaba desando que aquel viaje a las islas terminara.

Subieron en ascensor hasta su planta y una vez allí, el botones les abrió la habitación. Metió las maletas en ella y Daniel le dio la propina, se marchó dejándolo solos allí. Andy echó un vistazo al dormitorio; era amplio y daba a una maravillosa terraza con muebles de mimbre. Los muebles del interior, eran de una mezcla de madera, cañas y mimbres. Todo en decoración *Tiki*, daban un agradable y acogedor ambiente. Andy se dio la vuelta, y se topó de frente con la cama, que aunque en circunstancias normales le hubiese parecido enorme, ahora sólo pensaba en cómo iban a hacerlo, para no tocarse en toda la noche.

—¿Necesitas algo?— oyó que le preguntaba Daniel a su espalda.

—No— contestó ella.

—Entonces me marcharé a dar una vuelta y te dejaré tranquila organizando tus cosas. No me esperes para comer, no creo que venga.

En cuanto el cerró la puerta de la habitación, Andy se sintió desolada. ¿Por qué había tenido que enamorarse de aquel hombre? Se acercó a la cama, sobre ella Daniel había dejado la llave de la habitación, y la tarjeta manuscrita que le había dado la recepcionista. “E kipa Mai”, leyó que

ponía. No tenía un dominio fluido de la lengua hawaiana, pero algunas palabras sí sabía, las suficientes para poder traducir aquello: “Ven a mi”. Un dolor profundo la atravesó. Mientras ella se quedaba allí organizando y trabajando, él estaba con la recepcionista, o con cualquier otra. Candidatas no le faltarían, seguro. Aquella era la prueba que necesitaba para confirmar lo que había pensado desde un principio; era un mujeriego. Ella le había dicho que no, y entonces él, iba en busca de su siguiente presa.

Después de organizar su equipaje y sacar lo que necesitaría. Andy pasó el resto del día trabajando, mientras Daniel no sólo no había ido para comer, como ya le había advertido, sino que tampoco se había presentado para cenar. De manera que después de llamar al servicio de habitaciones y tomar algo en la habitación, decidió ducharse y meterse en la cama pronto.

Después de la ducha, Andy se enroscó en la toalla y se secó el pelo con el secador del hotel. La ducha le había relajado y también la idea de que finalmente, y después de no aparecer en todo el día, él no volviese a la habitación para pasar la noche. Cuanto tuvo el pelo prácticamente seco, se puso uno de sus camisones cortos de algodón blanco, y salió del baño. Encontró la habitación en penumbra; había terminado de oscurecer mientras ella se duchaba. Dejó la toalla que llevaba en las manos sobre una silla, y se metió en la cama, pero al hacerlo sintió un bulto a su lado. Se asustó y pegó un grito saliendo de la cama de un salto. En aquel momento la luz se encendió y vio a Daniel.

—No te asustes, soy yo— dijo éste mirándola desde la cama— he llegado cuando estabas en el baño.

Andy se quedó paralizada por la sorpresa, y por la estupenda visión que tenía ante sus ojos. Daniel, con el torso bronceado y desnudo la miraba desde la cama. Tenía el pelo revuelto. Se podía apreciar el bóxer ajustado que en otras ocasiones le había visto, estaba arrebatadoramente sexy. En ese momento lo miró al rostro y pudo comprobar como él la miraba con el mismo escrutinio, fijándose en la parte de sus muslos que quedaban al descubierto y después en sus pechos libres, irguiéndose bajo la fina tela del camisón.

—¡Me has asustado!— lo acusó ella cruzándose de brazos. Lo que no hizo más que conseguir que sus pechos se elevasen sobre el camisón, dejando entrever parte de uno de sus pezones.

Daniel la observaba con aquel camisón frente a él, y sintió como se

endurecía por momentos, pero cuando ella se cruzó de brazos, mostrándole uno de sus pezones, pensó que no lo soportaría más. Sabía que ella no era consciente de lo que estaba haciendo, pero lo estaba volviendo loco, y si no se tapaba pronto, saltaría sobre ella y le haría el amor.

—Lo siento Andy, de veras, pero... ¿Por qué no te metes bajo la sábana?— vio la expresión asustada de ella y continuó. —Te prometo que no me moveré de mi sitio, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza, y se metió en su lado. Daniel suspiró aliviado hasta que la miró. Estaba tan cerca... Tenía su piel a tan solo unos centímetros, si estiraba la mano podría acariciarla. El olor de su piel y su pelo lo llenaron por completo. Sintió la presión de su sexo contra la tela del calzoncillo. Aquella iba a ser la noche más larga de su vida, seguro.

Andy se metió en la cama y se tapó con la sábana. ¡Estaba tan cerca! podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo a través de las sábanas. La imagen de su torso desnudo y el contorno de sus musculosas piernas dibujándose bajo la sábana, volvieron a su mente. Sintió como se le aceleraba el corazón y le costaba respirar. Aquella iba a ser la noche más larga de su vida, seguro.

—Andy...

—Dime.

—He pasado el día trabajando, intentando estar lejos de ti. Y ahora tenerte tan cerca, me está volviendo loco. Me voy a darme una ducha fría — dijo, y se marchó desapareciendo tras la puerta del baño.

Andy agradeció que él se marchara de manera tan acelerada, pues la sonrisa que se dibujó en sus labios, al escuchar su confesión, había hecho que resplandeciera como una bombilla. Y se durmió mecida en aquella dulce sensación.

Una fuerte luz, molestó a Daniel. Quiso taparse el rostro con la mano pero algo se lo impidió, se sentía extraño. Todo era extraño; el olor suave como a flores, el calor, la suavidad de la piel que tocaba... ¿La piel que tocaba? Abrió los ojos de repente y se quedó petrificado. Tenía a Andy sobre él, con sus largas piernas enredadas en las suyas. Una mano apoyada en su pecho, y la otra en la cinturilla de su calzoncillo. Debía estar dormida, pensó. Despierta no se consentiría a ella misma reaccionar así. Levantó la cabeza con cuidado y la vio dormida plácidamente. Parecía segura y

confiada. Si consiguiese que estuviese así con él, de manera consciente... Sabía que eso le costaría mucho más, por lo que de momento, tenía con conformarse con disfrutar de aquellos momentos. No pensaba despertarla por nada del mundo.

—¡Mm!— se quejó ella.

Daniel contuvo el aliento y se quedó quieto expectante. Andy comenzó a mover la mano sobre su pecho, acariciando su bello y de paso volviéndolo loco, pero aquello no fue todo: Comenzó a moverse, estirándose y frotándose contra él. Sentía sus pechos contra su costado restregándose. Cuando pensó que ya no lo soportaría más, comenzó a mover la pierna que tenía entre las suyas, elevando la rodilla. Si se movía un poco más lo acariciaría allí, donde su descontrol se hacía más evidente. Estaba pensando como salir de aquella situación, cuando ella chocó la pierna contra la dureza de su sexo. Daniel no pudo evitar que se le escapara un pequeño gemido, lo que provocó que Andy se despertase. La vio frotarse los ojos, revolverse intensificando más aún su placer, y de repente se quedó quieta.

Andy no podía creer lo que estaba haciendo; ¡estaba encima de él! Tenía las piernas enredadas con las suyas, y las manos sobre él. Había estado soñando toda la noche con Daniel; que lo acariciaba, besaba, recorría su cuerpo con las manos y lengua... Dios mío, ¿habría hecho algo de aquello mientras dormía? y lo peor, ¿se habría dado cuenta él? Se movió lentamente para girar la cabeza y poder mirarlo, ojala estuviese dormido.

Parecía que sí. Tenía los ojos cerrados, y una expresión apacible en el rostro. Era el momento de escapar de allí, decidió. Bajó su pierna y chocó contra algo duro. Andy abrió los ojos como platos. ¿Era lo que estaba pensando? No pudo soportar la tentación y levantó la sábana. ¡Dios mío, era enorme! El calor del deseo, se apoderó de ella. No podía dejar de mirarlo allí. Era perturbador, la necesidad de tocarlo se hizo entonces imperiosa. Quería bajar su mano y acariciarlo aunque fuese sólo un segundo. Retiró por completo la sábana y se mordió el labio con duda, lo miró a él entonces, seguía dormido, pero, ¿durante cuánto tiempo más? ¿Y si lo tocaba y se despertaba? La vergüenza sería imposible de soportar. Tal vez no se despertara, reflexionó una voz traviesa en su interior. Lo había tocado ahí con la pierna, incluso estaba sobre él, y no lo había hecho. Terminó por separarse de él, y aún sentada en la cama, a su lado, comenzó

a estirar el brazo lentamente, muy lentamente hasta tenerlo a unos pocos centímetros de distancia. La mano comenzó a temblarle. Que fastidio, pensó. Si tuviese experiencia con los hombres, aquello no le pasaría, claro que si la tuviera, a lo mejor no se sentiría tan fascinada por aquello. ¿Se lo habría provocado ella? Se preguntó traviesa. La satisfacción de que así fuese le dio más fuerzas, y volvió a estirar la mano. Estaba a punto de tocarlo, a unos milímetros tan solo, cuando el teléfono del dormitorio sonó. Andy se puso es pie de un salto y cogió el auricular. Vio como Daniel se revolvía en la cama, pero sin despertarse.

—¿Diga?— preguntó ella en un susurro

—Srta. Brooks, la llamo de recepción. El Sr. Cox tiene una llamada — oyó que le decía la voz de un recepcionista.

—Gracias, enseguida le paso— contestó ella y tapó el auricular— ¡Daniel! — lo llamó, pero éste ni se movió— ¡Daniel!— dijo esta vez echándose sobre la cama y tocándolo en el pecho. Él abrió los ojos de repente asustándola.

—¿Si?— le dijo él.

—Te llaman por teléfono— logró decir ella— y le entregó el auricular. Andy aprovechó que él comenzó a hablar, y se marchó al baño corriendo.

Una vez allí, y apoyada en la puerta, suspiró aliviada. Si hubiese sonado el teléfono un segundo después, la habría pillado acariciándolo. ¡Dios mío! había estado a punto de tocarlo mientras dormía.

Maldita sea, quién le mandaría a él haber preparado para aquella mañana el viaje en helicóptero. Había dejado dicho en recepción que en cuanto tuvieran la confirmación de la reserva del vuelo aquella mañana, lo llamaran. ¿Pero tenía que ser en aquel momento? Recordó a Andy mordiéndose el labio, dudosa, tentada de tocarlo. Él había contenido la respiración entonces. Si ella se atrevía a tocarlo, la atraparía y la poseería en ese momento. Si necesitaba confirmación de que ella lo deseaba tanto como él, ahí la había tenido y no pensaba desperdiciar más oportunidades.

Para cuando Andy salió del baño, Daniel ya estaba vestido y esperándola para entrar él.

—Se trataba de la confirmación de un viaje en helicóptero que reservé ayer para ver la erupción del Kilauea, ¿te apetece? —le preguntó acercándose a ella, que aún seguía en el marco de la puerta.

—Sí, me encantaría.

—Perfecto— dijo él entonces acercándose aún más.

A Andy comenzó entonces a latirle el corazón a toda velocidad. Él estaba pegado a ella, que seguía con el camisón.

—Buenos días, Andy— le dijo al oído, y le dio un beso en la mejilla. Pasó por su lado rozándola con todo su cuerpo, y entró en el baño cerrando la puerta tras él.

Andy se quedó allí quieta. Con aquel único y casto beso, ardiéndole en la mejilla. Había conseguido que un escalofrío la recorriera entera. Si se hubiese acercado y la hubiese besado apasionadamente, ella no lo hubiese detenido, lo deseaba demasiado. Y en lugar de eso, la besaba en la mejilla y se marchaba.

—¡Andy, date prisa en arreglarte. Tenemos que salir en quince minutos! — le gritó él desde el interior del baño.

¿Sabría que aún seguía allí embelesada? Esperaba que no. Se apartó de la puerta y sacando su ropa comenzó a cambiarse.

—¿Me has oído? Digo que... — la frase de Daniel quedó ahogada cuando al abrir la puerta, la encontró totalmente desnuda. Ella sorprendida, se tapó corriendo con la sábana de la cama, pero él ya había grabado en su mente cada una de las curvas de su cuerpo, a fuego. La miró a la cara. Estaba totalmente ruborizada.

—¿Por qué has hecho eso?— le increpó.

—Lo... siento, es que pensé que no me habías oído— dijo él, pero no se movió de allí, ni dejó de mirarla.

—¿Y bien? ¿Vas a dejarme continuar?— le preguntó ella con una mirada significativa.

—Sí, claro— contestó él, pero siguió sin moverse.

—¡Sola!— añadió ella.

—¡Oh! Por supuesto, disculpa— dijo él, y se volvió a meter en el baño.

Andy no pudo evitar sonreír con satisfacción cuando Daniel se fue. Le había avergonzado que él la viera desnuda, incluso se había enfadado de que abriese la puerta sin preguntar, pero cuando lo vio embelesado, la satisfacción de ver como lo excitaba, pudo más que cualquier otro sentimiento. Después de todo, él seguía interesado en ella.

Unos minutos después, Daniel salió del baño, tras preguntar antes, si

podía hacerlo. Y se marcharon de allí. Andy había cogido su cámara de fotos. El espectáculo de ver el Kilauea en erupción, lo merecía.

Cogieron un taxi en la puerta del hotel, que les llevó al helipuerto donde les esperaban.

—¿Cómo has conseguido un viaje así, sin reserva previa? Tengo entendido que hay lista de espera de semanas— le preguntó ella cuando hubieron llegado.

—Bueno, es una cuestión de contactos— le dijo él con una sonrisa.

—Sí, supongo que sí.

Cuando se acercaron al helicóptero, el que Andy pensaba que era el piloto, entregó a Daniel unos cascos y algunas indicaciones mientras ella los miraba estupefacta.

—Vamos sube— le dijo Daniel minutos después mientras le extendía una mano para ayudarla. Al subir, vio por el rabillo del ojo, como el piloto se iba, y los dejaba solos.

—Se está yendo— le dijo a Daniel asustada.

—No es el piloto, y no nos hace falta para nada.

—Pero entonces como... ¡Ey! ¿Qué estás haciendo?— le preguntó cuando lo vio colocarse en el asiento del piloto, y comenzar a tocar botones.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

—¿Robando un helicóptero?

—El helicóptero es mío. El que nos lo ha traído es Frank, trabaja para mí, y soy piloto. Si quieres comprobarlo tienes la licencia en la bandeja de tu derecha.

Andy no se lo pensó dos veces y sacó de allí los papeles. Era cierto, era piloto. Lo miró y vio como él sonreía. Estaba claro que disfrutaba poniéndola nerviosa.

—Que tengas licencia no significa que seas buen piloto. No tengo muy claro que sea seguro ir contigo— Aquello era una mentira como una casa. No había nadie en el mundo que prefiriera que la llevase, pero ella también sabía jugar a ese juego, y se lo demostraría.

—No debes preocuparte y lo que te recomiendo es que te relajes y disfrutes. ¿Sabes? es un buen consejo para muchas cosas.

# 9



## Capítulo 9

El vuelo hasta la cumbre del Kilauea, Andy lo pasó fascinada. Abajo, la isla era preciosa, pero desde ahí arriba, era un sueño hecho realidad. Sacaba fotos de todo, y no podía dejar de sorprenderse con cada cosa. Se sentía como una niña en el parque de atracciones; sin saber dónde posar su vista. Pero cuando llegaron al volcán, Andy no podía creer lo que estaba viendo; era sobrecogedor, inmenso. Le parecía increíble estar viendo aquella fuerza devastadora de la naturaleza en acción. La lava de un intenso color rojo incandescente abriéndose paso entre las capas que habían salido minutos antes, y que comenzaban a tomar ya un color gris oscuro. En un momento dado, vieron incluso como ésta iba cayendo al mar, donde se solidificaría.

—¿Te gusta?— le preguntó él.

—¡Me encanta! Es un espectáculo único. Hace que te sientas muy pequeño.

—Es cierto, a mi me ocurre cada vez que lo veo.

Andy lo miró atónita.

—¿Lo has visto más veces?— le preguntó.

—Sí, unas cuantas.

—¿Por qué hemos venido entonces?

—Pensé que te gustaría.

Andy no sabía qué pensar ni decir. Él había organizado todo aquello, para que ella lo pudiese disfrutar. ¿Por qué tenía que hacer todo más complicado?

—Pero, ¿por qué?

—Andy, piensas demasiado. Yo vengo aquí siempre que visito las islas. Es uno de mis lugares favoritos del mundo, y pensé, que a tí también te gustaría.

—De acuerdo, dejaré de pensar y disfrutaré del viaje.

Una hora después, estaban de nuevo en el helipuerto, allí estaba Frank esperándoles.

—¿Desea alguna cosa más, señor?— le preguntó éste cuando se bajaron del aparato.

—No, gracias Frank. Ya puedes llevártelo, nos vemos en dos días.

—¡De acuerdo señor!

Andy los miró interrogativamente. No entendía aquello de dos días, pero como había decidido que dejaría de pensar y preocuparse por todo, no preguntó nada más.

—¿Qué plan tenemos para esta tarde?— le preguntó él.

—Vamos a un proyecto de cría de tortugas que se hace en la reserva natural.

—Bien, llamaré a Noah, un amigo mío que trabaja allí. Él nos hará una visita guiada. Y ahora si quieres podemos ir a tomarnos algo antes de salir para la reserva, o si lo prefieres, comprar algo para el camino.

—Yo preferiría comprar algo, y tomarlo por el camino, si no te importa.

—Me parece bien, tenemos un largo trayecto hasta la reserva. Así ahorraremos tiempo.

En primer lugar, fueron directamente al hotel. Allí cogieron un coche de alquiler, después compraron unos sándwiches y botellas de agua para el viaje. Hora y media después, se ponían en camino. Sin embargo, una hora más tarde Andy comenzaba a sentir las protestas de su estómago. No había tomado nada aquella mañana, y ahora estaba hambrienta.

—¿Te apetece que comamos ya?

—Sí, aparcaré en la cuneta y comeremos tranquilos.

Daniel sacó el jeep de la carretera y paró el motor. Andy sacó los sándwiches y las botellas y comenzaron a comer. Llevaban un rato en silencio, cuando Andy le preguntó:

—¿Conoces desde hace mucho a ese amigo que trabaja en la reserva?

—¡Oh! sí, Noah y yo, somos amigos desde la infancia. Hace casi un año que no lo veo, va a ser divertido encontrarnos de nuevo. Te gustará, es un gran tipo. Le gustan demasiado las chokolatinas, pero es un gran tipo.

—¿Qué significa que le gustan demasiado las chokolatinas?

—Pues eso, que le gustan mucho y no debe tomarlas. Es diabético, debe cuidar su alimentación, pero el muy... Cabezota, no lo hace.

—Eso es peligroso— le dijo ella.

—Sí lo es. Hemos discutido muchas veces sobre el tema, pero no hace caso.

—Supongo que te encantará poder compartir viejas historias con él— le dijo Andy con la intención de quitarle la expresión de preocupación que le había visto al hablar de su amigo.

—Sin duda— le contestó con una sonrisa.

El resto del camino, lo hicieron casi todo en silencio, y al cabo de dos horas, se encontraban ya en la reserva. Pasaron bajo un gran arco de cañas, con el logotipo de la empresa que realizaba los estudios. Siguieron por un camino de tierra, hasta que vieron una construcción de madera de dos plantas, unida a otros dos edificios más pequeños del mismo material. En cuando llegaron, un chico joven entró en el edificio, y salió con otro que los saludó efusivamente con la mano.

—¿Noah?— preguntó Daniel sorprendido— ¿Eres tú? — prosiguió mientras se bajaban del jeep.

—¡Hola Daniel!

—¡Dios, estás estupendo!— le dijo Daniel a su amigo mientras lo abrazaba, y le daba unos golpecitos donde antes tenía la barriga.

Por lo que Daniel le había contado, Andy esperaba encontrarse con alguien con unos cuantos kilos de más, y problemas de salud, pero aquel hombre tenía un aspecto magnífico. Era un poco más bajo que Daniel, moreno de ojos oscuros y cuerpo atlético y musculoso. Por nada del mundo diría que aquel vital hombre tenía problemas de salud. Sencillamente se sorprendió y al parecer, Daniel también.

—Hace unos meses tuve una crisis muy fuerte, me llevé un buen susto, y acepté ponerme a dieta. Ahora cuido mi alimentación y hago más deporte. Estoy hecho un toro— dijo con orgullo golpeándose con fuerza el pecho.

—No lo dudo chico, no lo dudo. Y realmente me alegro muchísimo, bien sabes lo preocupado que me tenías.

Los dos amigos comenzaron a abrazarse contentos. Fue entonces cuando Noah reparó en Andy.

—¿Y desde cuándo viajas tú con preciosas mujeres? — le preguntó su amigo sin dejar de mirar a Andy.

—Lo siento Noah, esta es Andy, trabajamos juntos. Es la especialista que me está ayudando con el proyecto “Islas Hawaii”.

—¡Vaya, que interesante!... — Dijo éste mientras le daba la mano.

Noah parecía un hombre agradable, además de guapo, muy guapo, pero le faltaba algo, pensó Andy. En aquel momento él la miraba con abierto interés, pero ella descubrió que no sentía nada, nada en absoluto. Desgraciadamente, parecía que Daniel la había maldecido para siempre.

—Preciosa y extraordinariamente inteligente, bonita combinación— dijo él dedicándole una bonita sonrisa.

—Gracias. Pero, ¿por qué supone que soy todo eso?— preguntó ella.

—Tutéame, por favor— le dijo él sin dejar de sonreír— . Lo de preciosa salta a la vista, y si no fuera extremadamente inteligente, Daniel no la tendría trabajando para él.

—¡Ujum!— los interrumpió Daniel— Noah, si no te importa, seguro que Andy quiere recuperar su mano. Y vamos, tenemos muchas cosas que ver, en muy poco tiempo. —dijo él en tono serio, y le dedicó a Andy una gélida mirada, antes de que todos se dirigiese a la casa.

“¿Y ahora, qué demonios le ocurría?” Se preguntó Andy. Pasaba de estar sonriente y feliz con su amigo, a que apareciese de nuevo el maldito señor feudal. Está bien, pensó, él mismo le había dicho que pensaba demasiado, pues bien, no pensaría en él, en absoluto. Se relajaría y disfrutaría de la tarde. Si él quería amargarse, que lo hiciera. Ella estaba cansada de darle vueltas a las cosas.

Entraron los tres juntos en el edificio. Era como una enorme casa, en la que según les contó Noah, vivían todos los que participaban en el proyecto.

Se dirigieron a un amplio salón para tomar algo fresco, mientras Noah, les contaba algunas de las cosas que hacían allí, y futuros proyectos que tenían con las tortugas. Cuando se terminaron las bebidas, fueron a hacer un pequeño recorrido por el recinto.

—Os voy a enseñar gran parte de este proyecto, pero es una pena. Lo más interesante, quizás para alguien que no se dedique a investigar y a la cría, no lo podréis hacer.

—¿De qué se trata? — preguntó Andy curiosa.

—Por las mañanas liberamos las grandes tortugas, con un temporizador, a la piscina— le dijo señalando un enorme tanque de agua— y a algunas personas de confianza, y tras darles las debidas indicaciones, las dejamos nadar con ellas. Es una experiencia increíble.

—Debe serlo— dijo Andy embelesada con la idea.

—Por lo que veo, te apetecería...— dijo Noah refiriéndose a Andy.

—Desde luego, pocas veces se te presentan oportunidades así en Nueva York.

—Se me ocurre que podríais quedaros aquí un par de días. Según me ha comentado Daniel, no pensabais hacer nada más en la isla, de manera que si os quedarais podrías conocer mejor el proyecto, y marcharos pasado mañana directamente a Kauai.

—¡Eso sería fabuloso! Pero me temo, que tenemos todas nuestras cosas en el hotel, tenemos que volver— Dijo ella con pesar.

Daniel observó a Andy y a su amigo durante toda la conversación sin intervenir, y no le gustaba lo que veía. Noah estaba claramente interesado en Andy, y a ella no parecía desagradarle él. Por otro lado, estaba todo aquel asunto de quedarse a pasar lo que les quedaba de viaje allí. Sin duda aquello estropearía sus planes que tenían mucho que ver, con que tuvieran que volver a compartir cama aquella noche. Si se quedaban allí, para empezar eso no ocurriría, y tendrían que esperar dos días más, hasta que estuviese en Kauai. Pero allí estaba ella, parecía una niña pequeña a la que le decían que no podía ir al zoo. No podía negarle aquella oportunidad, y mucho menos por celos, porque eso es lo que tenía: celos y más celos. La posibilidad de que Andy se enamorase de Noah, no le hacía la menor gracia.

—¿Qué te ocurre Daniel? Pareces preocupado— le dijo en aquel

momento su amigo.

—No, sólo pensaba en que si de verdad, esto es lo que quieres —dijo dirigiéndose a Andy —, puedo arreglarlo todo, para que nos manden las cosas del hotel.

—¡Eso sería maravilloso!— dijo Andy, que instintivamente le rodeó el cuello con los brazos, y le dio un beso en la mejilla en señal de agradecimiento.

A Daniel le encantó el gesto, aunque le había resultado demasiado corto. para todo lo que quería de ella. Un instante la tenía en sus brazos, sintiendo el calor de su cuerpo pegado al de él. Y cuando comenzaba a ansiar más, se separaba de él, haciendo que le doliese todo de la necesidad de tenerla a su lado.

En fin, aunque quisiese engañarse, desde que vio las ganas que tenía Andy de quedarse allí, sabía que se lo permitiría. Además así había conseguido quedar como su héroe. ¡Y lo había besado! No estaba nada mal, pospondría su plan un par de días, pero en Kauai, contraatacaría.

—Perfecto entonces— dijo Noah con una sonrisa—. Os enseñaré vuestras habitaciones y podréis ponerlos cómodos.

—Vamos primero al coche, y sacamos lo que llevamos— comentó Andy.

Se dirigieron al coche, y sacaron un par de bolsas de la parte de atrás. Noah vio como Andy sacaba un maletín de debajo de su asiento.

—¿Qué es eso?

—Mi ordenador portátil— le contestó ella con una sonrisa.

Noah levantó una ceja y añadió:

—¿Sueles ir a todas partes con él?

—Desde luego, lo necesito para casi todo. Todos los días paso a limpio las notas que he cogido de las visitas que hacemos. No me gusta que se me acumule el trabajo. En un lugar como éste, es fácil relajarse— dijo ella mirando alrededor con admiración.

—Sí, lo es— Contestó Noah mirándola embelesado.

—Será mejor que metamos estas cosas— dijo Daniel en tono serio mientras se dirigía ya a la casa—. Andy querrá hacer su trabajo de ordenador esta tarde.

—¿No lo dirá en serio? — le preguntó Noah a Andy.

—Sí, sí lo hace. Prefiero hacer el trabajo de ordenador esta tarde, pero eso me permitirá tener libre todo el día de mañana.

—Si es así, tendré que ceder— contestó Noah, levantando las manos en señal de rendición.

Y aquello es lo que hicieron. Después de mostrarles sus dormitorios en el piso de arriba, Daniel y Noah, se fueron a recordar viejos tiempos, mientras Andy se quedaba en su cuarto trabajando. A las ocho de la tarde, los dos amigos regresaron inundando el recibidor con sus risas. La cena resultó muy agradable. Andy no pudo dejar de reír ni un momento con los dos. Cada uno contaba las torpezas y anécdotas del otro, y entre historia e historia, les dieron las dos de la mañana. Finalmente Andy, que estaba agotada, fue la primera en rendirse y marcharse a la cama. A los pocos minutos escuchó como ellos, también subían la escalera y hacían lo mismo.

Al día siguiente, Andy se despertó temprano. Estaba entusiasmada con la idea de poder nadar con las tortugas. Se lavó, vistió y fue a la planta baja, esperando no encontrar a nadie. Pero allí, sentados en el porche, desayunaban Daniel y Noah, que la saludaron ambos con una sonrisa.

—¡Vaya, habéis madrugado! Después de lo tarde que nos acostamos ayer, no esperaba encontraros aquí abajo tan temprano.

—Tú también has madrugado— le dijo Daniel.

—Sí, estoy deseando meterme en el tanque con las tortugas.

Andy se sentó en la silla que había entre los dos, y desayunó con ellos. Después se dirigieron directamente al tanque donde se encontraban un par de colaboradores de Noah. Estuvieron charlando con ellos un rato, y luego abriendo una compuerta que unía la estancia de las tortugas con el tanque, las soltaron. Andy se quedó impresionada con el tamaño de los animales. Eran enormes y preciosas. Parecía que bailaban en el agua, moviéndose sincronizadas, como si mantuviesen todas, el mismo ritmo. Andy se quedó absorta observándolas un buen rato, hasta que después de que le diesen algunas indicaciones para que no las asustara, la dejaron meterse.

—¿No te metes conmigo?— preguntó a Daniel mordiéndose el labio.

A Daniel le encantó que se lo pidiese a él. Si tenía miedo de repente, hubiese sido mejor que se lo pidiese a Noah, que era el experto. Sin embargo ella se lo había pedido a él. Él era el que la hacía sentir segura, y

eso le gustó.

—Claro, en seguida me meto.

Estuvieron nadando juntos con las tortugas cerca de una hora. En un principio Andy parecía más cohibida pero al cabo de un rato se soltó y pudo disfrutar de la experiencia sin reservas.

La comida la pasaron charlando de la experiencia de la mañana. Andy había sacado montones de fotos. Para su trabajo, en realidad sólo necesitaría un par de ellas, pero un momento así había querido immortalizarlo al detalle. Una cosa tenía clara, aunque recordaría aquel viaje como el más triste de su vida, por haberse enamorado de Daniel, y tener que dejar el trabajo por ello. También estaba siendo el más bonito y el que más experiencias enriquecedoras le estaba aportando. Nunca olvidaría aquellos días. Los tendría atesorados en la mente y el corazón, para siempre.

Como a la mañana siguiente se marchaban temprano, aquella noche hicieron una barbacoa a modo de despedida.

Andy se duchó, se puso uno de sus vestidos hawaianos, y se soltó el pelo. Minutos después salía al jardín a encontrarse con los demás.

—¡Estás preciosa!— le dijo Noah con admiración, dándole un cariñoso beso en la mejilla.

—Gracias, eres muy amable— le contestó ella halagada con una sonrisa.

—Te aseguro que no es amabilidad lo que le provocas en un hombre— le dijo él.

Andy se ruborizó, pero muy al contrario del placer que le suponía oír aquellas palabras de boca de Daniel, en ese momento sólo sentía gratitud.

—Será mejor que empecemos a cenar— dijo Daniel en tono áspero, apareciendo entre los dos.

—¿Te ocurre algo?— le preguntó su amigo sorprendido por el tono fiero de Daniel.

—No, sólo tengo hambre.

—Bueno, pues en ese caso hagámonos con la comida— dijo Noah sonriente.

Después de la cena, se sentaron en el porche a tomar un batido de coco.

—¡Esto es el paraíso!— dijo Andy con un largo suspiro, acostada en

una hamaca.

—Sí que lo es. Me siento muy afortunado de vivir aquí— Añadió Noah.

—Y lo eres, no todo el mundo tiene esa suerte— continuó ella.

—Estoy de acuerdo, aunque la mayoría de la gente no opina igual, hay quienes vienen para pasar unas vacaciones, pero necesitan el ajetreo del trabajo, y la ciudad para vivir.

—A mí me gusta vivir en la ciudad, pero reconozco que me acostumbraría a vivir aquí en seguida.

Noah se incorporó en su hamaca de golpe y le dijo:

—No me digas eso que te tomo la palabra y te vienes aquí con nosotros. No nos vendría nada mal una profesional como tú.

—Andy no tiene tiempo para eso, tiene mucho trabajo— espetó Daniel enfadado levantándose también.

—De sobra sabes que cuando termine este proyecto, me quedará mucho tiempo libre para ir donde quiera— le contestó ella retadora.

—Andy, te aconsejo que no sigas por ahí— le contestó amenazador—. Todavía no hay nada decidido.

—¡Soy yo la que tiene que decidirlo!— le dijo entonces furiosa— ¡Y la decisión ya está tomada!— añadió levantándose.

—Te lo estoy advirtiendo— dijo éste apretando las mandíbulas.

—¡Oh! ¿Y qué vas a hacer? ¿Castigarme con otro beso? — Le dijo ella burlona.

—Pues no es mala idea— dijo Daniel, y de dos zancadas se colocó frente a ella, y le dio un fiero beso en los labios. Luego se apartó, y la miró fijamente a los ojos.

Andy estaba furiosa. Sin duda el beso le había gustado. Lo echaba de menos. Pero no era aquello lo que importaba en ese momento. Aquel hombre, pensaba que podía hacer lo que quisiera con ella, y le demostraría que no, le devolvió la mirada con furia, y le dio un bofetón.

—No vuelvas a hacer eso— le ordenó, y se marchó a su habitación.

Daniel se quedó mirándola unos segundos mientras se tocaba la mejilla. Lo había golpeado, y muy fuerte.

—No hay duda de que estáis hechos el uno para el otro, tal y como me

imaginaba— le dijo Noah, y se marchó también.

# 10



## Capítulo 10

A las nueve de la mañana del día siguiente, Andy, Daniel y Noah, llevaban todas las cosas al coche, tenían un largo camino por delante y querían salir pronto para poder llegar a Kauai al medio día. Andy se despidió de Noah, no sin antes prometerle que volvería pronto. Después se fue al coche a esperar que Daniel se despidiese también. Vio como Noah decía algo al oído de su amigo. Éste se sorprendió y luego con una gran sonrisa lo abrazaba. Andy sonrió. Aquellos dos eran una gran pareja. Cuando Daniel se metió en el coche, la expresión de Andy cambió por completo, no se habían dirigido una sola palabra desde la escena de la noche anterior.

Lo primero que hizo ella aquella mañana, fue disculparse con Noah por el espectáculo, ya que había sido bochornoso. Pero lo que la dejó realmente turbada fue la respuesta de él, que con una sonrisa le había dicho:

—No te disculpes, además de entretenido fue de lo más revelador.

Andy no había querido hacerse grandes preguntas sobre lo que significaba aquello, aunque podía suponer, que de alguna manera Noah había descubierto que estaba enamorada de Daniel. Por fortuna se iban aquella mañana. No es que pensase que Noah pudiese decirle algo a su amigo, pero mas valía prevenir.

—¿Te ocurre algo?— le preguntó a Daniel mientras se abrochaba el cinturón.

Andy negó con la cabeza, y se giró hacia la ventanilla.

El camino hacia el aeropuerto lo hicieron en absoluto silencio, la escena del día anterior había sido demasiado fuerte como para que lo olvidase de un día para otro, por lo menos para ella. De hecho, no había podido dejar

de pensar en ello, y cuanto más lo hacía, menos lo entendía. No entendía el comportamiento de Daniel, pero lo que era aún peor, no entendía el suyo propio.

Andy siguió meditando en ello durante el camino en coche, cuando llegaron al aeropuerto, e incluso cuando llegaron a Kauai.

Andy se sintió extraña al pisar el suelo de la isla. Había soñado toda la vida con aquello. Había imaginado que llegado aquel momento se sentiría plenamente feliz, pero lo cierto era que distaba mucho de sentirse así. Se sentía más bien sola, y vacía.

—Bien, ya hemos llegado. Este es tu momento, espero que lo disfrutes.

—Sí, lo es— dijo Andy hablando con él por primera vez en todo el viaje—. ¿Preguntamos por aquí por algún hotel?

—No, del alojamiento ya me he encargado— le dijo él.

Andy lo miró fijamente. No sabía qué pensar al respecto, y por la expresión impenetrable de Daniel, tampoco podía adivinar sus intenciones.

—Tranquila Andy, tenemos habitaciones separadas— le dijo él sin cambiar la expresión.

—No he dicho nada.

—Pero lo has pensado. Tu rostro expresa con bastante exactitud, lo que piensas de mí. Pero antes de que comencemos otra discusión, lo mejor será que nos marchemos. Nos están esperando.

Andy quiso preguntarle a qué se refería, pero finalmente decidió no hacerlo, pero su curiosidad se vio multiplicada cuando al salir del recinto del aeropuerto, se encontraron con un coche esperándolos.

—Bienvenido Señor Cox— le dijo el chofer a Daniel.

—Gracias Mao.

El hombre cogió las maletas y las introdujo en el maletero de un precioso Bentley negro. Después le abrió la puerta a Andy para que entrase y se puso al volante. Daniel se sentó delante, junto al chofer. Al cabo de media hora, y cuando Andy pensaba ya que no sería capaz de controlar su inquietud, ante ellos apareció una maravillosa mansión sobre la colina. Tenía unos jardines preciosos con un estanque justo en medio. Era impactante. Se quedó maravillada y sorprendida. Nadie hubiese podido imaginar que una construcción así pudiese encontrarse en medio de aquel paraíso.

En el momento en que se detuvo el coche, apareció en la puerta de la casa una preciosa joven nativa, vestida con un vestido largo tradicional de la isla. Llevaba el cabello recogido con una tela del mismo color que el vestido.

Desde esa distancia le pareció hermosa, pero cuando ésta bajó los escalones y se acercó al coche, se quedó impresionada. Era preciosa. El color dorado de su piel contrastaba con unos preciosos y felinos ojos azules. Sus rasgos eran finos y su cuerpo rayaba la perfección. Por primera vez en su vida, se sintió inferior ante la belleza de otra mujer. De repente, el temor se apoderó de ella. ¿Quién sería aquella deliciosa mujer? ¿La habría llevado Daniel a visitar a una de sus amantes?

Andy vio como Daniel la saludó con dos cariñosos besos, y un abrazo.

—Andy, te presento a Kekoa, es amiga mía desde la infancia. Su familia ha cuidado de mi casa toda la vida. Y esta es Andy, trabaja para mí.

—Encantada— le dijo Andy.

Kekoa se acercó a ella, y con un afectuoso abrazo y un beso, la saludó.

—Bienvenida— le dijo con una sincera sonrisa— desde luego, sólo a ti se te ocurriría traer a una mujer preciosa, al lugar más bonito del mundo, sólo para trabajar— lo acusó.

Andy se avergonzó al instante de haber sentido celos de ella, pero aún lo hizo más al escuchar la respuesta de él.

—Eres muy graciosa, *tita*— dijo entre risas— pero... todavía no he dicho, para qué la he traído.

—¡Daniel! — dijo Andy elevando la voz recriminándolo.

—Tienes que disculparla, es que está enfadada conmigo— Se dirigió éste a su amiga, mientras señalaba a Andy.

Parecía estar disfrutando con aquello, pensó Andy. Se había propuesto sacarla de sus casillas y estaba haciendo todo lo posible para conseguirlo.

—¿Qué le has hecho?— le preguntó Kekoa a Daniel.

—Todavía nada que merezca la pena mencionar— contestó él sin perder su buen humor.

—¡Eres incorregible!— le dijo ésta— Vamos querida, dejémoslo a él con las maletas, yo te enseñaré la casa y tu habitación.

Andy subió los escalones con Kekoa, que la llevó a la primera planta

donde se encontraban los dormitorios. Durante el trayecto, Kekoa le contó que ella vivía en una edificación más pequeña detrás de la casa, con su marido, pero que iba allí a revisar que la casa estuviese bien, y a cocinar. A Daniel le gustaba su comida, y la había contratado años atrás, para que cocinase para él.

—Parece que sois buenos amigos— le comentó Andy—, ¿antes te ha llamado “tita”?

—Sí— se rió Kekoa—, es una costumbre que tiene desde que éramos niños, significa “chica dura”, o “hermana”. Esta casa ha sido de los Cox desde mucho antes de que yo naciese. Cuando venían aquí a pasar las vacaciones, mis hermanos y yo jugábamos con Kevin, Daniel y su hermana Tiffany.

Cuando llegaron a la puerta de la que sería su habitación, Andy se volvió hacia ella.

—Kekoa, yo... quería que supieras que lo que ha dicho Daniel abajo...

Ella la detuvo antes de que terminase.

—No tienes que darme explicaciones. Tus ojos al igual que los suyos, dicen ya bastante.

—No, estás confundida, él no...

—¿Yo no qué?— preguntó Daniel a su espalda.

—Yo me voy abajo— dijo Kekoa—. Voy a poner la mesa para que podáis comer lo antes posible— y se marchó dejándolos solos en el pasillo.

Andy pensó que Kekoa estaba equivocada, creía haber visto algo donde no lo había. No sabía por qué pero necesitaba aclararle que eso no era así. No importaba, decidió, ya se lo diría más tarde.

—No me has contestado — le dijo él entonces.

—Y no pienso hacerlo. Escuchar las conversaciones de los demás detrás de las puertas, está muy feo, ¿sabes?

—En realidad no he escuchado nada.

Andy sintió una agradable sensación de alivio al escuchar aquello.

—Vamos, te enseñaré tu dormitorio— le dijo Daniel, y pasando a su lado, abrió la puerta de su habitación.

Andy vio aparecer ante sus ojos el dormitorio más bonito que había visto en su vida. El centro de la estancia lo ocupaba una enorme cama con

dosel, todo ello en blanco y crudo, igual que los muebles. El suelo era de madera y sobre las paredes colgaban preciosos cuadros con paisajes de las islas. La nota de color la ponían un par de centros con orquídeas; uno sobre una preciosa mesa escritorio y otro menor en la mesilla de noche.

—Pensé que te gustarían las orquídeas.

—Me encantan— dijo Andy con un nudo en la garganta— son mis flores favoritas.

—Lo sé— dijo Daniel.

Andy se volvió hacia él sorprendida.

—El día que nos conocimos, te oí decir a Carla, que las rosas no eran las flores que más te gustaban, así que cuando saliste del despacho, le pregunté que cuáles eran.

—¿Y sueles hacer eso con todas tus empleadas?

—Sólo a las que algún día espero regalarles flores.

—¡Ah!— dijo Andy en un susurro.

—Bien, creo que lo mejor será que bajemos a comer. Después puedes ponerte cómoda, si lo deseas.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?— le preguntó antes de salir de la habitación.

—En realidad no lo sé. Esta tarde tengo que hacer unas cosas, entre ellas hablar con Nueva York. Depende de lo que me digan entonces.

—Bien— contestó ella.

Después de comer, Andy colocó sus cosas en la habitación, y como no podía esperar más para conocer la isla, aprovechó que Daniel estaba en su despacho, para hacerlo con tranquilidad. Recorrió sitios espectaculares y visitó el lugar donde había vivido su abuela, pero en cuanto comenzó a oscurecer regresó a la casa.

—¿Te has divertido?— le preguntó Daniel nada mas entrar por la puerta.

—Sí, mucho. Es tal y como lo he imaginado durante años, incluso mejor.

—¿Esto te hace feliz?— le preguntó él entonces. A Andy le sorprendió aquella pregunta.

—Sí, es un sueño hecho realidad, y te lo debo a ti. Gracias.

Daniel asintió con la cabeza.

—¿Quieres que cenemos en la terraza?— le preguntó.

—Yo preferiría acostarme sin cenar— dijo ella mirando al suelo.

Daniel se acercó a ella hasta que la tuvo a unos centímetros.

—¿Estás huyendo de mí?— le preguntó junto a su boca.

—No, lo estoy haciendo de mí— dijo ella, y salió corriendo por las escaleras hacia arriba, pero mientras lo hacía pudo escuchar como él le decía:

—¡No podrás hacerlo, Andy! ¡No te dejaré!

Estaba segura de ello. Pero tenía que dejar de pensar.

A la mañana siguiente, Andy encontró la casa vacía, Daniel no estaba, no sabía dónde habría ido. Pero ella empezaba a echarlo de menos. Decidió hacer algo con respecto a esos pensamientos, y mantenerse ocupada para olvidarlos cuanto antes. Bajó las escaleras, y se dispuso a recorrer la casa. Nada, estaba completamente vacía. Entonces salió al jardín. Allí encontró a Kekoá cortando unas flores.

—¡Buenos días! ¿Has dormido bien?— le preguntó ella nada más verla.

—Sí, gracias.

—Daniel ha salido— le dijo Kekoá, aunque ella no se lo hubiese preguntado—. No ha dicho cuándo volverá, y si lo hará a tiempo para el almuerzo. Si no lo ha hecho para entonces, ¿quieres comer con mi marido y conmigo?

—Muchas gracias, de veras es todo un detalle, pero aprovecharé para dar una vuelta por los alrededores. No te preocupes por mí, lo último que quiero, es darte trabajo. Me prepararé cualquier cosa a mi regreso.

—Para mí sería un placer, pero te entiendo. Daniel me dijo que tu *tutu*, era de esta isla. Imagino que tendrás mucha curiosidad por conocerla bien. Seguro que tendremos otras oportunidades de comer juntas— le dijo esta con una sonrisa— No obstante, si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—Muchas gracias, Kekoá, así lo haré— le contestó Andy agradecida. Volvió a entrar en la casa para coger su traje de baño e ir a la playa.

Andy pasó el día tranquila; paseó por la playa, se preparó un sándwich

y comió en la terraza tomando el sol. Después estuvo leyendo y contestando su correo electrónico.

Hacía un rato que había oscurecido por completo, cuando escuchó unos ruidos que provenían del piso de abajo, salió al pasillo y miró por el hueco de la escalera. Estaba oscuro y no se veía nada, pero el sonido de unas pisadas sobre el suelo de madera, volvió a alertarla. Nunca había tenido miedo estando sola en casa, pero aquella ocasión era diferente. No era su pequeño y seguro hogar, era una mansión enorme en la que cualquiera podía entrar, y no enterarse de que lo había hecho, hasta que lo tuviese encima. Fue corriendo a su habitación, y buscó algo con lo que defenderse. Miró por todas partes sin encontrar nada, salió de la habitación hecha un manojo de nervios, y se dirigió a la de Daniel. Había intentado durante todo el día, no sucumbir a la tentación de entrar allí y cotillear, pero esta era una causa de fuerza mayor. Aquel dormitorio era completamente diferente al suyo. Mucho más masculino, pero Andy no pudo parar a fijarse en los detalles. Buscó a su alrededor, y cuando estaba a punto de volverse para salir, detrás de un escritorio, encontró una bolsa de golf. Sacó un palo con manos temblorosas, y se dirigió al pasillo. Allí no había nadie. Se asomó de nuevo por la escalera, encontrándose con la misma aterradora oscuridad. De repente escuchó un ruido a su espalda. Se giró con sigilo. Provenía de su habitación. ¡Dios, alguien estaba en su dormitorio! El corazón le latía a toda velocidad, estaba muy nerviosa y le costaba realizar hasta el más mínimo movimiento.

Decidió entrar en su cuarto, y atacar a quien estuviese allí. Abrió la puerta con cuidado, y se dispuso a dar el golpe de su vida, pero cuando estaba con los brazos en alto, alguien la agarró por la cintura desde atrás. Soltó un grito aterrador, y las luces se encendieron.

—¡Andy tranquila, soy yo, Daniel!— le dijo éste mientras la miraba fijamente.

—¡Oh, Daniel! Me has dado un susto de muerte, me alegro tanto de que seas tú —dijo ella con alivio abrazándolo.

—¡Qué recibimiento! Parece que me has echado de menos.

Andy se quedó quieta aún en sus brazos, sin dejar de mirarlo.

—¿No vas a decirme si lo has hecho?— le preguntó él con voz dulce.

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, pues te diré que yo sí que te he echado mucho de menos a ti.

Andy sintió como su pecho se llenaba de felicidad. Pero de repente preguntó:

—¿Me has necesitado para el trabajo?

—No— dijo él poniéndose serio de repente. Se separó un poco de ella, y le levantó la cara por la barbilla para que lo mirase—. Te he necesitado a ti. Me hacías falta tú, pero no para el trabajo, me hacías falta para sentirme... completo.

—¿Completo?— preguntó ella que necesitaba oír más. Quería estar completamente segura de lo que él sentía por ella.

—Sí, completo. No te puedes imaginar lo que ha sido para mí, estar sin ti estas horas, no he podido ni concentrarme en lo que estaba haciendo. A cada momento fantaseaba con la idea de regresar a tu lado.

—¿Y qué querías hacer cuando estuvieses a mi lado?— le preguntó coqueta. Entonces se movió contra él, esperando la respuesta lo miró a los ojos. Él parecía tan sorprendido por su actitud como ella misma.

—Si seguimos con esto, tienes claro lo que haremos, ¿no es así?— preguntó él con voz ronca.

—Sí, sé donde acabaremos.

—A mí me gusta pensar que es más bien donde empezaremos.

Para Andy escuchar aquellas palabras significaba un mundo. Lo amaba y aunque él no le hubiese dicho que también la amaba a ella, estaba segura de que sus sentimientos abarcaban más que el simple deseo. Le daría lo que no le había dado a ningún hombre. Lo amaría y si todo salía mal, se llevaría con ella, el recuerdo de los mejores días de su vida. A partir de entonces, tendría algunos motivos más para recordar Kauai.

# 11



## Capítulo 11

Daniel inclinó la cabeza hacia ella y la besó. Acarició sus labios con la lengua, compartió el cálido aliento que junto con el dulce sabor de su boca, lo emborracharon hasta volverlo ebrio de deseo. La oyó gemir, e intensificó el beso. Ella abrió aún más los labios y le entregó su lengua en dulce rendición. Entonces se apoderó de ella, la acarició con la suya y la succionó hasta que ya no lo soportó más.

—Andy cariño, quiero hacerte el amor...— le dijo entre besos con voz ronca—. Te deseo.

—Yo también te deseo, y necesito que esta noche me hagas tuya— le contestó ella sin dejar de besarle con la misma pasión.

Entonces él se separó de repente.

—Si hacemos el amor esta noche, prométeme que no será la última. Quiero que esto sea el principio de algo, no sólo una noche de pasión— le dijo él.

Andy sintió como se le llenaban los ojos de lágrimas.

—¿Cariño, que te ocurre?— le preguntó él preocupado.

—Es sólo que... ¡Me siento feliz!— le contestó ella sin dejar de llorar.

Daniel le besó las lágrimas una a una y luego comenzó a beber de sus labios, lamiendo una y otra vez las que habían llegado hasta allí. La abrazó con fuerza y la llevó hasta la cama posándola sobre ella con cuidado. Después, se acostó a su lado.

En el momento en que él la dejó en la cama, los nervios se apoderaron de ella. Seguro que él tendría hechas algunas expectativas para esa noche. ¿Cómo reaccionaría al enterarse de que era virgen?

—¿Qué te ocurre?— le preguntó él que la observaba preocupado. ¿Te estás arrepintiendo?

—No.

—¿Entonces? Sé que te ocurre algo, lo presiento.

—Es que no sé si debería decírtelo.

—Si no confías en mí, esto es un error. Tal vez debería marcharme.

—¡No! No lo hagas— lo detuvo ella agarrándolo del brazo —. Confío en ti más de lo que imaginas, de hecho... te he elegido a ti, para tener mi primera relación sexual — dijo mordiendo el labio con temor.

Daniel no podía dar crédito a lo que acababa de oír. ¿Le estaba diciendo ella que era virgen? ¿Cómo podía ser virgen a los veintiocho años, una diosa como ella?

—Ahora eres tú el que parece que se arrepiente— le dijo ella seria— tal vez deba ser yo, la que se marchase.

Daniel la detuvo igual que había hecho ella segundos antes. La tumbó bajo él y comenzó a besarla, primero suavemente, y después liberando la desenfrenada pasión que sentía por ella.

En un segundo Andy se sintió transportada por el deseo. La sangre fluía por sus venas de forma vertiginosa y le costaba respirar.

Los labios de Daniel comenzaron a recorrerle el cuello mientras con una de sus manos, desabrochaba los pequeños botones de su vestido corto, pero parecía que habían miles, y la tarea se estaba dilatando más de lo que ella podía aguantar.

—Rómpelo, no puedo esperar más— le dijo ella impaciente, tirando de la tela.

Daniel obedeció encantado. Desgarró la tela, haciendo saltar los pequeños botones, y la apartó despacio para poder verla. Llevaba unas braguitas tanga de color blanco con un sujetador de encaje a juego. La visión de Andy con aquella minúscula ropa interior lo enloqueció.

Estaba en un sueño, debía estarlo porque nunca en su vida habría podido imaginar que pudiese sentir tanto placer con un hombre. Daniel la miraba con deseo en aquel momento, comenzó a besarla en los labios, luego

acarició su cuello con la lengua trazando surcos de fuego por su piel, bajó hasta la unión de sus pechos y tras liberarlos del sujetador, se hundió en ellos. Introdujo en su boca cada uno de los discos dorados de sus pechos, y los lamió una y otra vez succionándolos mientras ella se arqueaba y gemía pidiendo más. Bajó su mano por los redondeados muslos introduciéndola por su cara interna y subiendo lentamente hasta llegar a su sexo.

Andy sentía que no podría esperar más. El deseo de ser penetrada la estaba consumiendo. Se sentía húmeda y excitada, caliente y deseosa. Acarició su espalda subiendo hasta sus hombros y cuando sintió que él introducía la mano bajo sus braguitas y la acariciaba profundamente, lo agarró por el pelo arqueándose aún más y jadeando. De repente una oleada de calor atravesó su sexo seguida de una descarga de placer que la dejó sin aliento unos segundos.

—Ya no puedo más, necesito que me penetres— le dijo ella sin respiración mientras bajaba sus manos y tras desabrocharle el pantalón, las introdujo bajo su calzoncillo, comenzó a acariciarlo. Lo vio gemir de placer, contraerse y susurrarle lo que pensaba hacer con ella segundos después. Aquellas promesas consiguieron hacerla sentir sexualmente poderosa, quería hacerlo vibrar como había hecho él con ella. Se colocó sobre él y comenzó su recorrido por el musculoso cuerpo. Lo besó y acarició mientras bajaba hasta sus pantalones y tras quitárselos, hizo lo mismo con los calzoncillos. La imagen del enorme y poderoso sexo de él, la dejó hipnotizada. Recordó el momento en que días antes había estado a punto de tocarlo por encima del calzoncillo. Aquella noche no tendría que salir corriendo, es más, aquella noche no se conformaría sólo con acariciarlo. Bajó sus manos y comenzó a explorar su sexo abarcándolo con las manos, acariciándolo una y otra vez, aumentando la intensidad, mientras veía como él se volvía loco con sus caricias, pero ella aún no tenía suficiente. Bajó un poco más y mientras agarraba su sexo y seguía acariciándolo, comenzó a besarlo y lamerlo hasta que finalmente lo introdujo en su boca. Primero lentamente y después subiendo poco a poco la intensidad.

Daniel se retorció de placer debajo de ella hasta que ya no lo soportó más y la detuvo. Sabía que si dejaba que ella siguiese haciendo aquello, no lo soportaría más. Por lo que la colocó bajo él y tras ponerse un preservativo se dispuso a penetrarla.

—¿Estás completamente segura?— le preguntó junto a su boca.

Ella lo besó como única respuesta.

Entonces se introdujo en ella lentamente hasta que encontró la barrera natural de su virginidad. Permaneció allí unos minutos moviéndose lentamente dentro de ella para que se acostumbrase su cuerpo a la incipiente invasión.

—¡Por favor!— la oyó suplicar entre jadeos. Y entonces la penetró profundamente, fuertemente una y otra vez mientras ella le pedía más y más entre susurros. Finalmente unos minutos después, llegaron junto al clímax.

Daniel quedó exhausto sobre ella. Había sido la experiencia sexual más maravillosa de su vida. Necesitaba más de ella, mucho más y en cuanto se recuperara se lo demostraría, decidió.

Y así lo hizo. Pasaron toda la noche haciendo el amor, saboreándose y disfrutándose el uno al otro hasta agotarse. Así les sorprendió el amanecer y con él un nuevo día.

—Deberíamos levantarnos— comentó Andy abrazada a él.

—No, aún no, quiero estar un poco más así contigo— le contestó él.

—Pero tendré que levantarme. Tengo que preparar la maleta, ayer me dijo Kekoa que nos marchábamos esta tarde.

—Sí— Dijo Daniel con un gran suspiro colocándose de lado frente a ella— tengo que estar el domingo en Nueva York por motivos de trabajo, y como a las diez horas de vuelo tenemos que añadirles las seis de cambio horario, si no salimos esta tarde, no llegaré a tiempo.

—Lo entiendo. Lo que tienes que hacer allí, ¿es tan importante?— preguntó Andy con pesar. Era tan feliz en aquel momento, que el regreso a casa le daba miedo. ¿Y si la vuelta cambiaba las cosas entre ellos?

—Sí, es muy importante. De ello depende que podamos realizar este proyecto.— le dijo él. Y antes de que ella pudiese seguir preguntando la besó apasionadamente sumergiéndola de nuevo en el más arrebatador y puro deseo.

Dos horas más tarde ambos se levantaron de la cama, doloridos y cansados, pero felices. Se dieron una ducha, se vistieron y bajaron a desayunar. La casa seguía vacía, por lo que prepararon juntos el desayuno y salieron a tomarlo en la terraza.

—¿Sabes una cosa?— le preguntó él cuando estaban ya a la mesa.

—¿Qué? — quiso saber ella sonriente.

—Te sienta muy bien hacer el amor. Estás preciosa, con un brillo especial en los ojos.

—No puedo estar preciosa, no he dormido en toda la noche.

—¿Dudas de mi palabra?— le preguntó falsamente ofendido.

—Pienso que no eres objetivo— dijo ella entre risas.

—No me hace falta serlo, mi opinión es la única que cuenta— dijo él con firmeza.

Andy le contestó con una sonrisa y un beso en los labios.

—¡Buenos días!— dijo en ese momento Kekoa saliendo a la terraza— Ya veo que os habéis servido vosotros mismos. — Continuó echándoles una mirada curiosa.

Andy se ruborizó. Al levantarse, se había preguntado si Kekoa se daría cuenta de lo que había pasado entre ellos al verlos, pero quedaba claro que sí, los había pillado besándose.

—Pues nos hemos servido nosotros mismos la cena y el desayuno— dijo Daniel guiñándole un ojo.

—¡Daniel! — lo censuró ella.

—Bueno, como veo que estáis muy ocupados, me marchó. Tengo que hacer muchas cosas. Luego pasaré a despedirme.

Ambos se despidieron con la mano.

—¿Por qué has hecho eso?— le preguntó Andy a Daniel cuando se quedaron solos.

—Hubiese sido una tontería intentar ocultárselo. ¿Te molesta?

—No, en realidad no, pero esta situación es tan nueva para mí, que no sé como actuar a partir de ahora.

—Lo único que tienes que hacer es estar siempre a mi lado y... Otra cosa... — dijo esta vez más serio.

—¿Qué? — preguntó ella.

—Besarme — le ordenó él.

—¡Sí, mi señor feudal!— le contestó ella y cuando él la miró interrogativamente, ella le dio otro apasionado beso.

Después del desayuno, se dispusieron a hacer las maletas. Andy podía sentir ya el comienzo de una gran añoranza. Se iba a llevar de allí los mejores recuerdos de su vida. Habían sido unos días inolvidables. Sintió de nuevo el temor de que el regreso cambiase su relación con Daniel. Intentó quitar aquel pensamiento negativo de su mente. Daniel le había dicho que quería una relación duradera, que no deseaba una aventura, de manera que por su lado, no debía preocuparse. Era cierto que aún no le había dicho que la amaba, pero en el fondo de su corazón sabía que era así. La forma de mirarla, besarla y hacerle el amor, se lo decían. Con aquellos pensamientos pretendió tranquilizarse, sin embargo cuando una hora después salía de la habitación con las maletas, no había desaparecido el temor y la sensación de que algo terrible iba a ocurrir, seguía instalada en su pecho.

En el pasillo Andy se encontró con Kekoa.

—Vamos, te ayudo con las maletas— se ofreció ésta, y juntas las cargaron hasta el coche.

—Voy a echar esto de menos — le dijo Andy mirando ya con nostalgia hacia la casa.

—Daniel suele venir un par de semanas en invierno, entonces, volveremos a vernos— le dijo Kekoa con una sonrisa de sincero afecto.

—Pareces muy segura de que no volverá con otra— dijo Andy con un suspiro.

—Sé que no lo hará. Nunca lo ha hecho hasta ahora. Eres la primera mujer que Daniel trae a esta casa, eso fue lo primero que me hizo estar segura de que estaba loco por ti.

Andy se sintió realmente agradecida con sus palabras que habían significado mucho para ella.

—Gracias— le dijo Andy dándole un cariñoso abrazo.

—¡A mí no me despides así nunca!— se oyó que decía Daniel bajando la escalera con sus maletas.

—Es que tú no me caes tan bien — le dijo Kekoa con una sonrisa—. Es broma, anda ven aquí— le dijo ésta dándole un abrazo de despedida.

Después, Andy y Daniel se metieron en el coche y se marcharon.

En el aeropuerto, Andy y Daniel cogieron un avión hacia el aeropuerto internacional de Oahu, al que llegaron cuarenta minutos después. Allí tuvieron que esperar otras dos horas para embarcar en el vuelo que los

llevaría a Nueva York.

—¿Estás cansada?— le preguntó él mientras esperaban sentados en la terminal.

—Estoy rendida.

—Tienes todo el vuelo para dormir en mis brazos— le dijo él con un amoroso beso en la nariz, al que ella respondió con otro en los labios.

Estuvieron un rato más allí esperando y luego se acercaron a la cafetería a tomar algo para comer hasta que anunciaron por megafonía la salida de su avión. Se dirigieron a la terminal y en unos minutos estaban embarcando.

—Buenas tardes Señorita Brooks— la saludó la azafata cuando estuvo sentada.

—Buenas tardes— contestó ella.

Cuando la azafata hubo pasado por su lado, Daniel comentó:

—Parece que ya estamos ante tu club de fans— dijo riéndose.

—No es mi club de fans— dijo ella riendo también.

—Pues no hacen más que mirarnos y cotillear.

Andy se asomó por encima de él para mirar el pasillo y allí tal y como él sugería, encontró a un grupo de azafatas cotilleando, mientras señalaban en su dirección pero al encontrarse con la mirada de ella, salieron disparadas hacia la cabina.

—Sí, esta vez seremos la comidilla también.

—¿Ahora no te afecta?

—No sé. No he pensado en ello. De todas formas lo van a hacer— dijo resignada.

—¿Quieres que lo hagamos más divertido?— le preguntó con una sonrisa traviesa.

—¿Qué propones?— preguntó ella curiosa.

—Tú sígueme la corriente cuando yo te avise.

—De acuerdo.

Andy esperó unos minutos a que él le hiciese alguna señal, pero esta no llegaba. Fue a preguntarle si faltaba mucho, cuando de repente él se abalanzó sobre ella y comenzó a besarla apasionadamente. La sorpresa dio paso a la pasión en cuestión de segundos. Su mente dejó de funcionar para

sumergirse en un mundo de sensaciones. La sensualidad de sus palabras junto a su boca mientras la besaba, el sabor de sus labios, el olor de su piel masculina mezclado con el de su loción de afeitarse, sus caricias... sentía como iba perdiendo poco a poco el control. De repente la voz de una azafata anunció el inminente despegue.

Andy volvió a la realidad con aquella voz. Se apartó jadeante de Daniel.

—No me has avisado— le recriminó ella sin aliento.

—Pensé que quedaría mejor si lo hacíamos de manera espontánea.

—Pues yo creo que ha quedado inmejorable. Con esto no solo van a hablar los de esta tripulación, sino que seremos el cotilleo del año en toda la compañía aérea.

—Cuando hago las cosas, las hago bien— dijo él con vanidad.

—¡Pero que prepotente!— lo acusó ella entre risas.

—¿Me vas a decir que no te ha gustado?— preguntó él.

—Bueno, no ha estado mal— dijo ella quitándole importancia.

—¿Qué no ha estado mal?

—No

—Sabes, creo que lo mejor será que tú y yo nos vayamos al servicio del avión. Allí te enseñaré lo que es bueno.

—¡Ni lo sueñes! Tú y yo no volveremos a tener nada de... eso, hasta que lleguemos a Nueva York.

—Andy cariño, eso es demasiado. ¡Quedan diez horas para llegar allí! Y después de dejarte en tu casa, me tengo que ir a hacer las cosas que te dije de trabajo. En todo el domingo no podré verte, y para el lunes queda demasiado.

—Lo siento, pero tendrás que conformarte— le contestó ella riendo.

—Malvada... Juro que me vengaré— le prometió.

—¿Sabes una cosa? Cuento con ello— le contestó ella.

Un rato después, y tras tomar unas bebidas, Andy pidió unos auriculares para poder escuchar la película que ponían. Aunque se trataba de una de esas historias de amor que tanto le gustaban, a los pocos segundos de comenzar, se quedó dormida.

Andy sintió como la balanceaban. ¿Por qué la estarían molestando?

¡Quería dormir un poco más!

—¡Andy! Despierta cariño, vamos a aterrizar— oyó que le decía la voz de Daniel.

Poco a poco fue abriendo los ojos con mucho esfuerzo.

—Pero si acabamos de salir de Oahu— dijo ella medio dormida.

—No cariño, te has pasado todo el vuelo durmiendo. Estamos a punto de aterrizar.

Andy hizo un último esfuerzo por terminar de despejarse. No podía creer que hubiese estado durmiendo todas aquellas horas seguidas, pero al mirar por la ventanilla, bajo ella estaba Nueva York. Sintió como volvía el nudo en el estómago.

—¿Te encuentras bien?— le preguntó Daniel.

—Sí, es que estoy atontada por tantas horas de sueño.

—Te han venido muy bien. Ahora son las diez de la mañana hora local, por lo que es como si te acabases de levantar en tu casa.

—Es cierto. Me he ahorrado el jet lag.

Desembarcaron juntos del avión, pero cuando iban a coger un taxi, Andy le dijo a Daniel:

—Será mejor que cojamos uno cada uno. No tiene sentido que vayamos juntos cuando cada uno va a una punta de la ciudad.

Daniel pareció pensárselo un momento.

—Sí— dijo él finalmente.

—Entonces, esto es la despedida— dijo Andy con pesar.

—¡Ey cariño! — le dijo él levantándole la barbilla— Esto no es la despedida. Es un aplazamiento. Nos veremos el lunes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo— le contestó ella. Y tras fundirse en un apasionado beso, Daniel le abrió la puerta del taxi, y ella se marchó.



## Capítulo 12

Andy se metió en el taxi y dio la dirección de su casa al taxista. Se tocó los labios pensativa e intentó borrar de su mente la sensación a despedida que le había dejado aquel beso. No le des más vueltas, sólo tiene miedo a perderlo, es algo normal, se dijo a si misma.

Un rato después el taxista la sacaba de su ensimismamiento avisándola de que ya habían llegado. Andy sacó las maletas y le pagó. ¡Otra vez en casa! Pensó mirando el precioso edificio desde el final de los escalones.

Su apartamento estaba tal y como lo dejó. Pierce como de costumbre, debía haber ido para airearlo pues no olía a cerrado. Dejó las maletas en su dormitorio y abrió las cortinas para que entrase la luz de la mañana. Hacía un día precioso. Recogería a Brook y se irían a dar un paseo al parque, decidió.

—¡Andy, cariño! ¿Cuándo has llegado?— le preguntó Pierce abrazándola cuando le abrió la puerta.

—Hace un minuto, he dejado las maletas en casa y he venido— le dijo ella entrando en su casa.

—Si nos hubieses avisado, habríamos ido a por ti al aeropuerto.

—No te preocupes, he cogido un taxi.

—¿No te ha traído tu maravilloso jefe?

—No, Daniel no había traído coche, pero... ¿Cómo sabes tú que...?

—Así que ahora se llama Daniel... — comentó su amigo.

—Siempre se ha llamado Daniel, pero yo no lo llamaba así.

—¡Anda!, no seas mala conmigo y cuéntamelo todo.

—No, tú dime, ¿por qué sabías que haría el viaje conmigo?

—Bueno, no lo supe hasta que no hablé con tu madre. Me dijo que le habías dejado un mensaje donde le decías que finalmente tu jefe viajaba contigo. La verdad es que los dos nos quedamos mucho más tranquilos al enterarnos. La idea de que anduvieses tú sola por las islas, no nos tranquilizaba en absoluto— le dijo éste con tono teatral.

—No exageres. Siempre viajo sola.

—Y siempre te riño por ello.

—Cierto, pero no es para tanto.

—Bien, no vamos a discutir por ello. La cosa es que me siento mucho más tranquilo de que fueses con un hombre. ¡Y vaya hombre! Cuenta, cuenta— le apremió su amigo que sin duda esperaba todo lujo de detalles.

—Antes quiero ver a Brook— le dijo ella haciendo tiempo. No es que pensase que con aquella pobre excusa pudiese liberarse del interrogatorio, pero no se sentía muy preparada para contar lo que le había ocurrido. ¿Qué se supone que tenía que decir, que eran amantes? Ni siquiera ella sabía lo que eran, al menos hasta que hablase con él y viese como se comportaba con ella, no tenía ni idea de lo que saldría de todo aquello.

—Bueno, vamos a por él, pero no creas que me distraerás con esto mucho tiempo— le advirtió Pierce como ella misma había imaginado que haría.

Fueron al patio trasero de la casa y nada más abrir la puerta, Brook salió corriendo en dirección a su dueña. Andy lo cogió en brazos y aceptó con agrado los cariñosos lametazos del perro.

—¡Ay, mi pequeñín cuanto me quiere! ¿Me has echado de menos granuja?— le preguntó al animal, que contento la premió con más lametones— parece que sí, ¿eh? Vamos que te llevo a dar un paseo por el parque— dijo ella mientras lo cogía en brazos y se dirigía a la puerta.

—No pensarás que te vas a ir sola, ¿verdad? Espera un segundo que me voy contigo y me cuentas todo— le dijo su amigo.

—De acuerdo— concedió ella— está claro que contigo no se puede jugar al despiste.

—Si tienes que jugar conmigo al despiste, es que lo que me tienes que contar es realmente jugoso, si no me lo dirías abiertamente. No sé por qué, pero creo que esto me va a encantar — comentó Pierce riéndose pícaramente.

Fueron a Tompking Park, y después a St. Mark Place, para tomar un maravilloso caramel macciato. Mientras degustaba su fabuloso café, contó todo lo sucedido a Pierce, que parecía entusiasmado con la idea de que Daniel y ella estuviesen juntos. Cuando volvieron de allí siguieron hablando en casa de Andy hasta la hora de la comida.

—¿Quieres almorzar con nosotros?— le preguntó Pierce. — A Paul le encantará verte.

—Mejor otro día. Todavía no he llamado ni a mi madre, ni a Natalie, ni a mis hermanos— dijo Andy. Y al ver la mueca que le hacía su amigo prosiguió— Además, tengo que deshacer las maletas, lavar toda la ropa, darme una ducha y organizar la documentación del viaje.

—Niña, ¿no me digas que vas a trabajar también hoy?— Le recriminó Pierce.

—Tengo que hacerlo, pero no te preocupes, mañana podemos almorzar juntos — le dijo dándole un beso y un abrazo. —Anda no te enfades. Necesito descansar y sabes que te quiero mucho.

—Yo también te quiero y de eso te aprovechas.

—Sabes que no— le dijo ella con cara de inocencia.

—De acuerdo, no insistiré, pero tendrás que compensarme mañana.

—Lo prometo— le contestó ella entonces elevando una mano a modo de juramento.

Andy acompañó a su amigo a la puerta y después se dispuso a vaciar el equipaje. Tenía poca ropa sucia, pues casi toda se la habían lavado en casa de Daniel, pero aún así tenía que doblarla y guardarla. Conforme iba sacándola de la maleta, los recuerdos comenzaron a agolparse en su mente. Parecía que habían pasado de viaje meses, en lugar de días.

Recordó la manera de burlarse de ella cuando la sorprendió en el avión, el día de surf en Sunset, el día que hicieron snorkel. En ese momento sacó uno de sus conjuntos de ropa interior, el que llevaba el día de la cascada. Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar los momentos que vivieron juntos allí. Sería mejor que lo hiciese todo rápido. No podía dejarse consumir de añoranza por unas cuantas horas que pasase sin él.

Desde que era una niña, no había vuelto a sentirse dependiente de alguien. Siempre había huido de esa sensación. Odiaba pensar que no dependían sus actos únicamente de ella, y el hecho de necesitar estar todo

el tiempo con Daniel, le daba miedo.

Cuando terminó de organizar la ropa y poner la lavadora, decidió llamar a su madre. Aquello haría que dejase de pensar en Daniel.

Cogió el inalámbrico, se tumbó en el sofá y marcó el teléfono de su madre. Tres tonos más tarde, pensó que tal vez no estuviera en casa, pero cuando estaba a punto de colgar, cogió el teléfono.

—¿Diga?— Escuchó que decía la todavía juvenil voz de su madre.

—Hola mamá, soy Andy.

—Andy cariño, ¿dónde estás?

—En casa, he llegado esta mañana.

—¡Oh! Cariño. Si lo hubiese sabido habría ido a por ti, podíamos haber pasado el día juntas.

—Sí, a mí también me hubiese gustado, pero es que estoy agotada y tenía que deshacer las maletas y todo eso.

—Comprendo... ¿Y qué tal te lo has pasado?— le preguntó su madre— tengo que reconocer que me quedé más tranquila al saber que viajabas con tu jefe. Sabes que nunca me ha hecho demasiada gracia que recorras el mundo tú sola.

—Lo sé mamá. Lo mismo dice Pierce y como él ya me ha regañado hoy por eso, no creo que sea necesario que empieces tú ahora.

—De acuerdo— concedió Susane—, Y cuéntame, ¿qué tal ha ido el viaje?

Andy hizo una pequeña pausa, no podía decirle a su madre aún, y menos por teléfono, todo lo que le había pasado en el viaje. Tenía intención de contárselo, ya que tenían mucha confianza, pero sabía lo obsesionada que estaba con que tuviese novio, se casase y formase una familia, y si le contaba lo que había comenzado entre Daniel y ella, se haría demasiadas ilusiones, prefería esperar al siguiente fin de semana cuando fuese a verla, entonces ya habría hablado con Daniel, tendría las cosas algo más claras y personalmente se lo contaría todo.

—Cariño, ¿estás ahí?— le preguntó su madre ante el silencio que se había creado entre ellas.

—Sí mamá, sí. Es que Brook estaba haciendo una trastada por aquí— Mintió. Sabía que su madre la conocía demasiado para creerla, pero también sabía que no intentaría indagar más—. Bueno, el viaje ha sido

maravilloso. He visto sitios y cosas que pensé que nunca vería, realmente ha merecido la pena. Pero es largo para contártelo ahora por teléfono. Mejor te cuento todo, cuando vaya a verte el próximo fin de semana.

—De acuerdo, pero dime, ¿qué tal con tu jefe?

La temible pregunta, se dijo Andy.

—Bien mamá. Me ha ido muy bien. Por cierto, ¿qué sabes de Julia, y Robert?— Cambió de tema.

—Están bien; Robert ocupadísimo con su trabajo, este fin de semana tampoco podrá venir a comer. Y Julia, con su trabajo de verano. El próximo fin de semana lo pasará aquí conmigo, así que podremos estar las tres juntas.

—¡Eso sería perfecto! Bueno mamá, voy a tener que dejarte, aún tengo que llamar a Natalie y a mi secretaria.

—Descansa cariño. — Le dijo su madre despidiéndose.

—Lo haré.

Después de hablar con su madre, Andy llamó a Natalie.

—¿Qué tal está la recién casada más guapa del mundo? — Le preguntó nada más coger el teléfono su amiga.

—Pues no se ella como estará pero yo ando algo revuelta — Le contestó ella entre risas. — ¿Qué tal estás tú? Hace mucho que no sé nada de ti. ¿Has regresado ya de tu viaje?

—Sí, estoy en casa. Llegué esta mañana.

—¿Y qué tal ha ido? ¿Has conseguido ver todo lo que querías?— sabía que su amiga se refería a las ganas que tenía ella de visitar la isla en la que había nacido su abuela, pero no pudo evitar contestarle:

—He visto lo que quería, y mucho más...

—Espera un momento, ¿qué has querido decir con eso?

—Apareció mi jefe en el avión para venir conmigo y ...

—¡No me lo puedo creer!

—Yo tampoco me lo creía— le dijo Andy, y estuvo cerca de dos horas contándole todo lo que le había pasado en las islas mientras se comía un sándwich.

Después de aquella sesión maratónica de teléfono, a Andy le quedaron pocas ganas de llamar a su secretaria, por lo que decidió que hablaría con

ella al día siguiente. Pero cuando se dirigía a darse un baño sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Hola Andy, ¡soy Carla! — La saludó su secretaria.

—¡Qué casualidad!, estaba pensando en ti— le dijo ella. — ¿Cómo es que me has llamado?

—Me he enterado de que habías vuelto y quería saber qué tal te había ido.

—Muy bien, pero ¿cómo te has enterado?

—Fui a la oficina esta mañana por unos papeles que se me habían olvidado y me encontré con el Señor Cox allí.

—Sí, me dijo que tenía que trabajar— le corroboró ella.

—Y, ¿qué tal te tomaste la sorpresa de la compañía?

—Tengo que reconocer que en un principio no me hizo la menor gracia, pero luego me ha venido bien y todo.

—Sí, supongo que te llevarías una buena sorpresa. Me hubiese gustado avisarte, pero me enteré demasiado tarde.

—No te preocupes. Y hablando de sorpresas, te he traído una cosa que te va a encantar.

—¿Qué es?

—No seas curiosa.

—¡Oh! Dímelo. No puedo esperar...

—Te daré una pista. Es algo que seguro que no pondrás en tu pequeño museo de recuerdos del mundo.

—¿Tan feo es?

—Al contrario.

—Dímelo, no seas mala.

—Es algo para utilizar.

—¡Uy! Con lo práctica que eres me habrás comprado un abanico para las mañanas de oficina sin aire acondicionado.

—¡Qué buena opinión tienes de mí!— le dijo irónica— Te lo voy a decir, se trata de un precioso vestido hawaiano, te va a encantar.

—Seguro que sí. Me hace muchísima ilusión, gracias— le dijo su amiga

entusiasmada.

—De nada, ha sido un placer— le dijo ella—. Y ya que me has llamado, cuéntame, ¿ha habido alguna gran novedad estos días?

—Alguna que otra.

Durante la siguiente hora, Andy escuchó todo lo que había ocurrido durante su ausencia, pero lo más interesante, Carla se lo guardó para el final. Le contó que finalmente, Kevin la había invitado a cenar un par de días antes, su secretaria y amiga, le dio toda clase de detalles de la cita. Parecía muy feliz y se alegró mucho por ella, pero aunque Carla hubiese confiado en ella para contarle su reciente idilio amoroso, Andy no se sentía lo suficientemente segura de la suya, como para hacer lo mismo. De cualquier manera, en cuanto los viera juntos al día siguiente, se daría cuenta y entonces no se libraría de dar explicaciones.

Un rato después, a Andy le dolía ya el oído de tanto teléfono, se dirigió al baño, llenó la bañera, puso sus sales y aceites favoritos y tras desnudarse, se introdujo en ella por completo. El agua caliente la relajó por completo casi al instante, aspiró las exóticas fragancias del agua con las sales. Los recuerdos de Hawaii volvieron a su mente. Le iba a costar mucho volver a la realidad.

Siempre había sabido que tenía una conexión especial con las islas, pero nunca imaginó que fuese tan fuerte. Había conseguido metérselas en las venas y estaba segura que ya nunca se las sacaría.

En aquel momento Brook entró en el baño y comenzó a mover la cola pidiendo que jugara con él. Andy agarró su pato de goma y comenzó a enseñárselo. Brook dio vueltas sobre si mismo.

—¿Tienes ganas de jugar?— le preguntó al perro que seguía dando vueltas. Andy le tiró el animal de goma hacia el pasillo y vio como Brook salía corriendo a por él. Unos segundos después, regresaba con el pato en la boca ofreciéndoselo para que se lo tirara otra vez.

Estuvieron jugando así unos veinte minutos, tras los cuales Andy lo dejó con el pato, mientras ella se enjabonaba y terminaba de bañarse. Después del baño se secó, envolvió en la toalla y se secó el pelo. Se aplicó crema hidratante por todo el cuerpo y unas gotas de perfume. Siempre había disfrutado con toda aquella parafernalia y en aquel momento lo hizo mucho más después de tantos días.

Cuando terminó con el baño, todavía envuelta en su toalla, se dirigió a

la cocina, pero cuando iba a mitad de camino, llamaron a la puerta.

—¡Hola Pierce!— saludó a su amigo que aguardaba en la puerta.

—¡Hola cariño!— dijo entrando— Venía a preguntarte si querías venir con nosotros al local de al lado. Paul toca esta noche.

—Me gustaría, pero estoy muy cansada.

—¿Y qué vas a hacer entonces, quedarte en casa viendo uno de esos muermos de películas que dan los domingos por la noche en televisión?

—Pues mira, no había caído en eso pero ya que lo dices no es tan mala idea.

—¡Niña! ¡Eres jovencísima! ¿Cómo vas a quedarte un domingo por la noche aquí? ¿O es que esperas visita?— le preguntó su amigo sonriendo.

—No tengo ningún plan para esta noche, cotilla. Es solo que estoy cansada, en serio.

—¿Y por qué no has quedado esta noche con el señor magnífico?

—Porqué tenía trabajo.

—¿En domingo?

—Sí, en domingo. ¿No te quejas tú siempre de que trabajo durante el fin de semana? Pues a él le pasa lo mismo.

—¡Ya! Y esa actitud tuya de guardarle la ausencia, ¿va a ser siempre así a partir de ahora?

—Pierce, ya te he dicho que no se trata de eso ni de ninguna otra cosa que se le ocurra a tu mente maquiavélica. —Le dijo riendo—. Estoy cansada y punto.

—Está bien, te dejo tranquila. Que descanses cariño.

—Vosotros que lo paséis bien— le dijo Andy a su amigo dándole un beso y un abrazo.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Andy adoraba a Pierce, pero en ocasiones era como tener dos madres. Tras despedir a su amigo, Andy se dirigió a la cocina, se preparó una tortilla y un poco de ensalada. Lo colocó todo en la bandeja y lo llevó al salón. Se sentó en el sofá y colocó la bandeja sobre sus rodillas.

En aquel momento Brook se subió a su cojín en el sofá junto a ella y apoyó la cabeza en su costado, Andy encendió la televisión y comenzó a

hacer zapping comprobando lo que había en los canales: noticias, un programa de hablemos de sexo, una telenovela sudamericana, una serie de miedo, la retransmisión de la gala anual contra el SIDA y por fin una película. ¡Vaya! Era una película romántica y de las de llorar. Bueno, pues lloraría, decidió. Se acomodó en el asiento y comenzó a cenar. Mientras se metía en la triste historia. Pero a los pocos minutos comenzaron los anuncios. Había ocasiones en las que le apetecía verlos, pero esta no era una de ellas, así que cambió de canal, y se encontró la gala. Bueno, dejaría eso un rato mientras se acababan los anuncios.

En aquel momento mostraban una bonita panorámica del recibidor del teatro, donde se celebraba. Era el momento en que estaba la gente importante de la ciudad que había sido invitada para recaudar fondos con sus aportaciones. Andy siguió cenando mirando de cuando en cuando, echaba un vistazo a los preciosos vestidos de las mujeres que asistían.

De repente le pareció ver una cara conocida, subió el volumen del televisor y prestó más atención.

—Y aquí tenemos al dueño de la importante cadena Cox de turismo, Daniel Cox, acompañado de la hija del Senador Harris. Esta pareja está cada vez más unida, incluso se rumorea que podrían contraer matrimonio para el próximo otoño.

Andy oyó las palabras de la periodista, perpleja ante la imagen de Daniel con aquella señorita. Ella era realmente preciosa, menuda, pero con un cuerpo exquisito. Llevaba un vestido largo de tirantes en rosa y el pelo sujeto con un recogido en el que lucía una preciosa tiara de diamantes. Lo miraba con adoración mientras él, la tenía agarrada posesivamente por la cintura.

Andy sintió de repente que se le nublaba la vista por la rabia y las lágrimas. En ese momento la bandeja cayó al suelo, derramándolo todo sobre la madera, pero ni siquiera se levantó a recogerlo, no podía apartar la vista de Daniel con aquella mujer, ambos mirándose embelesados y enamorados.

# 13

## Capítulo 13

Andy se despertó aquella mañana con un terrible dolor de cabeza. Era la primera noche que conseguía dormir desde que una semana antes, apareciese por la noche en casa de su madre, con lo indispensable para pasar aquella semana con ella.

Ahora recordaba esa fatídica noche como si hubiese pasado en realidad mucho más tiempo, sin embargo no había podido dejar de repetir una y otra vez todo lo ocurrido, como si con ello, pudiese convencerse de que había sido un sueño.

Había llorado durante horas. Se sentía tan traicionada. Había jugado con ella y con sus sentimientos. ¿Por qué se habría enamorado de aquel endemoniado hombre? Se había hecho esa pregunta millones de veces en aquellos siete días, y en ninguna ocasión había encontrado respuesta.

Recordó los temores que durante todo el viaje la habían mantenido alejada de él. Era un mujeriego y el muy... Se había atrevido a hacerse la víctima con ella. Le había dicho que era tachado de Don Juan injustamente, incluso ella misma le había nombrado a la hija del Senador, y él se lo había negado todo. ¿Cómo había sido capaz de mentirle de aquella manera?

Recordó la rabia y el dolor de aquella noche. La desesperación, la impotencia, incluso el odio que había llegado a sentir por él. Después de dos horas de agonía, cuando se hubo calmado un poco, decidió que no estaba preparada para verlo al día siguiente, seguramente se burlaría de ella. La ilusa que se había acostado con el jefe. A la que había conseguido engañar hasta el punto de que ella le entregase su virginidad, su corazón y

todo.

No, no lo vería ni al día siguiente ni nunca. No podía dejar el proyecto de Hawaii. Ella no era de las que dejaban sus responsabilidades por nada, y mucho menos el trabajo. Terminaría el proyecto, había decidido. Pero para ello no tenía que quedarse. No tenía que acabarlo en la empresa. En su ordenador portátil, disponía de toda la información necesaria para finalizar su trabajo.

Una hora después de haber tomado aquella decisión, había terminado de hacer su maleta. Había cogido todo lo que pensó que necesitaría para pasar la semana con su madre, y lo había metido en una de sus bolsas de viaje. Con ésta y con todo lo necesario para terminar el informe, llamó a un taxi, que quince minutos después la recogía en su casa.

Recordó entonces la cara de preocupación de Pierce cuando la encontró en la entrada esperando al taxi. En aquel momento no se sentía con ánimo de contarle lo que había visto en televisión. Lo único que quería era marcharse de allí y cuanto antes, mejor. Andy dejó a Pierce despidiéndola con la promesa de llamarlo al día siguiente desde casa de su madre, cuando se encontrase mejor.

Una vez en el taxi, Andy colocó a Brook sobre sus rodillas, mientras se apoyaba contra la ventanilla. El ambiente estaba cargado fuera. El aire era denso y el calor bochornoso. Bajó un poco el cristal, casi se podía oler la lluvia. Aquella sería una noche tormentosa en todos los sentidos.

Cuando el taxi la dejó frente a la puerta de su madre en New Jersey, el agua caía ya torrencialmente, bajó del coche, cogió sus bolsas y a Brook, y se dirigió a la puerta, pero antes de que le diera tiempo a llamar, su madre le abrió.

—¡Andy, cariño! ¿Qué te ocurre? ¿Qué te ha pasado?— le dijo su madre con preocupación mientras la miraba de arriba abajo buscando señales de algún asalto. Su hija vivía en una zona tranquila, pero le preocupaba que viviese sola, y además, en Nueva York, ¡nunca se sabía!

—Yo, ¿Puedo quedarme aquí unos días?— consiguió preguntarle finalmente.

—Claro cariño, vamos pasa. Estás empapada. Te prepararé un chocolate mientras te secas— le dijo su madre mientras le cogía una de las bolsas y le daba un pequeño empujón invitándola a pasar.

Andy hizo lo que su madre le dijo, dejándose llevar como por inercia.

Subió las escaleras hacia su dormitorio de toda la vida. Allí todo estaba igual, tal y como lo había dejado años antes cuando terminó el instituto y se marchó a estudiar la carrera, aquellos habían sido buenos tiempos, sin grandes problemas, con sacar buenas notas como única preocupación. Miró a su alrededor y la sensación de seguridad que había sentido allí, en su refugio, su castillo, como solía llamarlo entonces, la envolvió casi por completo.

Había elegido bien, aquel era el mejor lugar del mundo para sentirse a salvo. ¡A salvo! Todavía no tenía muy claro de que tenía que sentirse así, ¿del dolor? ¿de la humillación? ¿de la traición? ¿de él o de si misma? Difícil de responder, pero ahora no quería pensar en ello. Ya lo haría durante la semana que se quedara allí.

Y así lo hizo. Había estado pensando en ello toda la semana, y todavía no lo sabía. Lo único que tenía claro era que no quería ir al día siguiente a entregar su trabajo. Por nada del mundo quería encontrarse de nuevo con Daniel, y sabía que si se presentaba en la empresa, lo haría.

La mañana siguiente a la noche de su llegada a New Jersey había llamado a Carla, y le había dicho que no aparecería por la oficina en toda la semana, pero que le dijese a Daniel que estuviese tranquilo porque iba a terminar su trabajo, y que el lunes siguiente, podría disponer ya de él. En aquel momento Carla había aceptado su decisión sin hacer demasiadas preguntas, pero un par de días después, recibió una llamada suya muy nerviosa.

—¿Andy, es cierto que vas a dejar la empresa?— le había preguntado afectada por la noticia.

—Sí, es cierto— le contestó ella con un largo suspiro.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? Me he tenido que enterar cuando el Señor Cox me llamó hace un rato a su despacho.

Andy sintió como se le paraba el corazón cuando escuchó que hablaba de Daniel.

— Estaba hecho una furia— continuó Sally— Me ha estado preguntando qué si sabía dónde estabas...

—¡Carla!— la interrumpió — ¿No se lo habrás dicho? — Le preguntó asustada.

—¡No! Claro que no. Supuse que no querías que se enterara, si no se lo

hubieses dicho tú misma. Pero, ¿podrías decirme qué es lo que ha pasado? ¿Necesitas algo? Me tienes muy preocupada.

—No... Yo... Bueno, ahora no es el momento para contarte nada, pero te prometo que lo haré. Ahora sólo te pido que no le digas a Daniel donde estoy, ¡por nada del mundo!

Andy percibió un significativo silencio al otro lado del auricular. Evidentemente, a Carla le había sorprendido que lo tuteara.

—No te preocupes— le dijo ésta finalmente—, no se lo diré. Pero prométeme que si me necesitas, me llamarás enseguida.

No había necesitado hacerlo, pero aquella mañana estaba tentada de llamarla para decirle que mandaría el informe con un mensajero. Sabía que era una actitud cobarde, pero la sola idea de volver a verlo la mañana siguiente, la ponía enferma. El dolor, la rabia y la humillación volvían a apoderarse de ella. Se miró en el espejo e hizo una mueca a su reflejo. En realidad era lo que estaba pensando hacer en aquel preciso instante, huir. ¿Y aquello no sería como demostrarle que realmente había conseguido hacerle daño? ¿Demostrarle lo que realmente sentía por él enseñándole lo dolida y ofendida que estaba? Sí, eso sería, concluyo mientras se sentaba en una silla de su habitación sujetándose la cabeza con fuerza. Sabía que sería una actitud cobarde por su parte y que con ella le daría a él más oportunidades de burlarse, pero se sentía incapaz de enfrentarse a él en tan solo unas horas.

—¿Estás bien?— le preguntó su madre dando unos golpecitos en la puerta.

—Sí, no te preocupes, en seguida bajo a desayunar— le contestó ella sin levantarse de la silla, frente a su tocador.

—De acuerdo, pues te espero y desayunamos juntas— le informó su madre.

Segundos después, Andy escuchaba las pisadas de su madre bajando las escaleras en dirección a la cocina, la había obsequiado con un gran desayuno todos los días de aquella semana, aunque a ella lo último que le apetecía era comer. Sabía que su madre lo hacía porque estaba preocupada por ella, intentaba complacerla, tomando al menos un poco de lo que ella le preparaba.

La noche que llegó, después de quitarse la ropa mojada, y ponerse otra seca, había encontrado a su madre en la cocina esperándola con una taza de

humeante chocolate. Andy se había sentado junto a ella en la mesa y había comenzado a tomárselo en pequeños sorbos.

—¿Vas a contarme lo que te ha ocurrido?— le preguntó entonces su madre.

—Mamá, no te lo tomes a mal pero no me encuentro con fuerzas ahora para contarte nada.

—Pero cariño, si no lo haces, no podré ayudarte. Por lo menos te servirá de desahogo.

—Lo sé, pero aún no estoy preparada par a hablar de ello, tengo muchas cosas que pensar y decidir de lo que voy a hacer con mi vida, pero cuando lo tenga todo más claro, serás la primera en saberlo— le dijo forzando una sonrisa.

—¡Nunca cambiarás! Siempre fuiste tan retraída. Tu hermana... — hizo una pausa para dar un trago de su bebida — Julia, era diferente. Ella lo expresaba todo, lo bueno y lo malo, podía pasar horas contando cada una de las cosas que pasaban por su cabeza. En cambio Robert y tú, erais tan callados. Especialmente tú, nunca me contabas tus problemas ni tus alegrías. Todo el día metida en los libros estudiando, aunque de niña eras muy risueña.

Andy observó a su madre que se había detenido, y ahora parecía reflexionar sobre algo.

—Creo que cambiaste a raíz de la muerte de tu padre— dijo de repente su madre.

Se quedó sorprendida por la conclusión a la que había llegado su madre.

—Sí, estoy segura de que fue entonces cuando cambiaste—continuó su madre—. Maduraste demasiado rápido a partir de aquello. A Julia no le afectó tanto porqué ella era muy pequeña, y Robert asumió el papel, de hombre de la familia. Tú estabas en medio, y te encerraste en ti misma. Desde entonces, siempre he sentido que no llegaba suficientemente a ti.

—Mamá, tú y yo siempre nos hemos llevado muy bien. Es cierto que en ocasiones necesito estar sola, y me siento más cómoda sin hablar con nadie, pero nunca he sentido que me faltara apoyo— dijo agarrando la mano de su madre que la miraba con cariño.

—Está bien, pero quiero que sepas que estoy aquí, y puedes contar conmigo cuando me necesites— le dijo su madre dándole un cariñoso

abrazo. Después la dejó sola en la cocina.

A partir de ese momento, Andy se había sentido mucho más relajada, con la tranquilidad de no sentirse asediada a preguntas. Aún así, su madre no podía evitar mirarla con preocupación, y ella notar que lo hacía. En ocasiones, la había escuchado charlando por teléfono con Pierce. Entre los dos parecían estar llegando a algún tipo de conclusión sobre lo que le pasaba, pero ninguno de los dos le dijo nada sobre ello.

Después de darse una ducha, Andy se vistió con un top blanco, un vaquero corto y zapatillas de deporte, se recogió el pelo en una coleta y bajó a desayunar. Como el resto de los días Andy se encontró con un copioso desayuno.

—Mamá, ¿en la vida seré capaz de comerme todo esto!— se quejó.

—Tienes que hacerlo, estos días no has comido casi nada y si sigues así, estarás demasiado débil.

—¿Demasiado débil para qué?— le preguntó echándose un poco de té en una taza.

—No sé. Para lo que sea que quieras hacer cuando termines este retiro tuyo.

—No es ningún retiro mamá, y además acabará mañana, tengo que ir a la oficina a dejar el proyecto ya terminado.

—¿Y volverás a trabajar?

—Sí, pero no allí. Mañana mismo concertaré algunas entrevistas para otras compañías hoteleras.

—Bueno cariño, tú sabes lo que es mejor para ti.

Andy pensó que en realidad ya no lo tenía claro. Hubo momentos en lo que llegó a pensar que Daniel era lo mejor para ella, pero definitivamente se había equivocado. Había sido el primer y último hombre al que amaría y ahora creía que lo que más le convenía para no volver a sufrir, era renunciar a lo más bonito que le había pasado en la vida. Nunca más iba a sentir lo que había sentido en sus brazos, ni lo que había sentido cuando la había besado, acariciado y hecho el amor. Una punzada de dolor atravesó su corazón al recordar aquellos mágicos momentos. Y todo había sido mentira, absolutamente todo. Sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas amenazando con salir a tropel.

—Me voy fuera a arreglar un poco el jardín— dijo atropelladamente

saliendo de la cocina. No quería que su madre la viera llorando o aún se preocuparía más.

Una vez en la parte trasera de la casa, Andy se sentó en el césped, junto a los rosales de su madre, y allí desahogó el dolor que la torturaba desde el momento que comprobó lo que ella había significado para Daniel; ¡un juguete! Recordó la visión que había tenido de él la primera vez que lo vio. El señor feudal, dueño de sus territorios y la gente que habitaba en ellos. Había ejercido con ella el maldito derecho de pernada. Como trabajaba para él, se había creído con el derecho de seducirla mientras mantenía una relación con otra mujer. “¡Maldito!” Pensó mientras agarraba el rastrillo y comenzaba a hacer surcos en la tierra para sembrar después.

—¡Hola!

# 14

## Capítulo 14

Andy se quedó petrificada en cuanto escuchó la penetrante voz masculina que en sueños tanto la había atormentado las últimas noches. Sintió como se le tensaba todo el cuerpo y el corazón se le aceleraba a punto de estallar dolorosamente.

—¡Andy!— la llamó él a su espalda.

Ella se volvió lentamente y el corazón, que hasta el momento latía frenético, se le paró en seco. Estaba guapísimo, vestido de sport, con un

pantalón vaquero azul claro que se ajustaba a sus estrechas caderas y una camiseta blanca que hacía lo mismo con su musculoso pecho.

Andy se sintió furiosa consigo misma. ¿Cómo podía excitarse al ver al hombre que había destrozado su corazón de aquella manera?

El recuerdo de Daniel acompañado de aquella mujer volvió a su mente hiriéndola de nuevo, pero también dándole las fuerzas suficientes para enfrentarse a él.

—¿Qué haces aquí?— le espetó seca.

—Necesitaba hablar contigo— le dijo en tono serio.

—¿No podías esperar hasta mañana? Dije que sería entonces cuando llevaría el informe terminado, ¿o lo necesitas antes?— le preguntó con gesto desafiante.

—No es el informe lo que necesito— le dijo en el mismo tono de antes.

El corazón de Andy volvió a latir atropelladamente.

Te ha engañado, te ha engañado, se repitió mentalmente para no volver a caer en su juego y dejarse engañar de nuevo. ¿Cómo la habría encontrado? Se preguntó. Mataría al que le hubiese dado la dirección. ¿Habría sido Carla? No podía ser. Se negaba a creer que hubiese sido ella, le había jurado que nunca le diría su paradero, y hasta ahora nunca le había fallado.

—Mira, no sé que es lo que querrás, pero sea lo que sea, debe de poder esperar a que mañana vaya a la oficina. Tendrás que preguntarme entonces todas las dudas que tengas sobre el trabajo porque será la última vez que nos veamos.

A Andy le pareció advertir que él se tensaba. Apretó la mandíbula y la miró fieramente.

—¿Por qué haces esto?— le preguntó él de repente.

—¿Qué por qué hago esto?— repitió ella incrédula ante lo que estaba oyendo— No, ¿por qué haces esto tú? ¿Es alguna otra de tus diversiones con los empleados? ¿Los vas a buscar a sus casas y les tomas el pelo?

Andy se calló de repente al observar como él se acercaba a ella mientras hablaba.

—¿Qué... qué estás haciendo?— le preguntó dando un par de pasos hacia atrás.

—Voy a besarte— le informó él sin más.

—¡Ah, no! Dudo mucho que vayas a hacer tal cosa, a menos que quieras encontrarte en el suelo retorciéndote de dolor.

—Yo preferiría que estuviésemos ambos en el suelo retorciéndonos de placer— dijo él.

Andy sintió como le ardían de repente las mejillas.

—Eso no volverá a ocurrir nunca más, y ahora si me disculpas... — dijo ella pasando por su lado para refugiarse en la seguridad de su casa, pero justo cuando la tuvo a su alcance, Daniel la interceptó agarrándola por la cintura.

—¡Suéltame!— le ordenó furiosa. Tenía que alejarse de él, la estaba volviendo loca con su contacto.

—Tenemos que hablar— sentenció esta vez con tono más serio.

A Andy le puso nerviosa aquel cambio. Lo miró fijamente a los ojos y la fiera determinación que leyó en ellos, casi logró pararle el corazón.

—Eso ya lo has dicho— dijo finalmente intentando soltarse de su abrazo— pero hasta ahora nada de lo que has dicho me interesa lo más mínimo. ¡Y ahora, suéltame! o te juro que...

—Andy cariño, ¿no preferiríais tu amigo y tú hablar dentro de la casa? Estaríais más cómodos— dijo su madre de repente justo detrás de ella.

Andy se puso colorada. ¿Qué habría pensado su madre al encontrarla forcejeando con Daniel? Daba igual, ya se lo explicaría más tarde. Se dispuso a decirle a su madre que él ya se iba, pero justo cuando las palabras estaban a punto de salir de su boca, Daniel se le adelantó:

—Gracias Sra. Brooks, es usted muy amable y tiene razón, sería mejor que habláramos dentro de la casa.

Andy lo observó decir aquello dedicándole a su madre una de sus inocentes sonrisas y para horror de ella, ésta le devolvió otra de evidente aprobación. ¡Dios mío! El muy canalla se estaba ganando a su madre. Daniel aflojó la presión de su brazo, y ella aprovechó para soltarse jurándose que lo mataría.

Los tres se metieron en la casa pero cuando llegaron al salón su madre los dejó solos con la excusa de ir a preparar té. Andy aprovechó para colocarse lo más alejada posible de él.

—No tienes que huir de mí. No te voy a hacer nada que tú no quieras que te haga— le dijo él con una triste sonrisa.

—En ese caso, no harás nada en absoluto más que marcharte—le contestó ella con gesto desafiante.

—¿Por qué estás así conmigo? ¿Es que no significa nada para ti lo que hay entre nosotros?

—Lo que hubo— le aclaró ella— Y no, ya no significa nada. Fue todo una farsa— le dijo ella dándose la vuelta para que él no notase el dolor que le producía pronunciar esas palabras.

—No te creo— le dijo él con voz tensa.

—Realmente, ese no es mi problema. Pero lo que me pregunto es ...¿A qué estás jugando tú?

—Yo no considero que esto sea un juego.

—¡Vaya! Cualquiera lo diría— dijo ella con una risa irónica.

—No te entiendo.

En ese momento Andy se volvió furiosa.

—¿Qué es lo que no entiendes? ¿Qué no quiera seguir participando en tu juego? ¿Realmente pensabas que seguiríamos con nuestra tórrida aventura después de verte en televisión con tu novia? ¿Qué clase de mujer te crees que soy? No es que pensase que pudiese haber algo serio entre nosotros, me refiero al matrimonio o algo así, ¿sabes? pero tengo amor propio, y desde luego nunca he aceptado ser el juguete de nadie.

Andy observó a Daniel quedarse petrificado al decirle todo aquello. Era evidente que no esperaba que ella lo hubiese visto en televisión y por eso había contado con que todo seguiría igual que en las islas. Lo vio pasarse una mano por el pelo con desesperación.

—Yo si lo había pensado— dijo serio.

—¿Qué era lo que habías pensado, que todo seguiría igual entre nosotros?

—No. Yo sí había pensado en el matrimonio. Yo venía a pedirte que te casaras conmigo.

Andy se quedó pasmada al escuchar aquellas palabras. ¿Cómo podía él ser tan cruel como para gastarle aquella broma? ¡Ella le acababa de decir que lo había visto en televisión con su novia!

—¡Dios! No puedo creer que mes estés haciendo esto. Supongo que quieres decirme que como te quieres casar conmigo estás prometido con otra. Otra con la que además estabas saliendo cuanto de acostaste conmigo.

Otra por la que yo te pregunté en las islas, y con la que tuviste la desfachatez de negarme que tuvieses cualquier relación.

—No tengo nada con ella.

Andy lo miró fijamente e intentó adivinar que era lo que estaría pasando por su mente, pero la expresión de él era totalmente indescifrable.

—Si fui con ella a la gala fue por... Obligación.

A Andy le costaba concebir que alguien pudiese obligar a Daniel a nada, mucho menos a salir con una mujer preciosa.

Daniel observó a Andy morderse el labio inferior. Era más que evidente que no lo creía. Sentía que estaba a punto de perderla y aquel pensamiento lo aterrorizaba. No había tardado toda su vida en encontrar a la mujer que lo hiciera capaz de amar, para perderla por aquella tontería. Decidió jugar su última baza, y contarle toda la verdad.

—Andy... — dijo acercándose a ella.

—Prefiero que te quedes donde estás.

—Está bien— le contestó él levantando ambas manos en gesto de rendición. Resopló y continuó con su explicación— .Sé que hice mal en no contártelo, pero tenía miedo de que sucediese lo que finalmente ha pasado. No quería perderte y por eso preferí callar.

—Preferiste no decirme que estabas comprometido.

—No. Preferí no decirte que iba a ir a la cena con Lisa.

—Continua— lo apremió ella entonces.

—Hace meses salí en un par de ocasiones con ella. No es mala chica, pero si muy superficial. Está acostumbrada a salirse con la suya siempre, y siendo hija única, su padre, el senador Harris, es el primero en conceder a su hija cuanto ella le pida. Debes saber que la aprobación de las licencias para el nuevo proyecto, tenían que ser aprobadas por el senador...

—¿Me estás diciendo que el Senador te coaccionó para que a cambio de las licencias le dieras el gusto a su hija?

—En aquel momento pensé que sí, Lisa me había insinuado en varias ocasiones que así sería. Yo no quise arriesgar el proyecto, y accedí a llevarla a la gala con la condición de que aquella sería nuestra última salida. En aquel momento Lisa pareció conformarse, sin embargo un par de días después, ya me estaba presionando para ir a un par de fiestas más.

Entonces fue cuando llamé al propio Senador Harris y hablé directamente con él. Éste no tenía ni idea de las artimañas que estaba utilizando su hija y agradeció la información.

—Entonces...

—Entonces sólo espero que me perdones. Me equivoqué. No debí ceder a los deseos y caprichos de Lisa y lo peor, no debía ocultarte lo que sucedía.

Andy sintió como se le llenaban los ojos de lágrimas. Él no había estado jugando con ella. Para él había significado su relación tanto como para ella, incluso quería pedirle que se casara con él. No sabía que pensar.

La respuesta salió entonces de sus labios.

—Andy mi vida, yo te amo, te amo y quiero que te cases conmigo. Ya sé que no habías pensado en ello, pero yo podría esperar a que estuvieses prepara...

—Sí quiero — contestó ella súbitamente.

—¿Cómo?— le preguntó él atónito creyendo que había escuchado mal.

—Que yo también te amo, y quiero casarme contigo.

Daniel no esperó más entonces y cogiéndola en brazos se apoderó de su boca deseosa de recibirlo y demostrarle su amor.

—¡Serás siempre mía!— le dijo él entonces con gran autoridad.

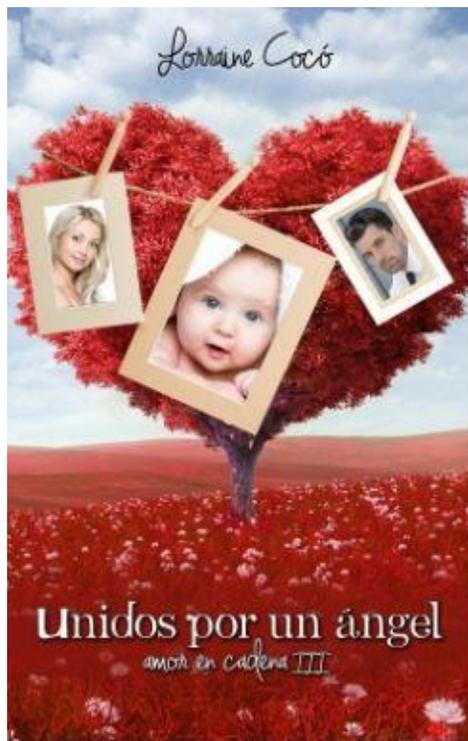
—¡Si mi señor feudal! ¡Para siempre!



### **Lorraine Cocó**

Es autora de ficción romántica desde hace más de quince años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia, y la escritura, a tiempo completo. Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que

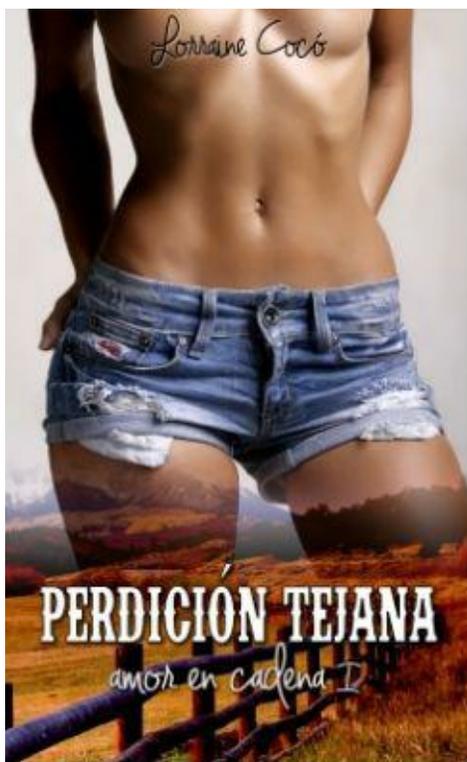
habitaban en su fértil imaginación. Sueña con seguir haciendo lo que hace,  
y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el  
bolsillo.



**Tercer libro de la serie amor en cadena**

Julia, acaba de romper con su prometido, después de sufrir la mayor de las

traiciones por su parte. Esto hará que se replantee su vida, y decida cambiar los planes que tenía para ella, como ejecutiva de marketing en una gran empresa, y acepte un trabajo temporal durante el verano, como niñera, que le permitirá ganar lo suficiente para irse a París durante una temporada. Para ello, cuidará del inesperado bebé de Alan Rickman, un importante empresario que tiene el dudoso honor de poseer todos los defectos que ella aborrece en un hombre. Pero que necesita su ayuda para aprender a ser papá, de un pequeño, que cambiará sus vidas para siempre.



**Primer libro de la serie amor en cadena**

Tucker es un magnate de la industria petrolífera. Acaba de hacerse cargo de su sobrino Tommy, huérfano, tras la repentina muerte de su padre, en un

accidente de tráfico en el que el niño estaba presente, y por el que desde entonces, no ha vuelto a hablar. Resuelve llevarlo a una terapia con caballos, que le han recomendado. A su llegada, descubre que la dueña del rancho, le provoca una serie de reacciones desconocidas hasta entonces para él.

Tras la muerte de su padre, Natalie transforma el rancho familiar, en un centro de equinoterapia, para niños con problemas. Espera con ansiedad, la llegada al rancho de un importante empresario que va a inscribir a su sobrino. Tiene la esperanza de que su proyecto le resulte interesante, y esté dispuesto a invertir en él, para poder dar acceso al curso, a niños sin recursos. Pero no cuenta con las reacciones que este arrogante, dictatorial y tremendamente atractivo hombre, provoca en ella. Cuando éste decide quedarse alojado en el rancho, el mundo de Natalie se ve revolucionado sin remedio.

**Para más información sobre los títulos de esta serie, y otras, visita mi página web y blog:**

[www.lorrainecoco.com](http://www.lorrainecoco.com)

[www.lorrainecoco.blogspot.com](http://www.lorrainecoco.blogspot.com)

# Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)